

56

IDAD AU

CCIÓN GE



SANCHEZ

SERMONES

VARIOS



BX1756

S2

V.3

C.1

135781

252



José Angel Benavides.



1080046343

BIBLIOTECA NACIONAL
DIRECCIÓN CENTRAL DE SERVICIOS

8#2-6#43

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SERMONES VARIOS



SERMONES VARIOS.

TOMO III.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

38124

SERMONES

VARIOS

PANEGÍRICOS Y MORALES.

SU AUTOR

El P. Fr. Sebastian Sanchez Sobrino,
lector dos veces jubilado, padre ho-
norario de provincia, calificador del
santo Oficio &c., morador en el con-
vento de S. Antonio Abad de Granada
de la tercera Orden de penitencia de
N. S. P. S. Francisco.

TOMO III.



Con las licencias necesarias.

Madrid: Por D. Julian Viza Razola.

Año de 1828.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVA ESPAÑA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

BX 1756

S 2

V. 3

SERMONES



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

135781

PRÓLOGO.

La favorable acogida y benigna indulgencia con que el público ha recibido mis dos primeros tomos de Sermones varios, me executan al cumplimiento de la palabra dada en el Prólogo de ellos, sobre la cual he sido reconvenido mas de una vez por personas religiosas y del mas alto carácter. Esto junto con las repetidas insinuaciones de mis superiores, me han hecho creer que debia seguir publicando nuevos discursos en obsequio de los

que exercen el ministerio del púlpito. Ocupado con teson en el trabajo de otras obras que han empezado á salir á luz, y que saldrán en lo sucesivo, si merecieren la aprobacion de sus legítimos jueces, no he podido publicar antes este tomo tercero. Me persuado que será recibido con igual benevolencia que los dos antecedentes; y esto mismo me servirá de estímulo para trabajar otros muchos. Entre tanto sujeto todo lo que dixere al juicio de la iglesia y correccion de los sabios.



ORACION

AD FRATRES

En el capítulo provincial celebrado en Xerez de la Frontera año de 1775.

Ego sum pastor bonus, et cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ.
Joann. 11. 14.

RMO. PADRE NUESTRO.

Si debiera hoy orar á presencia de un auditorio menos ilustrado, ó de una materia mas fácil, no temeria ciertamente los rigores de una justa censura. ¿Mas cómo dexará de incurirla el que siendo tan inferior en

que exercen el ministerio del púlpito. Ocupado con teson en el trabajo de otras obras que han empezado á salir á luz, y que saldrán en lo sucesivo, si merecieren la aprobacion de sus legítimos jueces, no he podido publicar antes este tomo tercero. Me persuado que será recibido con igual benevolencia que los dos antecedentes; y esto mismo me servirá de estímulo para trabajar otros muchos. Entre tanto sujeto todo lo que dixere al juicio de la iglesia y correccion de los sabios.



ORACION

AD FRATRES

En el capítulo provincial celebrado en Xerez de la Frontera año de 1775.

Ego sum pastor bonus, et cognosco oves meas, et cognoscunt me meæ.
Joann. 11. 14.

RMO. PADRE NUESTRO.

Si debiera hoy orar á presencia de un auditorio menos ilustrado, ó de una materia mas fácil, no temeria ciertamente los rigores de una justa censura. Mas cómo dexará de incurrirla el que siendo tan inferior en

grado, en doctrina y en edad, se ve en la precision de erigirse en director, obligado á proponer máximas de gobierno, y á establecer reglas para la acertada eleccion de superior, debiendo él mismo recibirlas para ser buen súbdito? ¿Ó cómo no temeré yo hablar con desaliño ante un areopago de sabios oradores, de varones perfectos en el arte de gobierno, consumados en la política, profundos en las ciencias, exercitados en el manejo de los negocios mas árduos, y tan diestros en la justa aplicacion de una sabia prudencia?

En estas circunstancias no menos difíciles que peligrosas solo puede animarme el deseo que tengo de inspirar á esta santa provincia la idea de un buen prelado. A cuyo efecto, despues de implorar el auxilio divino, y la acreditada humanidad de V. Rma. y de esta respetable asamblea, me propongo aquellas notables palabras de Jesucristo por san Juan: «Yo

«soy un buen Pastor, que conozco mis ovejas, y soy conocido de ellas mismas;» cuyas adorables expresiones contienen el verdadero carácter de un buen prelado superior, y encierran su mayor elogio. Deseando pues sirvan de modelo á esta santa provincia en la próxima eleccion de superior que va á celebrarse, las miraré como objeto de mis endeblés conatos, y como fondo de todas mis reflexiones, haciendo ver en un breve discurso, que solo debe elegirse por superior de la provincia el que tenga mas conocimiento del rebaño, y el mas conocido de su grey. Unicamente sobre éste deseo reunir todos los votos, y que recaiga la eleccion, porque solo éste debe ser electo segun las intenciones de Dios.

Tan necesario es, PP. MM. RR. tan indispensable en el que gobierna el conocimiento de sus súbditos, que puede decirse con verdad, que de sola esta noticia depende principalmente

TO SERMONES

el buen éxito y arreglo de toda su autoridad; pues la acertada execucion de ésta jamas puede prescindir del conocimiento de aquellos. Un superior que no conozca su familia, ¿cómo podrá hacer distincion entre Ismael é Isaac? Sin haber explorado antes sus intenciones, ¿cómo podrá graduar el mérito del sacrificio de Abel y el de Caín? Un pastor sin conocimiento de su rebaño, ¿cómo llamará á cada oveja por su nombre, segun la expresion de S. Juan, si no ha observado sus diferentes colores? ¿cómo sabrá separar las negras de las manchadas, y á éstas de entre las blancas, como Jacob? Un prelado sin noticia de sus inferiores, ¿cómo podrá conocer las inclinaciones de cada uno, ó pesar los méritos, no tanto por los afectos propios, como por las obras? Sabrá informarse; mas los informes no siempre son seguros, sospechosos á veces, y no pocas injustos. Si los que le rodean no son ce-

VARIOS. II

losos del bien comun, tendrán intereses capital en engañarle, le llenarán de preocupaciones, le harán odiosas las personas de mérito, trastornando sus mas rectas intenciones en perjuicio de la equidad y de la justicia. Nada de esto sucede cuando el pastor, animado de un buen deseo, conoce bien su rebaño.

Este conocimiento no consiste precisamente en haber viajado mucho por la provincia, ni se adquiere por haber mantenido muchos años correspondencia seguida con algunos de sus individuos. El viajar por sí solo no produce conocimientos profundos, ni las correspondencias son del mayor uso para explorar interiores, ni los muchos años finalmente deciden en materia de noticia, como ni en la de prudencia. No se trata de un conocimiento superficial, y que solo pueda servir para juzgar segun el rostro, como dice Jesucristo. Se trata de un conocimiento profundo,

capaz de discernir de las cosas con juicio, como S. Juan se explica; de un conocimiento, no tanto adquirido á fuerza de años, como por prudentes observaciones y eficaces deseos de obrar lo mejor; de un conocimiento en fin, que haga venerable á su héroe, no tanto por las canas de su ancianidad, como por las de sus sentidos, y por la integridad de su vida, como dice el Sabio. Basta un juicio bien formado, y un corazon recto, para adquirir en pocos años el conocimiento de sus súbditos, y la prudencia del gobierno.

Una mente sabia con deseo de acertar puede lograr en breve un tal conocimiento, y producir la felicidad de sus inferiores; no menos que un gefe ignorante puede brevemente trastornar y pervertir toda la disciplina regular, sufocando en su cuna los proyectos mas gloriosos á la religion, y mas importantes al estado. Decia á este respecto un sabio, que

no podia sobrevenir mayor infelicidad á una república, que la de un prefecto ignorante. Verdad constantemente acreditada con la experiencia de muchos siglos; pues si reflexamos algun tanto sobre las transmigraciones de las artes y de las ciencias, sobre la vicisitud, revolucion, decadencia, ó reparacion de los mayores imperios, hallaremos el mucho influxo que ha tenido en semejantes catástrofes la mayor ó menor ilustracion y conocimiento en el gobierno. Testigos de esta verdad son las repúblicas de Atenas, de Cartago, de Roma, ya abatidas, ó ya gloriosas, á proporcion de la ilustracion de sus gefes.

En efecto, PP. MM. RR., un superior, dotado de sabio y profundo conocimiento, debe ser mirado, no solo como ornamento del sigloy de la religion, sino como fundamento sólido de la paz y felicidad de su rebaño; porque con sus grandes lu-

14 SERMONES

ces sabrá conciliarse la obediencia voluntaria de sus súbditos, tratándolos no tanto con violencia, como con persuasiones atractivas, según la frase de S. Pedro; y por este medio hará sólido y permanente su arreglado y dulce gobierno, porque el imperioso y violento no puede ser muy durable, como dice el Nacianceno. Un tal superior tratando con personas ilustres por los enlaces de su oficio, sabrá mejor sostener con el suyo propio el esplendor de todo el orden: sabrá animar en los inferiores el amor á las artes y á las ciencias, y hará en breve florecer el instituto regular: sabrá persuadir mejor los dulces atractivos de la virtud, y los horrores del vicio: sabrá corregir con dulzura, y amonestar paternalmente, para no incurrir en la comunicacion del Apóstol. Castigará con suavidad á los frágiles, y con severidad á los contumaces. Baxo su direccion la juventud estudiosa, estos frutos de honor y

VARIOS. 15

honestidad del cuerpo regular, viéndose distinguidos á los sábios, á los virtuosos, á los hombres de bien, estimulados con la esperanza del premio, harán grandes y rápidos progresos en sus tareas literarias. Un tal superior, conocido el temperamento de los súbditos, sus inclinaciones, su habilidad, los necios é ignorantes, los doctos y prudentes, los rebeldes, los frágiles, los celosos, sabrá juzgar de cada uno á proporcion de sus méritos; y conforme á esta idea hará la justa distribucion de los premios, de los empleos, gracias ó castigos, con respecto á la necesidad particular, y al bien comun, según el espíritu del evangelio. Un tal superior sabrá tolerar sin indolencia, y resistir su dureza, disimulando por algun tiempo la cizaña, para no arrancar con ella el trigo, y recogéndola en oportunidad para arrojarla al fuego, y que no fructifique en el campo del Señor. Un tal superior en fin debe ser mira-

do cual otro David, como el pastor designado por Dios para buscar y visitar sus ovejas, para recogerlas y apacentarlas: pastor capaz de reparar las perdidas, reducir las dispersas, curar las enfermas, guardar las sanas, y dirigirlas en juicio, segun la expresion de un profeta.

Sin este conocimiento y estas luces, ¿á cuántos errores, PP. MM. RR., no está un prelado expuesto? ¿Cuántos desaciertos no cometerá en el ejercicio de su autoridad? ¿cuántas injusticias en la distribucion de los empleos? ¿cuántos yerros en la graduacion de los méritos? ¿cuántas violencias en sus disposiciones? ¿cuántas indolencias criminales en las permisiones? ¿cuántas imprudencias en las resoluciones? ¿cuántos desórdenes en fin en su gobierno? El yerro de un súbdito suele corregirse con facilidad; mas el juicio errado de un superior, ¿quién podrá corregirle, ó quién osará rebatirle? Si el gefe, si

el doctor yerra, ¿qué otro doctor le enmendará, dice el Señor? Sucede á este respecto con los que gobiernan lo que entre los navegantes, donde la falta de un marinero no trae peligro de consideracion; mas el error de un piloto lleva consigo la ruina de la nave con su tripulacion, como decia en otro tiempo el diácono Agapeto al emperador Justiniano.

Para evitar pues semejantes escollos, y que nuestra eleccion sea arreglada á las intenciones de Dios, es necesario echar mano de un pastor sabio que conozca bien su rebaño, y que sea conocido de éste; conocido, digo, por su virtud é integridad de costumbres, capaz de iluminar no menos con su exemplo, que con su doctrina. El superior, segun el Nacianceno, debe ser como el pintor, que ha de instruir mas con el pincel que con las palabras. Si nosotros somos inobedientes, decia san Efren, ¿cómo demostraremos la obe-

diencia á los demás? Si gulosos, si avarientos, si ebrios, ¿cómo podremos enseñar á los súbditos la templanza y la moderación? Si variables y temerarios, ¿cómo manifestaremos á los jóvenes la gravedad de costumbres, y la virtud de la constancia? Dadme un maestro humilde, dice san Bernardo, y se avergonzarán de ser soberbios los discípulos; porque el prelado, segun S. Dionisio, es el espejo de los súbditos: cual es el que gobierna una ciudad ó una comunidad, tales son los que en ella viven, conforme á la sentencia del Eclesiástico; y cual es la vida del pastor, tal es la de su rebaño.

Atendiendo pues á estas máximas, y al terrible juicio que por una mala elección os amenaza, debeis, PP. MM. RR., elegir un varon conocido por su prudencia, y que pueda como otro Josef enseñarla á los mismos ancianos, como David se explica: un varon acreditado entre todos por su

discrecion, por su expedicion en el manejo de negocios, y por su fidelidad en la administracion de las temporalidades: un varon conocido por su desinterés, no un exáctor importuno de los conventos, que pretenda cobrar de ellos los diezmos y primicias, como dice un padre de la iglesia, ó espigar el campo de la religion, á imitacion de los príncipes necios de Tanais y de Memphis, segun la expresion de Isaías: un varon conocido por su celo y por la rectitud de sus intenciones, capaz de sostener el honor del santuario, y de promover la honra de Dios, y la execucion de sus preceptos: un varon dotado de fortaleza y de constancia, de suavidad y de dulzura; de suerte, que hecho todo para todos como otro Pablo, gane con santos ardides las almas de sus hermanos, y tomando varias formas, á imitacion de la gracia, aliente al pusilánime, oprima al orgulloso, reanime los tímidos,

reprima los temerarios, exálte á los humildes, y postre los soberbios: un varon conocido de todos por su misericordia con los pobres, sin resabios de vanagloria, de ambicion, ó de avaricia: humilde sin abatimiento, sabio sin orgullo, económico sin miseria, liberal sin prodigalidad: un varon vigilante, activo, de sana intencion, irreprehensible, dotado de integridad, de doctrina, de circunspeccion, segun la sentencia del Apóstol: nada criminal, como dispensador de Dios; no soberbio, no iracundo, sino benigno, sóbrio, continente, justo, para que pueda exhortar en doctrina sana, y redargüir á los que la contradicen, como se explica él mismo; un varon en fin conocido de todos por el mas apto para apacentar el rebaño del Señor; no un pastor como los de Israel, que segun Ezequiel, se apacentaban únicamente á sí mismos: no un pastor esclavo de su vientre, de su avaricia y ambi-

cion, como se lamentaba en otro tiempo S. Cipriano; pues éste envolveria en su ruina la de toda la provincia, haciendo víctimas miserables de sus venganzas á los hombres mas beneméritos, y aplicando por despojos al carro de su codicia las reliquias del santuario.

Lejos pues de entre nosotros todo estudio de partes, todo espíritu de faccion, de interes y de respeto humano. Es causa de Dios la que se trata, y causa de graves y terribles consecuencias, transcendentales al estado, á la iglesia, y á nuestra salud eterna. Hagamos pues, PP. MM. RR., hagamos una eleccion santa, arreglada á las inspiraciones de Dios, y al oráculo de Jesucristo. Para lo cual es necesario se reunan los votos de todos sobre el que tenga mayor y mas profundo conocimiento del rebaño que se le va á encomendar, y que sea al mismo tiempo el mas conocido de todos por el esplendor de sus ope-

raciones, y por el arreglo de su vida en lo político y en lo cristiano. Este será un buen pastor conforme á las ideas del Señor, á quien debemos proponernos en todo por modelo: éste hará abundar en la provincia los preciosos frutos de honor, de honestidad, de operaciones santas, como se explica el Eclesiástico: éste con disposiciones sabias preservará á los súbditos de error, les inspirará dulcemente los atractivos de la virtud, les animará en sus penosas tareas, les consolará en sus aflicciones, y hará en breve floreciente el estado regular: éste en fin con palabras y con obras sostendrá la causa de Dios, celará su rebaño, y promoverá su gloria. Amen. DIXE.



SERMON

DE LA HUIDA Á EGIPTO,

predicado en Granada en el Septenario de S. Josef, que se celebra en su parroquia.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Matth. II. 13.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden.

Quien creyera, señores, que un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, que ex-

raciones, y por el arreglo de su vida en lo político y en lo cristiano. Este será un buen pastor conforme á las ideas del Señor, á quien debemos proponernos en todo por modelo: éste hará abundar en la provincia los preciosos frutos de honor, de honestidad, de operaciones santas, como se explica el Eclesiástico: éste con disposiciones sabias preservará á los súbditos de error, les inspirará dulcemente los atractivos de la virtud, les animará en sus penosas tareas, les consolará en sus aflicciones, y hará en breve floreciente el estado regular: éste en fin con palabras y con obras sostendrá la causa de Dios, celará su rebaño, y promoverá su gloria. Amen. DIXE.



SERMON

DE LA HUIDA Á EGIPTO,

predicado en Granada en el Septenario de S. Josef, que se celebra en su parroquia.

Surge, et accipe puerum, et matrem ejus et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Matth. II. 13.

Levántate, toma al Niño y á su Madre, y huye á Egipto, donde estarás hasta nueva orden.

Quien creyera, señores, que un Dios que toca los montes, y los convierte en humo, que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra, que ex-

tiende como un hermoso pabellon los cielos, que destronca poderosamente los cedros del Líbano, que pone términos al mar, y las montañas en balanza; un Dios, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos, y se derriten sus enemigos como cera; ¿quién creyera, repito, que el Soberano de la naturaleza, cuya potencia es sin límites, cuya voluntad es irresistible, cuyo trono es eterno, y por quien reynan los reyes, y administran los legisladores la justicia, habia de tomar la humilde resolución de una precipitada fuga á una region extraña, por evitar la muerte con que le amenazaba un monarca intruso é impío; y esto baxo la proteccion de un simple artesano nacido en obscuridad, y desconocido en la Judea? ¿Se habian por ventura agotado las aguas que envolvieron en el mar Roxo á Faraon y sus tropas? ¿Se habia extinguido el fuego que devoró á los levitas ambiciosos, que

murmuraban contra Moysés, y á los perseguidores del profeta Elías? ¿No estaban ya á sus órdenes los ministros de sus venganzas, que incendiaron á Sodoma, que degollaron los primogénitos de Egipto, y que castigaron tantos reyes impíos? En caso de trasladarse á Egipto, ¿no habia un carro de fuego que le elevase y ocultase como á Elías, ó ángeles que le condujesen sobre las alas de los vientos?

¿Mas á qué fin los ratiocinios importunos, cuando constan los adorables hechos? ¿Quién es el hombre para redargüir las obras de Dios, investigar sus sendas, penetrar sus designios? ¿Quién ha sido jamás su consajero, ó qué curioso investigador de la Magestad no ha sido oprimido de su gloria? ¿Por ventura el Unigénito de Dios no es al mismo tiempo Hijo del hombre, consubstancial al Padre por su generacion eterna, inferior á los ángeles segun su humanidad,

y hecho participante de nuestras miserias, á excepcion del pecado? ¿No debía, os ruego, establecer su iglesia sobre su doctrina y sus obras? ¿No debía ser el primero en acreditar con su exemplo las máximas de su moral, como cabeza de los predestinados? Con arreglo á su ministerio y oficio de Redentor, ¿no se había desde la eternidad propuesto seguir el camino de la humillacion para llegar á la exáltacion de su gloria? ¿No miraba como una de las máximas fundamentales de su celestial doctrina, que le siguiesen sus discipulos por la senda de la tribulacion, para hacerlos participantes del consuelo? ¿Ne es pues de admirar que un Hombre Dios, que se propone instruir á sus hijos, á quienes debe dar muestras auténticas de su divinidad y de su humanidad, aprehenda la fuga cuando amenaza el riesgo al abrigo y proteccion de un hombre extraordinario, que él mismo había elegi-

do para su defensa, su tutor y padre putativo? Tal en efecto era el destino de Josef en las miras del Todopoderoso. Era pues consiguiente la comision que le intimó el ángel; y Josef por su fidelidad en esta tribulacion debía recibir el consuelo de ser testigo de los triunfos de su Redentor en esta fuga. Tal es la materia que me propongo á honra y gloria de Jesucristo, y en elogio del santo Patriarca. Corresponde á vos, ó dulce Madre de Dios, alcanzarme gracias abundantes para que dignamente pueda anunciar las alabanzas de vuestro esposo Josef, inseparables de las vuestras. A este fin os saludamos humildemente con el ángel.

Ave María.

Surge, et accipe &c.

La vida de los justos, dice un padre de la iglesia, es una alternativa ó maravilloso tejido de aflicciones y gozos. La tribulacion, como afirma el Crisóstomo, viene acompañada del consuelo, y éste es inseparable de la gracia; pues como dice S. Pablo, la tribulacion obra la penitencia, la paciencia la probacion, la probacion la esperanza, y la esperanza no confunde, por la infusion de la gracia que difunde en nuestros corazones el Espíritu Santo. De aquí se sigue por una consecuencia necesaria en la moral de Jesucristo, que el justo para recibir las consolaciones del Espíritu de Dios debe antes ser penetrado de afliccion hasta el fondo de su alma. No puede el discípulo ser sobre su maestro, dice la sabiduría

eterna. El Padre celestial no perdonó á su propio Hijo por haber tomado el hábito de pecador; le hizo sufrir las mayores tribulaciones en esta vida, ¿cómo podia dispensar de ellas á sus hijos adoptivos? ¿Por qué no deberán estos conformarse á su original; esto es, á la imágen de Jesucristo, como dice S. Pablo? ¿Por qué no deberán sufrir en su corazon la mortificacion del Salvador, tanto mas rigurosa, quanto mas sublime es la santidad á que Dios los eleva? ¿Por qué no serán probados en la tentacion como el oro en el crisol, á proporcion que le son aceptos, como reveló el ángel á Tobías? ¿Por qué no hará en fin que la tribulacion, como dice S. Pablo, perfeccione la virtud de los justos, y manifieste su fidelidad?

Segun estos principios fundamentales de nuestra moral, Josef, elevado por Dios al incomparable ministerio de esposo de María y padre pu-

tativo de su Unigénito, debía sufrir tanta afliccion, y padecer tantas tribulaciones, cuanta era la alteza de su dignidad y de su justicia. Formemos idea de esta verdad por la tribulacion de esta jornada. Figuraos al santo Patriarca, á quien el ángel del Señor intima en sueños y en el silencio de la noche su fuga á Egipto para librar al Hijo de Dios de la crueldad de Herodes. ¡Qué sobresalto, qué dolor, qué espada tan penetrante para su alma! ¡Qué objeto tan lúgubre para su amor, al ver amenazada de muerte una vida tan preciosa! Pero ¡qué fidelidad á las órdenes del cielo! Sin esperar dilaciones, sin oponer dificultades, sin alegar, por exemplo, la delicadeza del Hijo y de la Madre para tan larga jornada, la falta de equipage y provisiones para ella, lo intempestivo de la hora, lo crudo de la estacion, lo ignorado del terreno, el peligro de caer en manos de sus enemigos, los riesgos

é incomodidades del camino, la peregrinacion á tierra extraña por tiempo indefinido; se levanta al punto, y tomando al Hijo y á la Madre, penetrada su alma de dolor, empieza su carrera con pasos de gigante. Las montañas mas ásperas y encumbradas se suavizan y allanan á presencia de la fidelidad que le anima; pues quando consta la voluntad de Dios, toda resistencia es criminal, toda dilacion es culpable, y todo exámen peligroso. Nuestros primeros padres no hubieran quebrantado el precepto del Altísimo, si no hubiesen dado oidos al espíritu de tinieblas que les decia: ¿por qué Dios os ha mandado esto? Abraham no hubiera sido padre de los creyentes si se hubiera detenido á examinar el mandato de Dios que le intimaba sacrificar á su hijo. Joás no hubiera incurrido en la indignacion del Señor, ni hubiera atraído sobre sí aquella gran tempestad, si se hubiese dirigido inmediatamente á Nínive. Ni

Josef finalmente hubiera sido salvador del mismo Salvador del mundo, si no hubiese respondido con mas fidelidad que Abraham á las órdenes del cielo.

Formó pues carroza de sus brazos para llevar sobre ellos al que es mas elevado que los cielos. Toca los abatimientos de este Dios Hombre, que se humilla para ensalzarnos. Las incomodidades de esta larga y penosa peregrinacion afligen al justo Josef. Una Madre sobresaltada, un tierno Infante fugitivo, expuesto á la cólera de un monarca impio, á la sed, al frio y demás molestias de la vida humana, ¡qué pena, qué afliccion para este santo Patriarca! Su dolor era á medida de su amor á Hijo y Madre; y como este era tan activo, tuvo la fuerza de transformarle en la imagen de Jesucristo. No es la pérdida del oro, la de una vil criatura, ú otro miserable objeto de esta naturaleza lo que causa la afliccion de este

Justo. No es la muerte de un monarca impio como Saúl, la que cubre de tristeza á este Samuel. No es la ruina de un hijo ingrato y rebelde como Absalon, lo que llena de amargura el ánimo piadoso de este heredero de David. Es la tribulacion y angustia del Hijo de Dios, perseguido de muerte, y las penas de su Madre Virgen el artífice de su dolor, y objeto de sus desvelos.

¡Triste Josef! tu celo no será defraudado, tu diligencia no será vana; el Padre celestial, que te ha cometido sus veces sobre la tierra, oirá tus castos gemidos. El que viste y alimenta las aves del cielo, el que sustenta los peces del mar, el que dividió las aguas del mar Roxo para libertar á su pueblo perseguido por Faraon, y las del Jordan para dar paso franco al arca de su testamento; este mismo proveerá á las necesidades de tu familia, y defenderá al Hijo y á la Madre de todos sus

enemigos. Su mano omnipotente es la que mortifica y vivifica, la que exalta á proporcion que humilla. Tu obediencia es superior á toda víctima, y tu fidelidad y rendimiento á las órdenes del cielo te hacen digno de ser testigo privilegiado de los triunfos de tu Redentor en esta fuga. Consuelo extraordinario que sosegará tus justos temores, disipará tu afliccion, y premiará tu fidelidad.

II. En efecto, señores, como todo es grande en Jesucristo, lo son tambien sus abatimientos. ¡Qué rasgos de potencia, de magestad, de gloria no se descubren entre sus mayores humillaciones! Si nace obscuramente en una cueva, dice un célebre orador de nuestro siglo, los ángeles cantan su gloria en los aires, y anuncian la paz á la tierra. Si las bestias le hacen compañía en un establo, una estrella milagrosa conduce desde el Oriente á los Magos, para que las primicias del gentilismo

le reconozcan y adoren por verdadero Dios y Hombre. Si es presentado en hábito de pecador á su Padre en el templo, un anciano piadoso le declara luz de las naciones, y gloria de su pueblo. Si voluntariamente se sujeta á la ley penal de la circuncision, recibe en ella el nombre de JESUS, á cuyo eco tiembla el cielo y la tierra, se arrodillan los abismos, y se estremece el infierno. Si es tentado por el demonio en el desierto, los ángeles cantan la gloria de su triunfo, y le sirven suntuoso banquete. Si se dexa aprisionar con fuertes ligaduras, postra en el mismo acto á todos sus enemigos con sola su palabra. Si muere en fin en una cruz por su infinito amor al linage humano, pone en desconcierto toda la masa de la tierra, y hace en el mismo punto resucitar los muertos. Mas á qué fin esta larga enumeracion de los abatimientos de Jesucristo para manifestar en todos ellos los

36 SERMONES

trofeos de su omnipotencia? ¿No basta reflexionar sobre el asunto del dia para acreditar esta verdad? Esta fuga inefable no es obra del temor, dice san Fulgencio, sino dispensacion divina. Cede, añade este padre, no á Herodes, sino al tiempo. Huye para manifestar su humanidad, é instruir á sus discípulos á no exponerse temerariamente á los peligros, y evitar los riesgos por medio de la fuga. Pero en ella misma, y en el momento de ejecutarla, nos descubre maravillosos rasgos de poder, y adorables trofeos de su virtud divina.

Por mas que Herodes, este rey inhumano, medite la ruina del Heredero de David; por mas que emplee su política y la de sus cortesanos para quitar la vida al verdadero Rey de reyes, y Señor de los que dominan; el que habita en los cielos, el que disipa y reprueba los consejos de los príncipes se burlará de sus artificios, desconcertará sus medidas, trastorna-

VARIOS. 37

dá su trono, quebrará su cetro. Niño como es, le hace temblar sobre el solio, y con él á toda Jerusalén. El Egipto debe recibir á este ilustre fugitivo, segun el vaticinio de Oseas. Las vastas regiones y montañas inaccesibles de este reino, destinadas por el muy Alto para jardín de su iglesia, y mansion de los Paulos, Antonios, Hilariones, Atanasios y demás padres y directores de las sagradas religiones, este cuerpo robusto de los exércitos de Dios, por mas que los políticos y libertinos blasfemen contra ellos; estas montañas, digo, que debian dar tantos frutos al cielo, y tantos doctores á la iglesia, era menester fuesen primero santificadas por las plantas adorables del Salvador, é ilustradas con su presencia. El justo Josef debia transportar á estas regiones aquel grano de trigo, que nacido de tierra virginal, mortificado por la infidelidad de los judíos, y multiplicado por la fe de los

pueblos, habia de servir de alimento á todo el pueblo cristiano.

Abre pues, Egipto, tus puertas, entrará el Rey de la gloria: reconoce el tiempo de tu visita; y da á Dios el honor, la virtud y la acción de gracias. Hé aqui la misteriosa nube de María, que fecunda con solo el rocío del cielo, llovió al Justo sobre Jerusalem, y le entra ahora fugitivo por tus puertas, segun el varicinio de Isaias. Hé aqui un tierno infante, en quien habita toda la divinidad corporalmente. Hé aqui un Niño prodigioso, que baxo del velo de la humanidad es el esplendor de la gloria del Padre, figura de su substancia, viva imagen de su divinidad, en todo igual y consubstancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espiritu Santo en unidad de Esencia, y Trinidad de Personas. Hé aqui...

Pero ¿qué veo? adorables son, mi Dios, vuestros trofeos; cuando pareceis mas abatido. El corazón de Egipto

se estremece á la entrada de este fugitivo, y sus ídolos, como anunció el Profeta, caen por tierra en su presencia. Anubis, Canopo, Osiris, Isis, Serapis y demas divinidades insulsas de este supersticioso reino, cuya extravagancia llegaba al extremo de venerar por dioses los ajos, las cebollas, los animales mas inmundos, los mas despreciables insectos, se conmueven por sus fundamentos, y yacen troncados como Dagon á presencia del arca. Las obras de tinieblas se disipan, son confundidos los oráculos, y una fuerza oculta é invencible ahuyenta los demonios.

¿Qué inefables son, ó mi Dios, vuestros abatimientos, qué irresistible vuestro poder! ¿Quién podrá, señores, tolerar la vista severa del Leon de Judá, cuando la de fugitivo hace temblar los monarcas sobre el trono, y estremecerse los reinos, postrando asi de un golpe tantos y tan venerados simulacros? ¿Qué gozo para vos,

ó santo Patriarca, ser testigo ocular de tantas y tan estupendas maravillas! Con cuánta mas razon que David pudiste exelamar en esta ocasion, transportado en un exceso de alegría á medida de los muchos dolores que afligian mi corazon, han llenado, Señor, tus consolaciones de gozo mi alma. Verdaderamente sois el Dios escondido que anunció á los mortales el Profeta, y nada es capaz de resistir vuestro poder. Tu nombre es admirable sobre toda la tierra, y adorables tus abatimientos.

Concibamos pues, señores, una idea justa de la huida misteriosa de Jesucristo á Egipto, y hallaremos admirables rasgos no solo de su humanidad, sino tambien de su divinidad, que confunde y desconcierta la falsa política de Herodes. Hallaremos, repito, lecciones importantes de su adorable providencia en orden á los justos y predestinados; pues aunque le vemos afligir á su padre putativo has-

ta el fondo de su alma, es para consolarle al fin de esta jornada, haciéndole testigo de sus trofeos en premio de su fidelidad. Todo conspira en las miras de Dios á enseñarnos con su exemplo y el de sus escogidos á ser fieles en la adversidad, para comunicarnos despues las dulces consolaciones de su divino Espíritu, mostrándonos el premio preparado á los que executan con sumision sus eternas voluntades. Si quereis pues que vuestra tristeza se convierta en gozo inamisible, segun el oráculo de Jesucristo, recibid con espíritu de humillacion las tribulaciones que Dios os envia, á imitacion del santo Patriarca. Este es el verdadero culto que Josef espera de vosotros, y el mas acepto á los ojos de Dios. Alabadle pues como Josef cuando os aflige en la adversidad, dadle gracias cuando os visita y castiga con la vara de la tribulacion; huid de los peligros y asechanzas con que satanás pretende

SERMON

DE NUESTRA SEÑORA
DEL PILAR DE ZARAGOZA,
PREDICADO EN VIZNAR

al Illmo. Señor Don Antonio Jorge y
Galban, Arzobispo de Granada.

*Apparuit autem ei Dominus nocte, et
ait: audivi orationem tuam, et elegi
locum istum mihi in domum sacrificii.*

II. Paralip. 7.

Manifestóse el Señor de noche á Salomon, y díxole: he oido tus oraciones, y he hecho eleccion de este lugar para casa de sacrificio.

ILLMO. SEÑOR.

Dios, cuya inmensidad no tiene límites, que sin ocupar lugar llena todos los espacios, que preside á todas

las cosas por esencia, presencia y potencia: Dios, repito, cuyo trono es el cielo, y que no habita, como en propio lugar, en templos materiales, segun la expresion de S. Pablo, siendo todo obra de sus manos, como dice él mismo: Dios, á quien este Apóstol nos manda invocar en todas partes como presente á todo, eligió sin embargo para sí ciertos lugares sobre la tierra, donde con especialidad quiso ser adorado como en propiciatorio de su infinita bondad. En estos santos asilos consagrados á su Nombre, se propuso desde luego habitar con presencia de proteccion, asegurándonos que los miraria como una casa destinada para su sacrificio. Este Dios Inmenso, que no dista de cada uno de nosotros, como dice S. Pablo, pues en él nos movemos, vivimos, y somos, ha querido por un efecto de su bondad manifestarse mas propicio, mas benéfico, mas liberal, y como si estuviere mas cerca en es-

tos santos asilos de proteccion y de refugio, consagrados á su augusto Nombre, á los cuales llama su casa de oracion, donde todo el que pidiere reciba, el que buscáre halle, y se abra al que llamáre, conforme á su promesa irrevocable. Aquí quiere ser invocado especialmente y adorado: aquí oye nuestros gemidos, y recibe el sacrificio de honor y de alabanza: aquí socorre nuestras necesidades, y fortalece nuestras almas por la infusion de su divino Espíritu; aquí en fin quiso en la plenitud de los tiempos quedarse Sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos, consagrando estos lugares con su Real Presencia, y dándonos en alimento para hacernos participantes de su divinidad.

Tal es, Illmo. Señor, la idea que nos dan las santas escrituras de estos lugares ó porciones de tierra que Dios se ha dignado consagrar como trono de su misericordia, ó como un monu-

mento de su amor á los hombres. Entre otros es muy singular el que hoy es objeto de nuestra veneracion: hablo del Pilar de Zaragoza, este precioso monumento de la bondad de Dios, y de la clemencia de su augusta Madre, con que tanto se honra nuestra España, y que nos hace concebir tan bien fundadas esperanzas de su especial proteccion sobre nosotros. Bastaria para estar persuadidos de esta verdad saber que este célebre santuario fue construido por nuestro patron el apóstol Santiago, y consagrado á Dios en honor de su santa Madre, viviendo aún en carne mortal. ¡Qué felicidad para España, y qué asunto de tanta confianza!

Más ¿quién creyera, Illmo. Señor, que un hecho tan constante en los anales de nuestra historia eclesiástica, y de tradicion inmemorial, habia de ser desmentido é impugnado en los últimos siglos? En efecto algunos críticos fastidiosos, no sé si por

espíritu de contradicción, ó de envidia y oposición nacional, han pretendido en esta parte obscurecer nuestras glorias. No será pues fuera de propósito deshacer sus cabilaciones, para confirmaros en la singular protección que desde luego debimos á María. A este fin manifestaré en primer lugar la legitimidad del monumento, y en segundo su importancia: dos reflexiones breves que van á ser el blanco de vuestra atención, y el de mis endeblés conatos.

Dios y Señor de las virtudes, origen de toda bondad, haced que no manche yo vuestro divino testamento con labios impuros; purificadlos como los de vuestro Profeta, para que anuncie dignamente vuestras obras y misericordias. Así os lo pedimos por la poderosa intercesion de vuestra augusta Madre y nuestra María santísima. *Ave María.*

Apparuit autem &c.

Aunque esta augusta cátedra no lo es de disputa, ni el estilo apologético es el mas á propósito para la instrucción del pueblo cristiano, hay sin embargo ocasiones en que los oradores se ven precisados á defender la verdad de su causa por el horror de ella y el de su ministerio. Nada mas frecuente en las obras de S. Justino mártir, de Orígenes, de Tertuliano, del Nacianceno, de los Gerónimos, Ambrosios, Cirilos y Augustinos, que esta especie de apologías para sostener la causa de Dios y las tradiciones de sus mayores. En nuestro siglo, llamado comunmente de luces y de crítica, es tanto mas necesaria esta especie de argumentos, quanto es mayor el desenfreno de disputarlo todo, y de volver en duda las tradiciones

piadosas, por mas autorizadas que sean.

La del Pilar de Zaragoza, aunque inmemorial, no ha estado á cubierto del partido de oposicion, ni de la censura de algunos críticos morosos. Uno de estos de gran autoridad entre los demás, y enemigo acérrimo de las glorias de España, hablando de este inmortal monumento en tono de oráculo, como pudiera desde la mesa de tres pies, se explica en estos términos: "¿Quién creará, dice, que á la Virgen estando aun viva erigiese iglesia Santiago? ¿Quién se persuadirá que le mandase esto la humildísima Virgen? ¿Ni quién imaginará que pudiese hacerse aquello en el imperio de príncipes gentiles, y en medio de las persecuciones? ¿En un tiempo en que los cristianos no tenían templo alguno, sino precisamente se juntaban en casas particulares y en lo mas secreto? Y finalmente, ¿quién podrá admitir esto

en el mismo nacimiento de la iglesia?"

Con solo este insulso interrogatorio que nuestro crítico propone con estilo triunfante y decisivo, se persuade haber echado por tierra el monumento sólido del Pilar. Exáminemos pues, Illmo. Señor, la debilidad de estos argumentos á la luz de la crítica y de la autoridad. ¿A quién en primer lugar deberá parecer extraño que el apóstol Santiago, patron de nuestra España, erigiese en ella un monumento al verdadero Dios en honor de su santa Madre, estando aún viva? Si no temiese dilatar me, produciria aqui por un testimonio de autores no tanto crédulos como piadosos, otros insignes monumentos erigidos en honor de Maria, viviendo aún en carne mortal, ó en los tiempos primitivos de la iglesia. Hablaria del templo erigido por S. Pedro en la Siria; del de su discípulo S. Materno en Alemania; del que fundó en la Etio-

pia el eunuco de la reina Candaces; del de los discípulos del gran Elías sobre el monte Carmelo: hablaría, repito, de la casa de Loreto, donde nació la Virgen, donde oraba con frecuencia al Padre celestial, ofreciéndole la hostia inmaculada de su corazón; donde se hizo Hombre el Verbo Eterno, y se obraron tantos misterios de nuestra salud: pero omito todos estos monumentos, porque acaso experimentarían igual suerte que el del Pilar en el juicio de nuestro crítico. Tampoco diré una palabra acerca del templo que construyó santa Marta, hermana de Lázaro, luego que llegó á Marsella; monumento que por ser de Francia hallaría sin duda mejor acogida en nuestro crítico, que sin embargo de negar la venida de Santiago á España, atropellando todas las leyes de la crítica, mira como irrefragable la de estos ilustres hermanas á Marsella: mas sería de desear nos hubiese dicho en qué consistía la

incompatibilidad del monumento del Pilar con la vida de María santísima.

¿Se opondría por ventura el mandato de su erección á su incomparable humildad? ¿Peligraría ésta á presencia de un tal monumento? Sospecha indigna respecto de una Virgen concebida sin mancha de pecado, libre de la maldición original en que fuimos todos concebidos, confirmada en gracia, y que por primicias de ella había recibido la plenitud; de una Virgen, repito, que era verdadera Madre de Dios, á quien lo mandaba consagrar; de una Virgen finalmente que no había dudado pronunciar en su cántico, que en premio de su humildad la bendecirían todas las generaciones.

Mas ¿cómo podría hacerse esto, añade nuestro crítico, en medio de las persecuciones? Efugio miserable. ¿Imagina por ventura, que fue este algún templo magnífico, como el antiguo de Salomón, como el de S. Pe-

dro y S. Pablo en Roma, ó como el de Sofia en Constantinopla? ¿Tanto debía llamar la atención á los emperadores paganos una capilla de ocho pasos de largo, que impidiesen su construcción, ó decretasen su exterminio? ¿Ignora este severo Aristarco (en orden á las cosas de España) que los fieles de la iglesia primitiva, además de los sótanos ó cuevas subterráneas, conservaban oratorios y casas particulares consagradas á Dios? ¿Qué mucho pues se conservase esta pequeña capilla del Pilar en medio de las persecuciones? Sino que digamos que toda la imposibilidad de este precioso monumento consiste en ser de España.

Por otra parte, aun quando fuese necesaria una especial providencia del Altísimo para su construcción y conservación, ¿seria por tanto inverosímil? Dios, que en fuerza de la promesa que nos hizo de que las puertas del infierno no prevalecerian con-

tra su iglesia, conservaba una innumerable multitud de cristianos dispersos por todas las regiones del mundo, multiplicándolos á proporcion del furor con que eran perseguidos: ¿no les proveía de iglesia y casas de oración para recibir en ellas el sacrificio de alabanza, y el incruento del cuerpo y sangre de su Unigénito? Mas ¿qué digo? ¿no es este un hecho constante por los anales de nuestra religion? ¿Estaba por ventura abreviada la mano del Señor respecto de este solo santuario, ó de este solo reino? ¿A qué inconsecuencias tan monstruosas no se ven reducidos los críticos quando se dexan dominar de la pasión, del espíritu de partido, y de oposición nacional!

Solo éste, Illmo. Señor, pudo haber ocultado á nuestro crítico los graves fundamentos que convencen la existencia de este célebre santuario. Si se hubiera dignado recurrir á los anales de España, no miraria con

fastidio una tradicion, que por legítima é inmemorial debia estar á cubierto de su censura. ¿Qué idea no producen de esta verdad todas nuestras historias? Por ella sabemos que los aragoneses, que en el siglo XIII concurren á la conquista de Sevilla, instituyeron allí una cofradía de nuestra Señora del Pilar: sabemos que el obispo de Zaragoza D. Pedro Librana á principios del siglo XII cuando se conquistó la famosa capital del reino de Aragon, expidió una carta circular, convidando á todos los fieles á la reparacion de este célebre santuario, que tanto tiempo habia estaba abandonado en poder de los sarracenos: sabemos que aun bajo la dominacion de los mahometanos se conservó el templo del Pilar con singular veneracion por los grandes prodigios que Dios obraba en él desde los tiempos primitivos: sabemos por Aimón, autor del siglo IX, en su historia de los Francos, que la

iglesia del Pilar es la madre de todas las de Zaragoza, y aun pudiera añadir de las de toda España: sabemos que san Braulio, que floreció en el siglo VII, fue cordial devoto de este santuario, que vivió en él por algun tiempo, y que en él quiso ser sepultado.

Ni es de leve autoridad la bula de Gelasio II, expedida á principios del siglo XII, de la cual consta la fama y dignidad de esta santa capilla por todo el orbe cristiano. Igual crédito merece la bula de Calixto III, que confirma la existencia primitiva de este santuario con todas las circunstancias de su ereccion; suponiendo ante todas cosas, que la iglesia del Pilar fue la primera que se consagró á Dios en honor de su Madre. Nada digo de la sentencia dada en juicio contradictorio á favor del Pilar por la sagrada Congregacion de cardenales destinada para discusion de la materia. Omito el testimonio de varios Martirologios antiguos, que confir-

man esta verdad. Ni me detengo á referir por extenso el decreto de nuestro gloriosísimo príncipe D. Felipe v dado en 8 de marzo de 1720 contra un folleto puesto al principio de la Historia de España, de Francisco del Hierro, donde se pretende desacreditar la tradicion del Pilar. Baste decir, que en el mismo año los señores del Consejo de S. M. de la suprema y general Inquisición, despues de un maduro exámen, y con pleno conocimiento de la causa, por su decreto de 28 de agosto mandaron poner y pusieron perpetuo silencio para que nadie pueda escribir contra la tradicion del Pilar; antes sí permiten y dan facultad á los escritores para que sostengan y apoyen esta tradicion con todos los fundamentos que se hallaren conducentes. Despues de unos testimonios tan auténticos, tan graves, y tan antiguos, ¿qué crítico de sano juicio podrá, Illmo. Señor, contradecir la legitimidad de este precioso

monumento de la misericordia de Dios, que tanto honra á nuestra España, y que nos es de tanta importancia? segunda reflexion de este discurso, que paso á exponer con la posible brevedad.

II. Como Dios es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, ingenioso por la salud del hombre, dispuso que sus mayores amigos tomasen baxo su proteccion y amparo los diferentes reinos y provincias del universo, para que por medio de sus oraciones desarmasen su cólera contra los pecadores, y sirviesen como de canales para colmarles de beneficios. Esta admirable economía se halla acreditada en el suceso del Pilar, disponiendo que su santa Madre se declarase protectora de Aragon. Páreceme estarla viendo elevada sobre una hermosa columna, y que rodeada de ángeles, se explica con las siguientes palabras: esta parte de España me será devotísima, y desde

ahora la recibo baxo mi proteccion. Una promesa tan solemne y extensiva con el tiempo á toda la península nos es de suma importancia; pues por este medio aseguramos la proteccion mas poderosa y la mas benéfica: seguidme sin desmayar.

Desde que la antigua serpiente engañó á nuestros primeros padres, y en ellos á todos nosotros, fue amenazada del Altísimo con el poder de una muger que debia quebrantar su cabeza. Formó á esta criatura extraordinaria como un ejército terrible y en orden de batalla. Comparóla á su caballería contra los carros de Faraon, haciéndonos traer á la memoria, segun la expresion de S. Gregorio, el ministerio de sus santos ángeles en el castigo de los egipcios: dióla en fin un poder sin límites contra todas las huestes infernales, haciéndola superior á todo lo que no es Dios. Esta es la muger verdaderamente fuerte, que dificultaba hallar el sabio, cuyo

precio es inestimable; y en frase de los padres de la iglesia, ella es el principio de la salud, fuente de la gracia, árbol de vida, puerta del cielo, y torre fortísima de David, de donde penden mil inexpugnables escudos, para prevalecer de todos nuestros enemigos visibles é invisibles.

En efecto, ¿qué poder, despues del de Dios, hay comparable al de María? ¿No triunfa diariamente del demonio, cuyo poder es tan grande, que no hallaba Job con quien compararle sobre la tierra? ¿No triunfa, digo, de esta bestia infernal con mas fortaleza que Judith de Holofernes, que Estér de Aman, que Jael de Sisara, que Tebites de Abimelech, y que de Seba la muger de Abela? ¿No ha trastornado esta santa Virgen, como dice Eutimio, las aras de los ídolos, y los templos del gentilismo, haciendo cesar en ellos la bárbara efusion de sangre humana? ¿No ha exterminado todas las heregias, como la

iglesia canta? ¿No ha castigado con último suplicio á todos los enemigos de su honor y de su culto? Aquí la blasfema lengua de Nestorio es comida de gusanos porque se opone á su augusto carácter de Madre de Dios: allí arroja el infame Arrio las entrañas porque osa negar la divinidad del Unigénito de Dios y de María: aquí se abrasa interiormente con un fuego infernal el impío Coprónimo por haber blasfemado contra el honor virginal de esta Reina: allí el pérfido apóstata Juliano es penetrado de una saeta por haber calumniado su pureza: aquí....

¿Mas para qué me canso y os molestó? ¿No es cierto, Illmo. Señor, que esta feliz criatura es superior en poder á los hombres, á los ángeles, á las potestades, á los tronos, y que Dios la hizo Reina del cielo y de la tierra? ¿No podrá conseguir mejor que Abraham el perdón de una ciudad infame? ¿No podrá mejor que

Moises contener las venganzas del Señor contra su pueblo? ¿No deberá su proteccion inspirarnos mas confianza que las oraciones de Onías á Judas Macabéo? ¿Qué no debemos pues esperar de semejante Patrona y de Reina tan poderosa, principalmente si atendemos á su carácter benéfico?

La clemencia y la beneficencia, señor, han calificado en todo tiempo á los mayores héroes. Como Jesucristo, Rey inmortal de todos los siglos, es la bondad misma por esencia, y por naturaleza la comunicacion del beneficio, dispuso que sus mas grandes amigos lo fuesen con respecto á este adorable exemplar, sin cuya conformidad nadie, segun el Apóstol, puede ser salvo. Con arreglo á este invariable principio de nuestra moral, María santísima, que en las miras del Omnipotente debia aventajarse á toda pura criatura, en calidad de Reina del cielo y de la tierra, y de Madre de su Criador, debió sin duda ser

la mas benéfica de todas, para ser la mas semejante á su original: pues es constante que es superior por gracia á todo lo que no es Dios. De este solo principio se concluye con evidencia, que su proteccion es la mas benéfica. Pero ¿qué digo? Aun quando yo con un silencio infiel pretendiera ocultar sus continuos beneficios al género humano, ¿no bastaria por todos su divina Maternidad, por la cual hubimos aquella Hostia pacífica, Hostia viva é inmaculada, nuestra santificación y redencion, que quita los pecados del mundo, purificándonos con su preciosa Sangre?

Por otra parte, ¿no es cierto que los templos consagrados á Dios en honor de su Madre son una fuente inagotable de beneficios á favor de los que la invocan? Recorred los anales de diferentes naciones que se glorían de su alta proteccion, y hallaréis acreditada esta verdad. Los Justinianos, los Heraclios, los Valesios, los

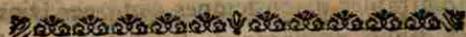
Comnenos ¿no obtuvieron en este agosto Nombre la victoria de sus enemigos, y la seguridad de sus estados? Pero no mendiguemos exemplos extraños. España misma, señor, España, que desde el suceso del Pilar milita baxo la augusta proteccion de esta Reina, ¿no podrá deponer sobre su singular beneficencia? Aqui la invoca D. Pelayo, glorioso príncipe de Asturias, en el conflicto de verse rodeado de innumerable multitud de árabes, encerrado en una cueva, y cubierto de dardos y saetas, y ve perecer en un momento ochenta mil de ellos, unos penetrados de sus mismas saetas, y otros precipitados por los montes. Alli baxo la misma proteccion triunfa de toda la morisma D. Alonso VIII. de Castilla, dexando doscientos mil enemigos en el campo de batalla. Aqui Alfonso IX. rey de España deshace un numeroso ejército de bárbaros baxo el amparo de esta Reina. Alli Jacobo I. de Aragon, llamado

el *Victorioso*, despues de haber libertado tres grandes reinos del poder de los mahometanos, y de haber edificado por todo Aragon infinidad de templos en honor de María, consiguió baxo su patrocinio aquella victoria memorable del reino de Valencia, en que aparecieron muertos un sinnumero de enemigos, sin estar heridos. ¿Qué reino, qué provincia de las de este vasto imperio, qué cuerpo, ya civil, ya militar, ya literario, ya eclesiástico, ya secular no podrá deponer sobre la singular beneficencia de María? Vosotros mismos, aun sin salir de mi auditorio, ¿cuántas veces no habeis experimentado el calor de su misericordia? ¿Cuántas veces no hubiera peligrado vuestra vida y vuestra suerte eterna sin el socorro de María? ¿Cuántas veces no nos ha sacado de entre las fauces de satanáas con su poderoso patrocinio? Todo conspira á persuadirnos, que por medio del gran suceso del Pilar

quiso Dios nuestro Señor ponernos baxo la proteccion mas poderosa y mas benéfica. Monumento glorioso para España, que le mirará siempre como su honor y su felicidad: monumento que debe estar grabado en nuestros leales corazones, para excitar la gratitud en ellos. Reconozcamos, señores, cuánto debemos á Dios en el augusto patrocinio de su Madre, y pongamos todo estudio en serle fieles, para ser felices. Digno es Dios de nuestras alabanzas, digna su Madre de nuestra fiel correspondencia. Vivamos pues como hijos suyos los que nos gloriamos de su alta proteccion.

Augusta y Soberana Reina del cielo y de la tierra, refugio y consuelo nuestro, protectora nuestra, dulce esperanza nuestra, desde el alto solio á que os elevó el Todopoderoso, echad una mirada favorable sobre la criminal descendencia de los hijos de Adán. Hemos pecado, hemos errado las verdaderas sendas. Mas ¿cómo podremos

volver á ellas, si el conductor nos falta? Entre las espesas tinieblas de este mundo, ¿cómo podremos caminar seguros, si no sois para nosotros una columna de fuego que nos ilumine? ¿Ó quién podrá templar el rigor de los rayos del Sol de justicia sobre nosotros, si no nos servís de columna de nube que nos defienda? No somos dignos de tanto beneficio; mas sois Madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la iglesia, por la exáltacion de nuestra fe católica, por la salud de nuestros príncipes, por el bien de nuestra monarquía, por la conversion de todos los pecadores, principalmente de los que estamos congregados en vuestro santuario, para que todos conozcamos y amemos á Dios, que vive y reina, Padre, Hijo, y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON

DE SAN ELOT,

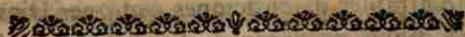
predicado en Granada á la hermandad de los plateros.

Vocavi ex nomine Beseleel...et implevi eum Spiritu Dei, sapientiã, et intelligentiã, et scientiã in omni opere. Exod. XXXI.

Llamé á Beseleel por su nombre... le llené del Espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia y de ciencia para todas las obras, y para inventar todo lo que puede hacer el arte con el oro, con la plata y con el cobre.

Hé aquí, ilustres profesores del arte de platería, hé aquí, repito, las

volver á ellas, si el conductor nos falta? Entre las espesas tinieblas de este mundo, ¿cómo podremos caminar seguros, si no sois para nosotros una columna de fuego que nos ilumine? ¿Ó quién podrá templar el rigor de los rayos del Sol de justicia sobre nosotros, si no nos servís de columna de nube que nos defienda? No somos dignos de tanto beneficio; mas sois Madre nuestra y del divino Salomon. Pedidle, os rogamos, por la paz de la iglesia, por la exáltacion de nuestra fe católica, por la salud de nuestros príncipes, por el bien de nuestra monarquía, por la conversion de todos los pecadores, principalmente de los que estamos congregados en vuestro santuario, para que todos conozcamos y amemos á Dios, que vive y reina, Padre, Hijo, y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen. DIXE.



SERMON

DE SAN ELOT,

predicado en Granada á la hermandad de los plateros.

Vocavi ex nomine Beseleel...et implevi eum Spiritu Dei, sapientiã, et intelligentiã, et scientiã in omni opere. Exod. XXXI.

Llamé á Beseleel por su nombre... le llené del Espíritu de Dios, de sabiduría, de inteligencia y de ciencia para todas las obras, y para inventar todo lo que puede hacer el arte con el oro, con la plata y con el cobre.

Hé aquí, ilustres profesores del arte de platería, hé aquí, repito, las

admirables disposiciones con que Dios se dignó preparar á Beseleel, aquel platero famoso, que destinaba su sabiduría para fabricar el arca del testamento, y construir las demas obras de oro, plata y otros metales que debian servir en su tabernáculo. No de distinto modo preparó el Todopoderoso á su fiel siervo Eloy, este hombre de Dios destinado por vaso de eleccion para la edificacion de su pueblo; este exemplar de virtudes heróicas, donde se dignó coronar sus dones; este hombre extraordinario, que hacia suceder en admirable alternativa al trabajo la oracion, á la oracion la penitencia, á la penitencia la instruccion del pueblo, á la instruccion del pueblo la contemplacion, á la contemplacion la disputa con los hereges, á la disputa con los hereges los oficios de piedad, á estos la conversion de los gentiles, y que hecho todo para todos como otro Pablo, no daba menos exemplos

de oficiosidad y de virtud á los ilustres profesores de su arte, que de celo y de piedad á los prelados de la iglesia, y á todos sus hermanos en Jesucristo. Formemos pues su elogio con arreglo á estos dos estados de su admirable vida, considerándole primero como exemplar de plateros; segundo, como modelo de obispos: dos breves reflexiones, que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas y brillantes, son á lo menos sólidas, dignas de esta cátedra, y apropósito para instruir. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. *Ave Maria.*

Vocavi &c.

Como Dios es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, ordenó la sociedad cristiana

baxo un plan de providencia tan benéfico, que pudiesen todos salvarse en su estado. Como su voluntad sincera de salvar al hombre es universal, y no todos pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni vivir todos en la estrechez de un claustro segregados del mundo, dispuso que pudiese cada uno obrar su eterna salud en cualquiera de las ocupaciones honestas de la sociedad, cumpliendo exactamente con sus obligaciones respectivas. En crédito de esta verdad, y para estímulo de sus escogidos, ha suscitado de tiempo en tiempo en cada uno de los empleos honestos de la vida humana héroes de santidad, que le publicasen glorioso, y sirviesen de exemplar á los demás. Esta es una máxima fundamental de la doctrina de Jesucristo, acreditada por testimonios auténticos de todos los siglos, y que nos muestra S. Eloy en calidad de platero y de obispo.

Reflexionemos sobre su vida, para formar justa idea de esta verdad.

Dios, que destinaba á Eloy para edificación de muchos en su pueblo, dispuso que su madre, como la de Isaac, la de Sanson, y la del gran Bautista, tuviese aun antes de nacer indicios ciertos de su futura santidad. Un águila hermosa, que volaba halagüeña sobre su dormitorio, le sugería la idea del rápido vuelo, ó por mejor decir, de la sublime santidad del fruto de sus entrañas. La provincia de Lemosin en Francia vió en su emisferio esta gran luz, cuya claridad debia difundirse hasta los confines mas remotos del mundo. Sus padres, recomendables por su piedad y loables costumbres, miraron como su primera obligacion educarle en el santo temor de Dios, instruyéndole en los misterios de su verdadera religion, y en la observancia de los preceptos de su sana moral.

Semejante educacion apoyada sobre

la gracia, y conducida con celo cristiano, ¿qué podía producir sino un joven temeroso de Dios, aplicado á la piedad y al culto, obediente á sus padres, dócil á sus mayores, y de costumbres irreprehensibles? Su urbanidad con todos, la dulzura de su trato, la honestidad de sus acciones, la gravedad y circunspeccion de sus palabras, y la gracia singular que Dios habia derramado sobre los labios de Eloy, le hacian ser mirado como exemplar de virtudes desde su mas tierna edad.

Queriendo sus padres preservarle de los peligros de la ociosidad, este fecundo origen de todos los vicios, le aplicaron al arte de la platería, ocupacion si bien honesta, recomendable y útil al gran cuerpo de la sociedad, y á la decencia del santuario; pero que expone el alma al mismo tiempo á los mayores riesgos. Tienen los tesoros de la tierra tan poderoso influxo sobre el corazon humano, que

brevemente le corrompen, haciéndole reo de las mayores injusticias. La avaricia y el ansia de poseer riquezas ajenas ha sido en todos los siglos el origen de la ruina, no solo de muchas almas, sino de muchos imperios. Los babilonios, por exemplo, los egipcios, los persas, los caldeos, los asirios, los griegos, los cartagineses, los romanos y muchas otras naciones ¿no se han destruido mutuamente en la sucesion de los tiempos, por ocupar los unos el oro y las posesiones de los otros? ¿Quién llevó sobre Jerusalem el furor de las armas de Nabucodonosor, de Antíoco, de Alexandro, de Eliodoro y de Tryphon? el deseo de robar los tesoros del templo. Sin salir de nuestra península, ¿quién sino sus riquezas hicieron venir á España desde tiempos remotísimos á los fenicios, celtas, griegos, cartagineses, romanos, con los demas pueblos y naciones bárbaras, que mas de una vez le han inundado y des-

truido en el progreso de los siglos? Tanta es la fuerza y atractivo de los tesoros, y tanto es mas digno de alabanza el que no confia en estas riquezas, ni se dexa arrastrar de la falsa brillantez del oro.

¶ Pero como Dios destinaba á Eloy para exemplar de la integridad y desinterés de los plateros, se dignó preservarle como á los Tilos, Anastasio y Andrónicos, individuos santos de este arte, de la tentacion vehemente de avaricia por el oro y preciosos metales que manejaba. Su aplicacion constante al destino que le habia dado la divina Providencia, junto con la profundidad de su ingenio y un noble desinterés en sus manufacturas, le hicieron en breve tiempo superior á sus maestros, y el platero mas célebre de su siglo, sin que su habilidad le hiciese orgulloso, ni su aplicacion al trabajo le separase de las obligaciones de cristiano.

Frecuente en la oracion, en el tem-

plo y en los ejercicios de piedad, mortificado, austéro, penitente, mas parecia anacoreta que artesano. Aplicado á su obrador, activo y laborioso en su arte, parecia multiplicarse en su presencia, segun la diversidad de sus funciones, ó las necesidades de sus próximos. Aqui trabaja, alli ora; aqui fatiga sus miembros con el martillo, cincel, las gratas, el buril y el suaxe, alli los reduce á servidumbre con la disciplina y el ayuno; aqui enseña á sus discipulos á perfeccionar sus obras, alli edifica al pueblo con su asistencia religiosa al templo; aqui los instruye á fundir el oro, los metales preciosos para las manufacturas de su arte, alli les enseña á derramar y liquidar el corazon delante de Dios. Aqui engasta en los metales las piedras mas preciosas, haciéndolas resaltar con su brillo, alli en fin graba en su corazon y en el de sus discipulos las virtudes cristianas, estas preciosas margaritas de valor in-

estimable. Lejos de su obrador estas conversaciones fútiles, estas palabras ociosas tan frecuentes en los de nuestros dias: lejos de su obrador, repito, esta falta de exáctitud, de integridad y legalidad en las obras, que arruinan á un mismo tiempo el arte y las conciencias de muchos de sus profesores: lejos esta falta de ley en los metales, que ademas de la injusticia manifiesta lleva consigo el deshonor del arte, suprime su reputacion, y le arruina, haciendo á sus individuos responsables á Dios y al estado de las gruesas sumas que por este descrédito de sus manufacturas se extraen fuera del reino.

Yo, señores, no pretendo agradar á los hombres, ni temo su censura cuando se trata de la causa de Dios. Soy, aunque indigno, legado de Jesucristo; y como tal os anuncio sus divinas voluntades, no sea que haciendo traicion á la verdad, requiera el Señor vuestra sangre de mis manos.

Digo pues á nombre suyo y delante de los ángeles de paz de este templo, que todo el platero que no trabaja á imitacion de Eloy, esto es, con la perfeccion de que es capaz, con la integridad y fidelidad que debe sus manufacturas, es reo de hurto delante de Dios, que no dexará impune su delito; es responsable á su patria y al estado del deshonor de su profesion, del atraso y ruina de su arte, y de los tesoros que por esta causa dexan de entrar en el real erario, y se extraen fuera del reino. Ni es inferior el reato de los maestros, vendedores, diputados, y jueces árbitros del arte, que representan la fe pública, si por una falsa piedad, ó por vil interes, tienen condescendencias criminales, ó no castigan con arreglo á ordenanza á los autores, fautores, y obras que no se trabajan segun ley.

No nos engañemos, señores; Dios no será burlado. Eloy es vuestro patrón, pero vuestro fiscal al mismo

tiempo, que condenará vuestras obras si son contra ordenanza. No hay mas que un Dios, una fe, un bautismo, una ley eterna, cuya observancia es indispensable para salvarse. No es Dios como los hombres acceptador de personas; sus leyes no prescriben con el tiempo, ni los preceptos de su moral dexan de obligar por desusados. Estas máximas son terribles para muchos, mas no por tanto dexan de ser verdaderas.

Ni debeis contentaros con desempeñar exáctamente estas obligaciones del arte; debeis tambien imitar á Eloy en el cumplimiento de las de la religion. Este irreprehensible artesano, temeroso de Dios, aspira á la perfeccion cristiana. Á este fin comienza por una confesion general de todos sus defectos, y emprehende una vida penitente. Como otro David trae siempre sus pecados delante de sus ojos; riega sus vestiduras y su lecho con lágrimas de compuncion; se le-

vanta muy de mañana á meditar en la ley santa de su Dios, y no cesa de deframar lágrimas penitentes hasta que no ya un Natan profeta, sino un cortesano del cielo, le asegura estan sus culpas olvidadas.

Figuraos desde este momento á Eloy como un hombre celestial sobre la tierra. Su conversacion es en el cielo, y padece las mas vivas ansias por desatarse de los vínculos de la mortalidad, y uhirse á su Criador como otro Paulo. El mundo le disgusta, y solo aprehende saciedad en los bienes eternos. Tesoros idolatrados de los mortales, vosotros no pudisteis corromper á Eloy, que aspira sin cesar á conseguir la preciosa margarita de Jesucristo, con quien vive crucificado y sepultado al mundo.

¿Mas quién podrá reducir á compendio el cúmulo de virtudes heroicas con que Dios distinguió á este santo platero? Al paso que trabajaba con sus manos en los tesoros de

la tierra, grababa en su alma el amor del Señor, y la caridad con el próximo, que miraba como joyas de infinito valor, y como su único patrimonio. La noche, que parece debía servir de reposo á sus cansados miembros, servia en la mayor parte al exercicio de la oracion, á sus vigili-
 as y penitencias tan continuas, que mas parecia esqueleto animado que hombre.

Como la caridad es tan ingeniosa, le proporcionaba tiempo y medios para llenar todas sus obligaciones; de suerte que sin faltar á la de su trabajo, visitaba los enfermos, servia en los hospitales y casas de misericordia; y sin mas fondos que los de su trabajo é industria redimia cautivos, socorria huérfanos y viudas, y cual otro Abraham exercitaba la hospitalidad con los peregrinos. Vida maravillosa y exemplar, que al paso que le conciliaba el amor de Dios, le atraia la benevolencia de los hom-

bres y la reputacion entre los príncipes.

Bien sabeis cuán grande fue la que gozaba en la corte de Dagoberto y de Clotario, donde vino á ser árbitro del corazon de estos monarcas. Pero esta reputacion, que emplean de ordinario los grandes en satisfacer sus pasiones, ó saciar su ambicion y su avaricia, solo servia á Eloy de estímulo para aumentar su caridad con los pobres, y extender el culto del santuario. ¿Qué de necesidades no socorrió? ¿qué de monasterios no edificó por todo el reyno? ¿qué de limosnas no hizo en aquella célebre embaxada de Inglaterra, á que le comisionó Dagoberto? Al paso por los lugares pequeños de Francia tocaba sus miserias, y exclamaba lleno de compasion: «¿Qué es esto? »¿Cómo engañan al rey los que andan á su lado, diciéndole que está «sobrado el reyno, siendo así que »perecen los lugarcillos? ¿Por ven-

«tura el reyno es solamente París y
 «Leon? Porque la corte vista bien,
 «coma con regalo, pasee con pompa,
 «¿basta esto para decir que está des-
 «cansada la Francia?... Yo volveré
 «al rey, y le informaré del estado
 «de su reyno, que como él no lo ve
 «por sus ojos, no es mucho que los
 «aduladores le engañen. Mas entre
 «tanto, hermanos míos, repartid á
 «los pobrecitos cuanto llevo, que
 «Dios nos proveerá.» Tanta era su
 confianza en el Señor, y tanto el ar-
 dor de su caridad con el próximo.
 Seria nunca acabar, si quisiese ha-
 blar en individuo de sus heróycas vir-
 tudes en calidad de secular: ya es
 tiempo de presentaros las que exerci-
 tó como obispo.

II. Clodoveo quiso proveer á la
 iglesia de un prelado tan ilustre, que
 pudiese ser exemplar de los demás.
 Así á pesar de su renuncia, que pre-
 sentó con lágrimas, le hizo consa-
 grar obispo Noviomense en 14. de

marzo de 650. Una dignidad tan ele-
 vada solo sirvió de humillar mas y
 mas el corazon de Eloy. Siente des-
 de luego el grave peso de sus obli-
 gaciones, y arde en el deseo de pro-
 mover la causa de Dios y el bien de
 sus hermanos, que son principalmente
 las dos cosas que califican el ministerio
 episcopal. Reflexemos brevemente.

El zelo de la honra de Dios, esta
 especie de pasion santa, fruto de la
 caridad, y estímulo de ella misma;
 este deseo ardiente de santidad, que
 no puede sufrir el reyno del pecado,
 ni mirar con indiferencia los ultra-
 ges de un Dios desconocido de los
 gentiles, y despreciado de los hereges
 y malos cristianos; el celo, digo, de
 la honra de Dios viene á ser, para
 decirlo así, el carácter de Eloy, que
 nada desea con mas ansia que ser
 anatematizado por Cristo. Dios, que
 en otro tiempo habia suscitado un Ata-
 nasio para confundir á los Arrianos;
 á los Gerónimos y Augustinos contra

los Nestorios, Maniqueos y Pelagios, suscitó á Eloy en el siglo VII contra los enemigos de su ley, y contra las tinieblas de la ignorancia y del error.

Los Simoniacos, estos espíritus rebeldes, adversarios declarados del Espíritu Santo, que infestaban á la sazón la Francia, proveyeron abundante materia á su celo. ¿Qué de conferencias ya privadas ya públicas no sostuvo contra ellos? ¿Qué de veces no los confundió en sus sermones? Hizo presente á Clotario cuán lamentable desorden es comprar los oficios y dignidades eclesiásticas, haciendo materia de codicia lo que debía servirles de temor. De aquí los célebres decretos de este piadoso monarca contra los Simoniacos; decretos que debían estar grabados sobre las puertas del santuario en todo tiempo, para impedir que nuevos hijos de Heli le deshonrasen, y que hombres intrusos encendiesen fuego profano en pre-

sencia del Señor. La lástima inconsolable es, que en medio de tanto pretendiente injusto, apenas se halla un Eloy que se oponga con vigor á sus designios. Temblarás cada día, horrible iniquidad, cuando se te presente este tu irreconciliable enemigo; y vosotros, pueblos de la Francia, nos dareis siempre un ilustre testimonio del celo de este nuevo Elias, que supo exterminar á los falsos profetas del error, de este nuevo Gedeon, que supo elevar altares á Dios sobre la ruina de la idolatría; de este nuevo Daniel, á quien tuvieron respeto los mas voraces elementos, las bestias mas feroces, y que supo conciliarse la benevolencia de los mas grandes reyes á favor de la religion; de este nuevo Esdras en fin, que enriqueció el templo del Señor, contribuyendo con piadoso celo á que el culto interior correspondiese á la exterior magnificencia y aparato.

¿Mas quién podrá reducir á com-

pendio los esfuerzos de su celo episcopal? ¿Qué solícitud igual á la de Eloy, que pasaba el día en el trabajo, y la noche sin reposo, y que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, y á disputar con los hereges? Pero nada le parece bien hecho, si confundidos estos, y reconciliados con la iglesia, no destierra las densas tinieblas de la idolatría.

¿Qué hermosos son, ó mi Dios, los pasos de este evangelista de la paz! A ninguno olvida el que á todos ama en Jesucristo. Devora en sus deseos la conversion de los gentiles. Les predica oportuna é importunamente, según el precepto de S. Pablo, los confunde, los aterra, los convence, los ablanda, los instruye, los convierte. ¿Qué de fatigas por ganar á Dios estas almas! ¿A qué peligros no se vio expuesto por el furor de sus enemigos, y por la barbarie de los gentiles! ¿Qué de días y noches no pasó por los ca-

minos y desiertos, sin otro alimento que el ardiente celo por la salud de las almas! ¿Cuántas injurias no sufrió Eloy de los gentiles de Amberes, de la Flandria, de la Frisia, de la Suecia, y de otras gentes bárbaras de la costa septentrional! ¿Cuántas veces no le negaron la comida y el hospedage, haciéndole pasar las noches á campo raso y sobre duras peñas! ¿Cuántas veces en fin no pusieron asechanzas á su apreciable vida!

Pero ni la hambre, ni la sed, ni la persecucion, ni los peligros, ni las aguas de la ingratitud pudieron extinguir su ardiente caridad, ni retardar los ímpetus de su celo episcopal. Todo lo sufre alegre, todo lo tolera por conquistar almas para el reino de Dios. Enciende por todas partes la piedad, y hace brillar el santuario. No digas ya que estás desierta, ó iglesia santa! dexa los vestidos de luto, hija hermosa de Sion, adorna tu casto tálamo con las galas de tu mayor solemnidad.

Hé aquí á un fiel amigo tuyo, que agrega á tu rebaño una innumerable multitud de almas, aplicadas antes por trofeo al carro del demonio. La impureza, la irreligion, la usura, la mala fe, los juramentos, las blasfemias desaparecen á presencia del celo de vuestro hijo Eloy, y las tinieblas de la ignorancia y del error se disipan.

A los esfuerzos y frutos de su celo unid, señores, los admirables rasgos de su misericordia con los pobres, para formar justa idea del mérito episcopal de Eloy. Diré brevemente para no molestar vuestra atención.

Desde sus primeros años miraba á Jesucristo en los pobres: en su desnudez contemplaba la de su Salvador en la cruz; curaba sus llagas, venerando en ellas las de su Redentor: cuando encarcelados, los visitaba, como si viese á Jesucristo en prisiones. Lejos de Eloy este desagrado, ó por mejor decir, este desprecio de los pobres tan ordinario en los poderosos,

como si fuesen ellos dueños absolutos de sus riquezas, ó como si Dios no les hubiese constituido administradores de los necesitados. Las manos de este obispo estaban siempre abiertas para ellos, y Dios para significarle cuánto le agradaba esta misericordia con los pobres, se dignó acreditarlo á fuerza de milagros, ya multiplicando en las vasijas de su siervo el vino como en las bodas de Caná, ya los dineros de su bolsa, para que no faltase á su confianza este consuelo, ni á los pobres de Jesucristo este alivio. Tratábalos con indecible cariño, sentábalos á su mesa, lavábalos los pies, servíales con alegría. ¿Quién estuvo necesitado, que no fuese socorrido? ¿quién en peligro, que no fuese amparado? ¿quién caído, que no recibiese la mano y el amor? Tenían los sanos envidia á los enfermos; viendo que les sobraba lo que ellos no tenían. Los pobres, para decirlo de una vez, le tenían por padre y único ali-

vio en sus miserias, los afligidos por su consuelo, los enfermos por su médico, los pecadores por su abogado, y los virtuosos por su maestro.

Oid sobre la misericordia de Eloy un breve testimonio de sus labios en su Homilía contra los ricos: "Guardaos siempre del camino ancho, que lleva á la perdicion, y entrad por el estrecho, que va á parar en la bienaventuranza. A vuestros convites llamad los pobres y peregrinos, porque asi lo amonesta el Señor por estas palabras: cuando haces alguna comida espléndida, no llames para ella los ricos, porque ellos no te conviden á ti, y quedes con eso pagado; sino llama á los pobres, á los flacos, á los ciegos y coxos, los cuales porque no te pueden convidar, te darán la retribucion en el convite eterno. Porque no es justo que en el pueblo cristiano, donde todos fueron redimidos con un mismo precio, y sirven á un mismo Se-

ñor, tengan unos el estómago satisfecho con espléndidos y costosos manjares, y esten los otros pereciendo de hambre. Pecado es que esté la polilla comiendo los vestidos que os sobran, no teniendo los pobres con qué cubrir sus carnes. ¿Por qué no atendeis á que nacimos todos iguales á este mundo, á que caimos desnudos á la tierra, á que tenemos la misma condicion humana, á que servimos á un mismo Señor, y á que hemos de salir de esta vida, y estar juntos en el cielo? ¿Por qué no comerán á nuestra mesa los pobres, que despues nos acompañarán entre los ángeles?" Conducido por estos principios, daba siempre lo que tenia, y aun mas de lo que tenia, segun la expresion de S. Ambrosio.

Este es, señores, Eloy vuestro tutor y patrono: este, repito, es vuestro exemplar y maestro. La integridad de sus costumbres, el noble desinterés y fidelidad en las obras de su pro-

fesion, su aplicacion al trabajo y á los exercicios de piedad, su celo por la honra y gloria de Dios, y sus entrañas de caridad con los pobres, sus vigiliias, ayunos, penitencias, sus trabajos apostólicos por la iglesia en todos los estados de su vida, que le elevaron á tanta gloria, son otros tantos poderosos motivos de imitacion, así en orden á vosotros, como por parte de los prelados de la iglesia. Teman todos despreciar su exemplo y su fidelidad en las funciones de su ministerio, porque en el dia de la ira será un terrible fiscal, que acusará vuestra negligencia é infidelidad, la relaxacion de vuestras costumbres, vuestra falta de celo por la honra de Dios y por el alivio de los pobres.

“Vosotros pues, hermanos míos, concluyo con palabras de vuestro padre Eloy, no desprecieis estas verdades que me ha parecido proponeros para vuestra salud. Delante del acatamiento de Dios, y de toda la

»corte celestial que me escucha, he
»procurado cumplir con la obligacion
»de mi ministerio. La vuestra es abrazar esta doctrina, haciendo siempre
»la voluntad de Dios, para conservaros limpios de toda mancha.” Atended á la cantera de donde habeis sido cortados. Si Eloy es vuestro tutelar y patrono, que sean de Eloy vuestras obras. Este es el verdadero culto que espera de vosotros: este el que la iglesia nuestra madre se propone en las solemnidades de los santos: este finalmente el que Dios quiere de vosotros para bien de vuestras almas, y para que su adorable Nombre sea glorificado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

DE

ANGUSTIAS GLORIOSAS

predicado en Granada en 1792.

Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi....

IN ANGUSTIIS PRO CHRISTO.

II. Cor. 12. 9. et 10.

Yo me gloriaré de buena gana en mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo.... por tanto me complazco en mis angustias por Cristo.

Asi habla, congreso nobilísimo, hermandad respetable, sabios y piadosos oyentes, así habla á los fieles

de Corinto el Apóstol de las gentes S. Pablo, tratando de su rapto al cielo, de sus tribulaciones, y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros con arréglo á ellas las angustias y glorias de María, á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciria la materia á principios, y haria ver por los de fe una verdad que la escritura, la tradicion, los padres, y el espíritu mismo de la religion católica concurren á demostrar. Mientras durare la verdad de los libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesu-

cristo, cabeza y exemplar de los predestinados, de cuya mayor semejanza depende su mayor santidad. Siendo pues de fe, segun S. Pablo, que este divino Salvador toleró su cruz gozoso como instrumento de su gloria, en la cual no podia entrar, como él mismo testifica, sin pasar antes por las penas; ¿cómo podrian las de María obscurecer sus glorias, ó privarla del gozo espiritual que concedió el Señor á los apóstoles y á tantas almas justas en medio de sus tribulaciones; siendo cierto que María es superior en santidad á todas las criaturas, solo inferior á Dios, y la mas perfecta imagen de su Unigénito?

¿Qué de reflexiones sólidas no podria yo hacer sobre este único principio para ilustrar las glorias de esta Madre angustiada? Mas como tengo la confianza de hablar en un templo lleno todo del espíritu y esplendor de María, y á presencia de un pueblo, cuyos mas ilustres habitantes se

glorían de esclavos de las angustias de María, me creo dispensado de formar apología de sus glorias. Límitome pues á discurrir sobre los motivos de ellas, y juntamente sobre sus penas; doble objeto que presenta á los ojos de nuestra fe la augusta escena del Calvario. Con arreglo á este plan manifiesto en primer lugar lo incomparable de sus angustias; y en segundo lo inenarrable de sus glorias; dos reflexiones breves, objeto de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Animad, ¡ó Dios! mis palabras, para que pueda dignamente hablar de vuestras misericordias: dadnos á todos un corazon dócil para aprovecharnos de vuestra doctrina, y una gracia victoriosa, que triunfando de nuestras pasiones, renueve hoy vuestra gloria en el templo de vuestras almas. A este fin imploramos la proteccion de vuestra Madre y nuestra María santísima. Saludémosla con el ángel. *Ave María.*

Libenter igitur &c.

Por poco que reflexemos sobre la tragedia del Calvario, conocerémos fácilmente lo incomparable de las angustias de María, ya sea atendiendo á su carácter de Madre del Crucificado, ya al de Jesucristo, que padece, ó ya á nosotros mismos, por quienes padece. Baxo cualquier aspecto que se mire, siempre será constante la sentencia de S. Agustin; conviene á saber, que ni la lengua puede explicar, ni la mente comprender la angustia de María en estas circunstancias.

La escritura y la experiencia misma estan de acuerdo, que el amor de una madre es el mas tierno y afectuoso que se conoce sobre la tierra (oxalá no fuese á veces inmoderado é indiscreto). De aqui se sigue por

una consecuencia necesaria, que si por el amor se ha de comensurar el dolor, fue el de María imponderable. ¿Que-reis conocer su amor, dice S. Ambrosio? considerad que es Madre, Madre Virgen, Madre sola, Madre sin obra de varon, Madre de un solo Hijo, pero de un Hijo infinitamente perfecto, todo apreciable, todo apetecible, todo amable. La angustia pues que la oprimia era á proporcion del amor que la abrasaba. Yo siento, decia el real Profeta, yo siento y compadezco tu muerte, hermano mio Jonatás, porque te amaba como una madre ama á su hijo único. Su amor virginal pues era la medida de su dolor, y siendo aquel incomprehensible, debia serlo éste asimismo; porque es necesario, dice S. Agustin, que hiciese en el alma tanta impresion el dolor, quanto habia en ella penetrado el amor de Jesucristo: de donde se sigue, añade este padre, que fue la que mas padeció, porque fue la que mas amó.

Venció al sexó; dice S. Gerónimo, venció al hombre, padeció sobre la humanidad, sintiendo mas tormentos en su imaginacion, que si los sintiera en su cuerpo; porque amaba incomparablemente mas que á sí misma al objeto de su compasion.

No extrañeis pues exclame con Jeremías: ¡ó vosotros todos, viageros de este valle de lágrimas! ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor? ¿Habeis visto al amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazón, en el medio dia de mis penas?... ¡O hijo de mis entrañas! ¡ó si se me concediera que muriese yo por vos, para no sobrevivir privada de vuestra luz! Yo te amaba tiernamente como Madre, y por tu muerte me hallo convertida en un mar de angustia y de afliccion. ¡O Padre Eterno! la luz de mis ojos ha desfallecido, y ya no está conmigo.

Hé aquí un bosquejo de la tribula-

cion y pena de María, atendiendo puramente su carácter de Madre. ¡Pero cuánto no debió crecer su angustia, atendida la calidad del Hijo que padece á su vista, y las circunstancias de su muerte! Este augusto personaje es el Unigénito de Dios, engendrado por su Padre celestial antes del astro de la mañana, viva imagen de su divinidad, Dios verdadero, de verdadero Dios, en todo igual y consubstancial al Padre, y Unico Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de esencia y trinidad de personas, que movido de su amor á los hombres, y por nuestra salud descendió del cielo sin dexar el seno de su Padre, á obrar nuestra redencion eterna. Este Dios grande, á quien vió el real Profeta alzado Monarca sobre la montaña santa de Sion, exerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodia, y recibiendo homenajes de todos los soberanos, de todas

las naciones, de todos los pueblos: este, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos; el que destronca poderosamente los cedros del Líbano, el que conmueve los desiertos de Cadés, y destruye á los fuertes y robustos de Moab; este Dios vencedor del Faraon de los egipcios, del Dagon de los filisteos, de la Diana de los efesios, del Júpiter de los griegos y romanos, del Confucio de los chinos, del Netyn, Endovelico y Salombona de nuestros antiguos españoles: este es el Dios escondido que anunció á los mortales un profeta, sacrificado en esta hora al furor de sus enemigos, al poder de las tinieblas, y á la justicia de su Eterno Padre: este Dios hombre desconocido de los mortales, que muere por su amor á ellos, es el que por un milagro superior á sus mas grandes milagros se abate á sí mismo en esta hora, se anonada, se humilla hasta la muerte, entregándose voluntariamente en manos de sus enemigos, que

como lobos hambrientos se apoderan de la inocente presa que con tan vivas ansias habian perseguido.

Avivad vuestra fe por un momento, para formar justa idea de las penas de vuestro Redentor y de las angustias de María. Contemplad, os ruego, á esta afligida Madre al pie de la cruz del Salvador, donde ha bebido la pasion, agotado el cáliz, y está como embriagada con un torrente de amargura. Privada de la vista de su Hijo, su Dios y su Hacedor, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, registra con amargura los lugares del Calvario, viendo en todos ellos cubierto de oprobrio y de ignominia al dulce imán de sus afectos: ligado como un facineroso el libertador de Israel, que es por esencia la fortaleza misma: conculcado y despreciado el excelso sobre todas las gentes; sin especie ni hermosura el mas hermoso entre los hijos de los hombres; azotado cruelmente, y vestido á lo ridículo el Rey de los re-

yes, y Señor de los que dominan; coronado de espinas el que tiene por centro la virtud; vestido como rey de burlas con una caña en sus manos el Ungido de Dios con el óleo de la alegría; oprimido baxo un duro leño el que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra; crucificado entre dos ladrones el autor de la vida; obscurecidos sus ojos, desfalleciente el ánimo, las fuerzas fugitivas, abierto su costado, cubierto de inmundas salivas, clamando en altas voces á su Padre por el desamparo en que se halla, inclinada la cabeza, derramando en fin por sus heridas la sangre en abundancia hasta la tierra.

¿Qué os parece, señores, de las angustias de María en estas circunstancias? ¿Hay dolor comparable á este dolor? ¿será necesario para persuadirlo comparar esta aflicción á la de Agar egipcia, temerosa de la muerte de Ismael? ¿á la de la madre de Moyses, exponiendo la vida de éste á las

corrientes del Nilo? ¿á la de Jacob por la muerte aprehendida de Josef? ¿á la de Respha mirando á sus dos hijos suspendidos? ¿á la de David por la muerte de Absalon, ó por la quema de Siceleg? ¿á la de Ana por el oprobrio de su esterilidad? ¿á la de Rachel ó de Noemí por la muerte de sus hijos? ¿Mas quién no ve que todas estas angustias, aunque grandes, no son comparables á las de María, distando tanto de ellas en su principio y en su objeto, quanto difieren entre sí las criaturas y su Criador, los pecadores y el impecable por esencia, la culpa en fin y la santidad?

¿Pues qué si á esto se agregan las circunstancias de su muerte, maquinada y executada por su pueblo escogido, á quien sacó de la dura esclavitud; á quien milagrosamente mantuvo en el desierto por espacio de cuarenta años; á quien estableció en la tierra de promisión, distinguiéndole entre todas las naciones del mundo; á

quien colmó en fin de beneficios, sanando sus coxos y tullidos, curando sus ciegos y enfermos, resucitando sus muertos? Nada digo de la angustia de María al verse desamparada de todos sus amigos, y que los apóstoles, testigos de sus mas grandes milagros, que han visto sobre el Tabor los resplandores de su gloria; los apóstoles, que han oido sobre el Jordan la voz del Padre celestial, que le declaró Hijo suyo muy amado; los apóstoles, á quienes ha hecho participantes de su Cuerpo y Sangre; los apóstoles, sus amigos mas íntimos, uno le vende, otro le niega, y todos huyen al tiempo de la tribulacion y del oprobrio.

Sí, dulce Madre mia; herido el pastor, es consiguiente la dispersion del rebaño, conforme al oráculo de un profeta; y vos no hallaréis con quien dividir las penas, ni quien os consuele sobre la tierra, porque los mismos por quienes padece y muere

Menos todo de amor vuestro adorable Hijo, por un prodigio de insensibilidad, de dureza y de ingratitud, aumentarán en esta hora vuestra amargura. Dios, que quiere haceros la mas perfecta imágen de su Unigénito, enviará á vuestro corazón mas plagas que al Egipto. Entre los hijos mismos de vuestro dolor vereis á unos desertando abiertamente de la fe y de la moral de Jesucristo; á otros sembrando en el campo de la iglesia la cizaña, el error y la mentira; á otros persiguiendo y desacreditando con teson á los ministros del santuario y legados de Jesucristo; á unos llenos de ambicion, de orgullo y de soberbia, despreciando la sencillez cristiana, la mansedumbre y humildad de Jesucristo; á otros afeando su iglesia con impurezas, usuras, monopolios, y abandonando con lujo y con vanidades la modestia y moderacion que tanto nos recomienda Jesucristo; hombres sin humani-

IIO SERMONES

dad, sin afeccion, sin caridad: injustos, avaros, blasfemos, escandalosos, desapiadados, irreligiosos, murmuradores, sacrílegos, sin amor á Jesucristo ni al próximo; á otros.....
 ¿Mas para qué me canso y os molesto? Veréis que siendo todos llamados, serán pocos los escogidos, y que bastando cualquiera gota de esta adorable Sangre para redimir á innumerables mundos, serán muy pocos los que quieran aprovecharse de ella, despreciando la gracia é inspiraciones de Jesucristo.

Ahora pues entiendo con el Doctor máximo, por qué la iglesia ilustrada del Espíritu Santo llama á nuestra Madre *Reyna de los Mártires*. Los demás santos, dice este padre, han padecido por Cristo en su carne; pero al alma, que es inmortal, no han podido tocar los tiranos: estaba reservada á María la crucifixión del espíritu, y por espiritual fue mas atroz su angustia, mas penetrante la espa-

VARIOS. III

da que atravesó su alma, y María por consiguiente mas que mártir. Tanto es y tan incomparable la afliccion de esta tierna Madre á presencia de la pasion y muerte de su único Hijo, y de la ingratitud del hombre, por quien muere lleno todo de su amor.

II. Pero, ¡ó mi Dios! ¿á qué fin estas imponderables angustias de vuestra inocente Madre en vuestros eternos designios? Yo me atrevo á decirlo, señores: para su mayor conformidad con Jesucristo, y para que participase mas abundantemente que todos los justos, no solo del amargo cáliz de su pasion, sino de la gloria y trofeos de su Redentor en este momento. Hé aqui una verdad constante y apoyada sobre los oráculos mas decisivos de la santa escritura, que solo se atreverá á negar el que mire la Cruz del Salvador como locura, como necedad, como escándalo, oprobrio é ignominia, á imitacion de los judíos y gentiles, y no como gloria

segun el espíritu de la religion, y el idioma de los libros santos. Yo dexo de proponer los lugares, porque hablo á un pueblo instruido, en cuyo corazon leo grabadas las verdades que ellos testifican. Conténtome pues con proponer brevemente los inefables motivos de gloria y gozo espiritual, que fueron en María inseparables de su angustia.

Si quisiera extenderme sobre la materia, ¿qué no podria decir sobre su gloria y gozo al considerar la ilustre y completa victoria de su Hijo sobre todas las potestades infernales, al ver arrojado del mundo, y ligado en el abismo el príncipe de las tinieblas, y establecido el eterno imperio de la Cruz? ¿Qué de su gozo al ver confundida la sabiduría de los filósofos, enmudecidos los oráculos del paganismo, deshecha la sinagoga, abolidas las ceremonias y sacrificios legales, el sacerdocio antiguo suprimido, el evangelio subrogado á la ley de

Moyses, un nuevo órden de cosas mas recomendable, mas santo, un templo mas augusto, un pueblo mas fiel, sacramentos mas eficaces, ceremonias mas nobles, gracias mas abundantes? ¿Qué no podria añadir de la gloria y gozo que le resultaba al ver satisfecha la justicia del Padre, reconciliado el cielo con la tierra, y redimido el género humano?

Baste decir que solo por este respeto toleró el Hijo de Dios su cruz gozoso, considerándola como medio indispensable para conseguir la gloria de Redentor, que constituye su mayor exáltacion en cuanto Hombre; y que María con el mismo designio hubiera contribuido á su pasion en caso necesario, como dice un padre de la iglesia, para que ni él quedase defraudado de tanta gloria, ni el género humano sin Reparador. Por esta causa la hace decir el abad Ruperto: aunque deseaba mucho que no muriera mi Hijo, deseaba mas la salud del

hombre. ¿Sabeis por qué, señores? Porque en esto se cumplia la voluntad del Padre Eterno, en que conciben los justos su mayor complacencia, y porque asi conquistaba Jesucristo su mayor gloria. María pues, que le habia sido fiel é inseparable compañera en la pasion, debía participar de sus ventajas gloriosas, viéndole desde la cruz atraer á sí todas las cosas, y reunir baxo de su fe la Grecia ingeniosa, al Egipto misterioso, la Persia sensual, la altiva Roma, la Scitia bárbara, la India feroz.

¿Qué gloria, qué complacencia, qué gozo, qué alegría espiritual no inundaria el corazon de María al considerar la próxima resurrección del Salvador, que debía llenar de gozo universal los cielos y la tierra! ¿Qué complacencia al contemplar la venida del Espíritu Santo á ilustrar y confirmar el corazon tímido de los apóstoles, para que llevasen con fortaleza irresistible su angustio y adorable

Nombre por todo el universo! ¿Qué gloria al considerar la iglesia de Jesucristo fundada sobre esta piedra angular, que antes habian reprobado los judíos! Y si al cielo resulta tanta alegría de la conversion de un pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la escritura, ¿qué gozo no concebiria nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exáltacion del Salvador por todas las naciones y de todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María, durante la angusta escena del Calvario que los producía.

Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea mas digna de admira-

cion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos pues con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro exemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconociendo haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas, y que mientras mas aceptos á Dios, debemos ser mas acrisolados en el fuego de la tribulacion, cuando nos hallemos mas oprimidos de la mano del Señor, clamemos con Maria, con S. Pablo y demás justos, de buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador: *Libenter igitur gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod placeo mihi.... in angustiis pro Christo.*

Augusta y soberana Patrona, con-

suelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra, desde el alto solio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, origen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente vuestra reconciliacion: sed vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable Nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



SERMON

DEL ARCÁNGEL

SAN MIGUEL,

predicado en el convento del Angel
de Granada al Illmo. Sr. Arzobispo,
año 1790.

*Consurget Michael Princeps magnus,
qui stat pro filiis populi tui. Dan.
XII. v. 1.*

ILLMO. SEÑOR.

¿Qué propio es de un príncipe del santuario dar culto y veneracion al protector de la iglesia universal! Si los subalternos, por un efecto de gra-

titud, y por honor á la verdad deben celebrar con el debido elogio las acciones ilustres y heróicas de sus xefes; ¿con cuánta mas razon debe V. S. I. promover las glorias y alabanzas de un héroe, de quien tantos efectos de proteccion experimenta, y á quien el Omnipotente ha constituido prefecto de su milicia, su conductor y defensor, promotor infatigable de su honra, é íntimo ministro de sus divinas voluntades? Hablo del Arcángel S. Miguel, este Príncipe grande, como le llama Daniel, colocado por el muy Alto á la frente de su pueblo escogido para su custodia, direccion y defensa: esta máxima y clarísima estrella, segun la frase de S. Pantaleon, que obtiene el primer lugar entre millares de millones de ángeles; este Príncipe de la milicia celestial, como dice S. Sophronio, capitan general de los exércitos de Dios, como le nombra S. Basilio, y el mas eminente y sabio de los ángeles, segun Tertuliano.

Es pues consiguiente que V. S. I., militando baxo tanto xefe, le haga bien conocer á su rebaño, adoptando sus máximas, para defender á este de sus enemigos, y conducirle á Dios en cumplimiento de su pastoral ministerio. Ni será fuera de propósito, que atendiendo yo á tan grandes objetos, manifieste hoy la excelencia de nuestro santo Arcángel, y medios de conseguirla; aquella para venerarla, estos para imitarlos. En dos palabras: Miguel, prefecto de la iglesia universal, objeto de nuestro culto: Miguel, celoso defensor de la honra de Dios, objeto de nuestra imitacion: dos reflexiones breves ordenadas á manifestar su mayor excelencia, y la mas estrecha obligacion de los xefes de la iglesia y de la república. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la intercesion de sn augusta Esposa. *Ave Maria.*

Consurget &c.

Si libres de las prisiones de esta carne mortal y corruptible, cuyo exorbitante peso tanto oprimia á S. Pablo, pudiesemos, Ilmo. Señor, elevarnos por un momento, y aproximarnos con un rápido vuelo á revisar y exâminar de cerca la innumerable multitud de adoradores que rodean el trono del Altísimo, cantando día y noche sin cesar sus alabanzas, no nos sería difícil conocer la excelencia de Miguel, y podríamos dar sin duda pronta y adecuada respuesta á la curiosa pregunta de los discípulos de nuestro Salvador, deseosos de saber cuál era el mayor Príncipe del reino de los cielos. Mas sumergidos en lo terreno, y rodeados de las densas tinieblas de la ignorancia, que produjo en nosotros el pecado de ori-

gen, podemos solamente elevar con sumision nuestro espiritu baxo las alas de la fe, y prestar oídos fieles al testimonio y enseñanza de nuestros mayores. Segun ellos, quando el Altísimo manifestó al mundo en idea á su Primogénito, mandó que le adorasen todos sus ángeles. Pero algunos de estos sublimes espíritus, criaturas tan elevadas por su naturaleza, que el menor entre ellos no solo es mayor que el Bautista, este Precursor del Mesías, superior á todos los hijos de las mugeres, sino tambien que el mismo Cristo en quanto Hombre; algunos de estos espíritus, digo, ciega-mente enamorados de su propia excelencia, rehusaron esta adoracion, y embriagados de amor propio y de soberbia, osaron rebelarse contra su Dios y Criador. Lucifer, superior á todos los ángeles, segun algunos padres, y principio de los caminos del Señor, el que primero habia criado, y hecho eminente sobre los demás, co-

mo testifica S. Gregorio; Lucifer, este dragon formidable, que segun el testimonio de S. Juan, enredó con su cola, y atraxo sobre la tierra á la tercera parte de las estrellas ó ángeles para devorar á este Hijo de Dios y de María; Lucifer fue el caudillo de esta rebellion, diciendo en su corazon ingrato segun el testimonio de Isaías: me elevaré sobre los cielos, exáltaré mi solio sobre los astros de Dios, colocaré mi silla sobre el monte del testamento.... subiré sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo.

De aqui, Illmo. Señor, el fomento de aquella cruda guerra que describe S. Juan en su apocalipsi, y el origen de la incomparable exáltacion y excelencia de nuestro santo Arcángel. Miguel, dice este amado evangelista, Miguel y sus ángeles peleaban con el dragon, el dragon y los suyos combatian, haciendo estremecerse las celestes esferas. Combate ver-

daderamente grande, ya se atiende á la excelencia y pericia de los xefes de ejército, ya á la destreza y valor de los combatientes, y á la potestad de Luzbel, incomparable, segun el santo Job, sobre la tierra; ya al infinito número de tropas, respecto del qual son nada las grandes copias de los Tamberlanes, Bayacetos y Xerxes; ya á la calidad de sus armas, á la táctica de su milicia, y al teson de sus ánimos; ya en fin á la nobleza del sitio del combate. Los hombres, Illmo. Señor, militan sobre la tierra, que un dia enmudeció á presencia de las victorias del grande Alexandro; pero á vista de este gran combate, vemos que observan un profundo silencio hasta los mismos cielos.

Prevalece al fin Miguel, este xefe de los exércitos de Dios; pues usando de la humildad y obediencia contra la soberbia y rebelion de sus contrarios, logró desalojarlos del cielo para siempre: y aquel dragon, anti-

gua serpiente, que se llama diablo y satanas, que engaña á todo el mundo, como dice S. Juan, y que poco antes se juzgaba semejante al Altísimo, fue arrojado al abismo, y con él todos sus ángeles. Desde el momento de esta completa victoria y solemne triunfo de Miguel sobre los enemigos de Dios, fue declarado en su nombre prefecto de la iglesia universal. San Juan efectivamente le vió descender del cielo despues de este combate con la llave del abismo, y una gran cadena en sus manos, aprehendiendo en él y ligando al dragon, como lo executó por mil años, para que no engañe al universo. Daniel asimismo le vió como un gran príncipe destinado por Dios á la defensa de su pueblo, que es la iglesia. Los padres de ella le miran como xefe, no solo de la milicia celestial, sino tambien de este pueblo de adquisicion que milita sobre la tierra baxo su tutela y su defensa. La iglesia misma le invoca co-

mo á propósito del paraíso, á quien Dios ha entregado las almas de los santos, á quien ha encargado la defensa de su pueblo, y constituido Príncipe sobre todos los que han de recibirse en el paraíso de la eterna gloria.

¡Qué de pruebas de esta prefectura de Miguel sobre todo el pueblo de Dios no nos proveen las santas escrituras y los anales de la iglesia! Yo te enviaré á mi ángel, dice el Señor á Moyses, hablando de este Príncipe, para que te preceda, te guarde en tus marchas, y te introduzca en la tierra prometida: atiende á su voz, porque he depositado en él mi Nombre. No en vano Isaias le llama ángel del rostro de Dios, porque en efecto representa sus atributos y Magestad. Su gloria, por exemplo, cuando se apareció á Moyses rodeado de tanto resplandor, que no podía mirarle el profeta; su justicia, cuando en una sola noche degolló á todos los primogé-

nitos de Egipto; su potencia, cuando en otra quitó la vida á ciento y ochenta y cinco mil soldados del ejército de los asirios; su dominio, promulgando sobre el monte Sinaí aquellas augustas leyes, que han sido y siempre serán admiracion de los siglos; su bondad, llevando en un momento desde Judea á Babilonia al profeta Habacuc para que proveyese de alimento á Daniel, cuando cerró la boca á los leones para que no le dañasen; cuando mitigó las llamas del fuego, para que no causasen daño alguno á los niños en el horno; su providencia, conduciendo á los hijos de Israel por el desierto en figura de una columna, ya de nube, ya de fuego, y alimentándolos con maná por espacio de cuarenta años.

Ni ha representado este prefecto de los ejércitos de Dios sus perfecciones esenciales solamente, sino tambien las personales. Al Padre como improductor y origen se atribuye la potestad;

la sabiduría al Hijo, como engendrado por la memoria fecunda del Padre; la bondad al Espíritu Santo, porque pertenece á la voluntad, principio de la espiracion. De todos tres atributos nos ofrece el santo Arcángel monumentos representativos. Del poder, cuando lanzó del cielo á los ángeles rebeldes, cuando arrojó á nuestros primeros padres del paraíso, cuando hizo prevalecer á Gedeon contra Madian, á Josue contra el Amorreo, á Judas Macabeo contra Lisias. De la divina sabiduría, cuando dirigiendo á Adan en su destierro, le enseñó á cultivar la tierra, y demás artes necesarios para subsistir él y su generacion. Mostró asimismo la divina bondad, cuando moviendo las aguas de la piscina, sanaba al primer enfermo que descendia á ellas, y cuando imprimió las llagas á N. P. S. Francisco, siendo conveniente que un serafin del cielo grabára en este serafin de la tierra los caracteres del Verbo Huma-

nado, á quien habia representado tantas veces.

Es pues constante, señores, que Miguel, ministro íntimo de las voluntades del Altísimo, y fiel executor de sus órdenes, es el prefecto que ha destinado para defensor y protector de su iglesia universal, para conductor de sus escogidos, y promotor de su gloria entre sus pueblos. Este es aquel ángel que vió S. Juan baxar del cielo, y poner un pie sobre el mar, y otro sobre la tierra, para denotar el dominio que Dios le concedia sobre estos elementos. Este el que se apareció á Constantino en defensa de los cristianos: este el que dió á S. Mercurio la espada contra los bárbaros: este el que favoreció á Cuniberto contra el perjuro Alahin, y á Alesco rey de Polonia contra los lituanos: este el que favoreció al rey D. Alonso Henriquez contra los moros de Zaragoza: éste, para decirlo de una vez, el enviado de Dios,

segun la expresion de S. Gregorio, cuando es menester obrar alguna cosa de admirable virtud sobre la tierra. Digno por tanto de las aclamaciones, culto y veneracion de los pueblos. Por esto el concilio atrebatense ordena que se celebre la fiesta de S. Miguel con la misma solemnidad que el dia de todos los Santos, para que en él y por él se gane la voluntad á todos los ángeles del cielo, cuyo primado es nuestro Arcángel. Nuestro reino de España con mucha mas estrecha obligacion debe, Illmo. Señor, celebrar las glorias de nuestro Arcángel, y serle fiel devoto, ya por haber abjurado en este dia Recaredo con los próceres de la monarquía la impiedad de Arrio, y abrazado el catolicismo en el concilio III toledano; ya por haberse en él descubierto el primer puerto del Perú; ya por haberse hallado el nombre de Miguel escrito en varias partes de aquel nuevo mundo al tiempo de la conquista; ya por haber arrojado de

la isla del Moro á los demonios, que eran en ella adorados, al tiempo mismo que S. Xavier celebraba la Misa de su fiesta; ya en fin por otros señalados beneficios que ha hecho este gefe de la milicia celestial á la iglesia de España y al estado. Por todo lo cual el reino junto en Cortes en tiempo de Felipe IV ordenó fuese festivo el dia de la aparicion, y que se hiciese en él procesion general, por haberle elegido medianero y protector de estos reinos. Si resta pues en nosotros alguna idea de reconocimiento, algun vestigio de gratitud á tan singulares beneficios, promoved, señores, el culto y veneracion de este prefecto y protector universal de la iglesia, á quien Dios ha confiado tanta elevacion en el cielo y en la tierra en premio del celo que mostró por su honra.

II. Segunda reflexion de este discurso, y complemento de este elogio, que segun su dignidad pedia por ora-

dor á un evangelista, testigo en su apocalipsi de la contienda y triunfo de Miguel, ó un Pablo, que arrebatado por Dios al tercer cielo, penetró arcanos incomprensibles á nosotros. Yo afecto y sumergido en lo terreno, poco versado en el idioma del cielo, y peregrino en los caminos del Señor, solo me atrevo á decir que el estímulo y fundamento de la elevacion de nuestro Arcángel fue el celo de la honra de Dios.

Si, Illmo. Señor, el celo, esta passion santa, fruto de la caridad y fomento de ella misma, este ardiente deseo de santidad, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia las ofensas de un Dios ultrajado de sus criaturas; este celo que procede siempre del amor de Dios, como S. Antonio afirma; este eficaz deseo de la justicia, principio é incentivo de las mas illustres acciones de los héroes del reino de Dios; este celo fue el poderoso estímulo que encen-

dió el espíritu de Miguel contra los enemigos de la gloria de su Señor. *¿Quién como Dios*, exclama lleno todo de fuego del amor divino este gefe de los exércitos del cielo? Como si dixera, ¿quién tan sabio, tan justo, tan suave y benigno? ¿quién como Dios tan rico y liberal en sus dones? ¿Quién tan digno de veneracion como aquel á quien deben alabar los astros de la mañana, la alegría de los hijos de Dios, en cuya presencia todo es como si nada fuese, el Criador universal, á quien debemos nuestra propia excelencia, y á quien deben rendir vasallage y doblar la rodilla los cielos, la tierra y los infernos? ¿Quién como Dios, Infinito, Independiente, Libre, Inmenso, Omnipotente? ¿Quién como Dios, ó qué son sus criaturas para oponerse á su poder irresistible, para inquirir sus arcanos, para reformar sus inviolables decretos? ¿Quién como Dios? ¡ó espíritus rebeldes! ¿Quién puede in-



vestigar los caminos del que marcha sobre las alas de los vientos, del que forma trono de sus mas excelentes criaturas? ¿Quiénes sois de vosotros los consejeros del Altísimo? ¿Ignorais por ventura que el investigador de la Magestad suprema debe ser oprimido por el peso mismo de su gloria? Humillaos pues baxo la mano poderosa de nuestro Dios y Criador.

Con estos ó semejantes conceptos intelectuales, que producía en Miguel el celo de la honra de su Señor, y armado del brazo de la virtud omnipotente, postró en breves instantes la soberbia de Luzbel y sus secuaces, sujetó la rebelion, destruyó á sus enemigos, pacificó los cielos, exáltó la Magestad de su Criador, y vindicó su gloria, dexando un ilustre exemplar de imitacion á todos los superiores de la iglesia y de la república, á quienes Dios se ha dignado hacer participantes del ministerio de Miguel en la defensa de su honra.

Esta es, Illmo. Señor, la primera y mas estrecha obligacion de todo superior, la que debe elevar sus acciones, solidar su mérito, y decidir de su suerte en el terrible juicio. Seguidme sin desmayar por un momento sobre materia de tanto interes. ¿Qué otra cosa que el celo de la honra de Dios ha distinguido siempre á sus mayores amigos y gefes de su pueblo? ¿Quién elevó á Moises á tanta dignidad, quién calmó tantas veces el furor de su Señor contra los israelitas? el celo de la honra de Dios. ¿Quién atraxo la bendicion sobre los levitas que quitaron la vida á los adoradores del becerro en el desierto? el celo de la honra de Dios. ¿Quién estimuló á Elías á castigar los falsos profetas de Baal, las impiedades de Achab y sus quincuagenarios, y quién le distingue del comun de los profetas? el celo de la honra de Dios. ¿De dónde el impulso de Phinees contra el israelita que á presencia del pueblo osó entrar al

lupanar á mezclarse con la madianita, obra tan acepta al Señor, que bastó para calmar su cólera? del celo de la honra de Dios. ¿Quién dió vigor á la espada de Aod contra los Moabitas? el celo de la honra de Dios. ¿Quién estimuló á Matusías, este generoso Macabéo, á quitar la vida al judío idólatra, de donde dimanó la libertad de Israel? el celo de la honra de Dios. ¿Quién inspiró fortaleza á los Ambrosios, Basílios, Crisóstomos, Leones, Fernandos y Luises para sostener la causa de Dios? el celo de su honra.

Como toda potestad viene de Dios, por quien dominan los superiores, en cuyo nombre administran la justicia, y rigen los pueblos; como no se les ha confiado en vano la autoridad ó espada del Señor, sino para velar como ministros suyos, y darle estrecha cuenta de nuestras almas, deben estos ante todas cosas trabajar á imitación de Miguel por los derechos

inviolables de Dios, celar como él, y defender su honra, sujetar el orgullo y rebelion de sus enemigos, castigar su obstinacion y su perfidia, y promover la gloria de su Señor, que siendo celoso por esencia, pide ser imitado de todas sus criaturas, principalmente de las que representan su magestad, su autoridad y poder. Todo lo criado y ordenado sobre la tierra y el cielo tiene íntima relacion con Dios, y todo se debe conformar á la imágen de su Unigénito, Señor de los que dominan, cabeza y exemplar de los predestinados. Asi pues como este primogénito de vivos y de muertos fue devorado de celo cuando vió profanada la casa de su Padre, del mismo modo debe V. S. I. con los demas superiores, tanto eclesiásticos como seculares, mirar como primera obligacion la honra y gloria de su Dios. Este es el primer objeto de toda autoridad sobre la tierra, y el blanco á que deben principalmente di-

dirigirse las miras de los que en nombre de Dios gobiernan y dirigen á su pueblo escogido.

El dragon infernal, aunque lanzado por Miguel al abismo, envidioso de la felicidad humana, cuya naturaleza ve exáltada sobre todo lo criado, da vueltas segun S. Pedro al rededor de nosotros para devorarpos. A este fin emplea todas sus artes y dolos; mueve de tropel todas sus huestes infernales; irrita nuestras mas violentas pasiones; sugiere la sensualidad, el desenfreno, la lascivia; excita la irascible y la concupiscible, la vanidad y el amor propio; forma los ídolos de nuestras pasiones y de las mas viles criaturas; nos solicita, nos engrie, nos atrae, nos arrastra, nos precipita. ¡Ah, cuántas rebaxas no produce en el pueblo cristiano con su astucia! ¡Cuánto no defrauda á la gloria de Dios! ¡Cuántos males públicos no introduce en la república y en el santuario! Nos persigue hasta

el cielo, donde hemos fixado nuestra morada. ¡Infelices de nosotros! ¿quién nos librará de un enemigo tan nocivo é importuno? ó ¿cuál será el remedio de tantos males? el celo de la honra de Dios.

Solo dominando éste en los superiores y gefes puede desterrarse el reino del pecado; porque no hay sacrificio, dice S. Gregorio, tan agradable á Dios como el celo de su honra, y de la salud de las almas; un celo, digo con S. Bernardo, formado por la sabiduría, inflamado por la caridad, confirmado por la constancia. El que hace de sus espíritus ángeles quiere que sus ministros, á imitacion de Miguel su gefe, ardan en el fuego de su celo; que ofrezcan sacrificios como Job por los pecados de sus hijos; que derramen su corazon á presencia del Señor como Moisés y David por el remedio de las calamidades públicas; que sean sus ojos raudales de lágrimas como los del rey

Profeta, á vista de la inobservancia de su ley santa. Son custodios de Israel, que deben siempre velar sobre su pueblo para impedir los asaltos del comun enemigo. Esta es la honorífica y augusta comision que les ha dado Dios sobre la tierra, sobre cuyo desempeño han de sufrir un terrible juicio. Estremeceos, jueces del santuario y de la república, y preparaos á dar cuenta al Príncipe de los pastores. ¿Qué es, os dirá, de mi honra que se os ha encargado? ¿Qué es?..... Pero basta. *Non intres in iudicio cum servis tuis, Domine, quia non justificabitur in conspectu tuo omnis vivens.*

Armaos pues de celo para detener el torrente de los vicios, para corregir la inobservancia de las leyes divinas y humanas, para impedir que cobren fuerza de ley mil abusos detestables, que al paso que desacreditan al santuario, arruinan el estado. El evangelio no prescribe con el tiempo. Su moral siempre es la misma. Las

transgresiones frecuentes de las leyes de Dios y del príncipe no dan autoridad á los crímenes, sino aumentan su malicia. La defensa pues del honor de Dios es el blanco de las vigiliias de los gefes de la iglesia y de la república, y el principal objeto de su celo. Por éste consiguió su elevacion nuestro Arcángel; por él se hizo digno de nuestros elogios, veneracion y culto; por él se hizo acreedor al principado de los ángeles, y á la dignidad de prefecto y protector de la iglesia universal, de cuyo ministerio, ¡ó jueces del santuario y del estado! se ha dignado Dios haceros participantes á honra y gloria suya, y á beneficio de las almas de este pueblo de adquisicion, que ha redimido con la preciosa sangre de su Hijo, y por cuyo desempeño os amenaza un terrible juicio.

A vos, ó santo Arcángel, gefe de los espíritus soberanos, para concluir con palabras de S. Basilio, á vos, ó Príncipe de los exércitos de Dios, y

142 SERMONES

protector universal de su iglesia, á vos suplicamos con la mas profunda sumision y rendimiento nos defendais en las contiendas y combates del comun enemigo, y nos ampareis en el tremendo juicio. Alcanzad para nuestro amable soberano el celo de Josias, la prudencia de Salomon, la confianza de Josafat, la fortaleza de David, la piedad de Ezequias. Manifestad vuestra proteccion sobre esta iglesia que Dios os ha encomendado. Premiad el celo de nuestro Illmo. prelado, favoreced sus justas intenciones á beneficio de su rebaño. Fomentad finalmente á todos los superiores, para que trabajen con suceso por la honra y gloria de Dios, cuyo adorable nombre sea alabado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

SERMON

DE ROGATIVA)

POR EL FELÍZ ÉXITO

DE LAS ARMAS CATÓLICAS

CONTRA LOS ENEMIGOS

DE LA PÁTRIA,

predicado

Á LA HERMANDAD DE NTRA. SRA.

DE LAS ANGUSTIAS

En su templo de Granada á 24 de Agosto de 1794.

Incipite vobis predicare veritatem quantumcumque nostis, et videte quam necesse sit, ut tales patiamini irrisores, et exactores veritatis plenos falsitatis. S. Aug. in Ps. 136.

142 SERMONES

protector universal de su iglesia, á vos suplicamos con la mas profunda sumision y rendimiento nos defendais en las contiendas y combates del comun enemigo, y nos ampareis en el tremendo juicio. Alcanzad para nuestro amable soberano el celo de Josias, la prudencia de Salomon, la confianza de Josafat, la fortaleza de David, la piedad de Ezequias. Manifestad vuestra proteccion sobre esta iglesia que Dios os ha encomendado. Premiad el celo de nuestro Illmo. prelado, favoreced sus justas intenciones á beneficio de su rebaño. Fomentad finalmente á todos los superiores, para que trabajen con suceso por la honra y gloria de Dios, cuyo adorable nombre sea alabado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.

SERMON

DE ROGATIVA)

POR EL FELÍZ ÉXITO

DE LAS ARMAS CATÓLICAS

CONTRA LOS ENEMIGOS

DE LA PÁTRIA,

predicado

Á LA HERMANDAD DE NTRA. SRA.

DE LAS ANGUSTIAS

En su templo de Granada á 24 de Agosto de 1794.

Incipite vobis predicare veritatem quantumcumque nostis, et videte quam necesse sit, ut tales patiamini irrisores, et exactores veritatis plenos falsitatis. S. Aug. in Ps. 136.

*Quippe qui lege et patria sanctoque
Templo privari vererentur... omni-
bus... petentibus à Domino miseri-
cordiam cum fletu et jejuniis, per
triduum continuum prostratis, hor-
tatus est eos Judas, ut se præ-
pararent.*

II. Machab. 13.

Al ver (real y venerable herman-
dad, sabios y piadosos oyentes) al
ver, repito, congregado y postrado
este pueblo numeroso ante las aras de
Jesucristo Sacramentado, para im-
plorar, por la intercesion de su au-
gusta Madre, su misericordia y au-
xilios necesarios contra los enemigos
del santuario y del estado, se me re-
presentan muy al vivo aquellas nota-
bles palabras del libro II de los Ma-
cabéos, que no solamente aprueban
vuestro acto religioso, sino que tam-
bien prescriben el método de orar

con fruto. Judas Macabeo, aquel
fuerte caudillo del pueblo de Dios, é
instrumento de sus mas illustres vic-
torias contra los enemigos implacables
de su religion y de su culto, sabien-
do que Antioco, llamado *Eupator*, ve-
nia con numeroso ejército á devastar
la Judea, congrega todo su pueblo,
mandándoles invocar al Señor de dia
y de noche, para que se dignasé au-
xiliarle como siempre. Temerosos ellos,
sigue el sagrado texto, de perder su
ley, su patria y su santo templo, y
de ser dominados por naciones blas-
femas, condescendiendo gustosos á la
exhortacion de su xefe, imploran la
misericordia del Dios de los exércitos,
postrados por tres dias continuos con
gemidos, ayunos y oraciones. Prepa-
rados así, y puesta en el Señor su
confianza, bien presto destruyeron to-
do el poder de Antioco y de Lysias.

¿No son estas, señores, las mismas
circunstancias en que nos hallamos,
é iguales los motivos de implorar y

Tom. III.

K

de esperar la misericordia del Altísimo? Un pueblo numeroso y aguerri-
do ha invadido nuestras fronteras, ha
turbado nuestro dulce reposo. Tratan
de nada menos que de destruir nues-
tra patria, robar nuestros hogares, é
incendiarlos, con todo lo demás que
sabeis por los papeles públicos. ¿Qué
recurso pues el nuestro en semejante
conflicto? El del santo rey profeta:
levanté, dice, mis ojos á los mon-
tes eternos, de donde espero el au-
xilio (1); porque si Dios, añade el
mismo, no es custodio de la ciudad,
en vano vela el que la guarda. (2).
Este es el medio adoptado por el cau-
dillo de Israel, figura del pueblo
cristiano: este es el que á su imita-
cion han adoptado siempre nuestros
católicos y religiosos soberanos; y
este es el que debemos adoptar noso-
tros como el mas eficaz para prevale-
cer de nuestros enemigos.

La materia es por sí eloquente, y
no necesita de reflexiones estudiadas.

Mas como soy deudora á los sabios y á
los sencillos, segun la frase de San
Pablo (3), para hacerla familiar á la
capacidad de todos, exáminaré pri-
mero nuestra obligacion de unir en las
presentes circunstancias nuestros es-
fuerzos y oraciones á las de nuestro so-
berano. Segundo, el método de ofrecer
este homenaje para que sea acepto y
fructuoso. He aqui en dos palabras to-
do el asunto que si no delicado y capaz
de agradaros, es digno de esta cáte-
dra, y á propósito para instruiros
y edificaros.

Vos, Señor, á cuyo honor y glo-
ria refiero principalmente mis pala-
bras, no permitais manche vuestro
divino testamento con labios impu-
ros: poned en ellos expresiones de
eficacia y de vida, para que pueda
dignamente anunciar vuestras volun-
tades á este pueblo. Se trata, Señor,
de reparar vuestro honor ultrajado:
se trata de consolar la afliccion en que
se halla vuestra iglesia de España

siempre fiel: se trata de conservar el patrimonio y sagrado depósito de nuestra religion: se trata de que todos conozcan sois nuestro Dios y nuestro Padre: se trata en fin de vuestra causa; esto es, de que todos os conozcan y os amen. Y vos, augusta y soberana Patrona de este pueblo, acudid á nuestros clamores, y dirigid nuestras súplicas: encended el corazon de vuestros hijos en aquel fervoroso fuego de amor de Dios, que traxo vuestro Unigénito al mundo. Asi os lo pedimos, saludandoos con el ángel.

Ave María.

Quipe qui lege &c.

Si en todo tiempo debemos en calidad de cristianos y de fieles vasallos cooperar al bien del estado, y diriginos á Dios para implorar su misericordia á favor de los que le go-

biernan (4), principalmente en unas circunstancias en que amenaza peligro á nuestra religion y á nuestra patria; para comprehender bien esta obligacion esencial de nuestra moral, es necesario ante todas cosas convenir en ciertos puntos cardinales expresos en santa escritura, y que son otras tantas pruebas que demuestran la materia. Primero. Es innegable que Dios eligió á Israel por su pueblo (5), en cuyos derechos fuimos substituidos nosotros (6) con tantas ventajas, quantas hace la realidad á la figura (7), la verdad al simbolo, el original á la imagen. Segundo. Quantas veces este pueblo se apartó de su Dios, entregándose al culto de las falsas divinidades, ó al desenfreno de las pasiones, otras tantas fué perseguido de la hambre, de la sed, de la peste, de la guerra, de la cautividad. El amorreo, el jebúseo, el heteo, el ferezeo, el filisteo devastaron sus campos, destruyeron sus vides, demolie-

ron sus casas. Los asirios, los egipcios, los caldeos, los babilonios fueron otros tantos instrumentos de la divina justicia hasta que se convirtieron á su Dios. Asi les habia sido intimado en el Deuteronomio (8). "Como fueron destruidas, dice el Señor, todas las gentes que habitaban en Canaan al tiempo de entrar vosotros, pereceréis del mismo modo, si fuereis inobedientes á mi voz."

Tercero. Todos los males que affigen al pueblo vienen del pecado, como pena suya. "Oid, naciones, dice Dios por Micheas (9), atienda la tierra en toda su extension, y sea el Señor testigo vuestro desde su santo templo. Mirad, saldrá el Señor de su lugar, descenderá, hollará las cumbrés de la tierra; baxo él se consumirán los montes, y los valles se derretirán como la cera á presencia del fuego, y como las aguas que corren por un despeñadero: todo esto por la maldad de Jacob, y por los

pecados de la casa de Israel. Si mis hijos abandonaren mi ley, habia dicho antes por David (10), si profanaren mi justicia, yo visitaré sus iniquidades con la vara de la tribulacion." Asi lo executó el Señor muchas veces, sin preservarlos por hijos de Abraham.

¿Qué privilegio pues podremos alegar nosotros para que queden impunes nuestros delitos y pecados públicos? ¿Por ventura haber entrado con ventajas en la herencia de Israel? Mas es mucho de temer, que Dios, que no perdonó á los ramos naturales, no nos perdone á nosotros, como dice San Pablo (11); principalmente no siendo menos criminales que ellos, y siendo por otra parte solo acebuches ingertos; Ah! yo me estremezco quando oigo decir al profeta Amos (12): "Convertiré en llanto vuestras festividades y todos vuestros cánticos en llanto.... Los dias llegan, dice el Señor, de enviar la hambre á la

»tierra, no hambre de pan, ni sed
 »de agua, sino de oír la palabra de
 »Dios: se moverán de un mar á otro,
 »desde el aquilon hasta el oriente,
 »buscando la palabra del Señor, y
 »no la encontrarán." Temblad y es-
 »tremeceos, señores. Las cátedras en
 que tanto brillaron los Ciprianos, los
 Atanasios, los Basilio, los Nacianze-
 nos, yacen ahora en silencio. ¿Cuán-
 tos reynos, cuántas provincias flore-
 cientes por mucho tiempo en el cato-
 licismo no padecen en el día la mas
 funesta desolacion? Y acaso este tem-
 plo mismo donde yo al presente ha-
 bló, cuyas sagradas bóvedas repiten
 mis clamores, acaso.... No acabemos....
 Castigadnos, Señor, con misericordia.

Quarto. Sin el auxilio de Dios no
 podemos prevalecer contra nuestros
 enemigos. Esta, que á los prudentes del
 siglo y sabios segun la carne pare-
 ce una paradoxa, es una verdad au-
 téntica establecida en las santas es-
 crituras. He dicho que les parece pa-

paradoxa, porque no ha saltado quien
 diga, que en las presentes circunstan-
 cias *no tanto se necesitan rogativas,*
quanto un ejército de ochenta mil hom-
bres bien disciplinados: en cuya ex-
 presion temeraria no sé si tenga mas
 parte la ignorancia que la falta de
 religion y de piedad cristiana. Abrid,
 politicos del siglo, abrid esos libros
 santos, conoceréis las verdades del
 eterno, y los frutos de la confianza en
 el Señor.

" Si juzgais, dice un profeta (13)
 »al rey Amasias, que las guerras
 »consisten en la fuerza del ejército,
 »hará Dios que tú seas vencido de
 »los enemigos; porque á solo Dios
 »pertenece auxiliar ó poner en fuga.
 »Cosa fácil es, añade Judas Maca-
 »beo (14), el que pocos acaben con
 »muchos, porque para Dios del cielo
 »no hay diferencia entre vencer con
 »muchos ó con pocos: ni consiste el
 »vencer en el número del ejército,
 »si la fortaleza no viene del cielo.

»Ellos vienen á nosotros con multitud
 »insolente y con orgullo, para des-
 »truirnos con nuestras mugeres y
 »nuestros hijos, y con el fin de despo-
 »jarnos; mas nosotros pelearémos por
 »nuestras ánimas y por nuestras leyes,
 »y el mismo Señor les confundirá en
 »nuestra presencia." El efecto de es-
 ta confianza es una prueba auténtica
 de esta verdad.

Ademas ¿no están los libros santos
 llenos de semejantes exemplares? Abra-
 ham con trescientos diez y ocho de sus
 siervos destruye á cinco reyes con sus
 tropas (15), y rescata á su sobrino
 Lot con toda su familia y hacienda.
 Josue con muy pocos expugna á Ja-
 bin (16), y persigue á los amaleci-
 tas (17). Gedeon con solos trescien-
 tos derrota á Madian (18). Jonatás
 con solo su escudero persigue y qui-
 ta la vida á muchos filisteos (19).
 Sanson mató á mil de estos sin mas
 armas que la quixada de un asno (20).
 Asa hijo de Abías con muy pequeño

ejército destruyó el numeroso del rey
 de Etiopia (21). Omito á Barac, Dé-
 bora, Matathías, Simon y demás cau-
 dillos del pueblo de Dios, que preva-
 lecieron de sus enemigos, fiados mas
 en el auxilio del Todopoderoso, que
 en el número de los combatientes. Es
 pues constante, señores, que la prin-
 cipal fuerza de la guerra consiste en
 elevar á imitacion de Moyses (22)
 nuestras manos y nuestro corazon al
 cielo, mientras nuestros hermanos
 combaten en las fronteras á favor de
 la religion y del estado. Y esto res-
 pecto de nosotros no es una obra de
 supererogacion ó voluntaria. Es una es-
 trecha obligacion del cristianismo, é
 inseparable de nuestra fidelidad al so-
 berano y á la patria. Nadie de voso-
 tros ignora los estrechos vínculos que
 nos ligan á estos augustos objetos. Por
 la religion, por la patria, y por el
 rey debemos estar prontos á ofrecer
 nuestros intereses, nuestras personas,
 y nuestras propias vidas; y el que

otra cosa no pueda, el sacrificio sincero de un corazón contrito y humillado para implorar la divina clemencia á favor de una causa tan justa y tan propia de todos. Un reino es una gran familia, cuya cabeza y jefe es el soberano: por consiguiente todas las ventajas y pérdidas se refunden en una misma casa. Las calamidades ó prosperidades pasan del padre á los hijos, y las de estos tienen asimismo un enlace íntimo con el padre común. Este se halla constituido entre sus vasallos y el Rey supremo, como instrumento de su providencia, ministro de su justicia, y canal de sus beneficios. Su autoridad dimana de Dios, por quien reyna (23), y á quien dará estrecha cuenta de esta importante comision (24). No recibieron en vano, dice San Pablo (25), la espada del Señor, teniendo por consiguiente que responder á Dios por sus derechos y los nuestros, por el arreglo y prospe-

ridad de su estado, y por el buen ó mal uso de su autoridad.

Terrible cargo, señores, por el juicio durísimo que les amenaza, según la expresión del sabio (26); pero no es inferior el nuestro. En fuerza de él debemos honrarlos como á padres, y obedecerlos con sumisión y fidelidad, contemplándolos como ministros de Dios, según la expresión del apóstol (27); y esto aun quando fuesen discipulos, como dice San Pedro (28); porque no les debemos obedecer por temor solamente, sino por conciencia (29); ni podemos resistir á sus órdenes sin oponernos á las de Dios, y sin incurrir en la condenación, según el mismo San Pablo (30).

Sería la mas extraña locura querer destruir las gerarquías establecidas por Dios sobre la tierra con íntima relación á las del cielo, donde una estrella, como el apóstol dice (31), difiere de la otra en claridad. Es verdad que no somos esclavos; pero somos

vasallos, somos súbditos de una legítima potestad, á la qual debemos segun el apóstol (32) el honor y las contribuciones para cumplir con fidelidad la obligacion de dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, como Jesucristo nos enseña (33).

Meditad bien, generosos españoles, meditad estos principios del derecho natural y divino, y conoceréis vuestra obligacion de concurrir por todos medios á la defensa de la religion, de la patria y de nuestro amable soberano. Considerad el ardor y la presteza con que acudian en otro tiempo los judios á la voz de Matathías (34): "Triste de mí, decia este anciano venerable, triste de mí, que nací para ver la tribulacion de mi pueblo.... Los vasos sagrados en manos de extraños, y el templo cubierto de ignominia..... He aquí en poder de impios nuestras cosas santas profanadas, y nuestro honor obscurecido... Únanse á mí todos los de-

»fensores zelosos de la ley. Vindi-
»quemios nuestra gloria y la de Dios."
Traed á la memoria el zelo generoso de vuestros padres quando por nuestros pecados inundaron á España los árabes y otras naciones bárbaras. Acordaos del ardor con que acudiais unos á las fronteras á derramar vuestra sangre en defensa de la religion y vuestra patria, otros al templo á implorar con gemidos la misericordia del Dios de las batallas. ¿Mas para qué me canso en persuadiros una obligacion grabada en vuestros pechos católicos, quando leo ya en vuestros semblantes los efectos de vuestra gratitud, y la fidelidad de vuestro zelo?

II. Pero me resta exâminar con la brevedad posible el método para que nuestras oraciones sean fructuosas, y acepto á Dios nuestro homenaje. Bien sé que Jesucristo dice: "Pedid, y os será dado (35): todo el que pide recibe, y el que busca halla (36).

„Ni se me oculta, añade, que todo lo
 „que pidiéremos al Padre en su nom-
 „bre, lo hará, para que el Padre
 „sea glorificado en el Hijo (37).”
 Pero me consta al mismo tiempo lo
 que el Espíritu de verdad nos dice por
 Santiago (38): “Pedís, y no recibís,
 „porque pedís mal. ¿De dónde entre
 „vosotros las guerras y los litigios?
 „¿No nacen de vuestras concupiscen-
 „cias que militan en vuestros miem-
 „bros?” Tengo tambien presente el
 oráculo de Jesucristo, que expre-
 samente dice (39): “Si permanecie-
 „reis en mí, y mis palabras perma-
 „necieren en vosotros, qualquiera co-
 „sa que pidais se os concederá.” He
 aqui la condicion indispensable que
 nos pone el Señor para obligarse á
 nuestras oraciones. Sí, la observan-
 cia de su ley sacrosanta, tan desprecia-
 da de vosotros, debe acompañar
 vuestras súplicas para que sean fruc-
 tuosas. Sin esto aborrece Dios vues-
 tras solemnidades, vuestras neome-

nias y kalendas, como Isaiás (40) se
 explica: “pueblo mio, los que te ala-
 „ban, los que te llaman feliz, los que
 „te adulan, esos te engañan, y pervier-
 „ten tus caminos (41).” Yo oigo re-
 sonar á mis oidos la voz de Dios á
 Ezequiel (42): “Hijo del hombre, si
 „cuando digo al impío, tú morirás,
 „no se lo anuncias en mi nombre, él
 „morirá en su iniquidad, pero yo re-
 „queriré su sangre de tus manos. ¡Ay
 „de mí porque callé! clamaba asimis-
 „mo otro profeta (43): vosotros me
 „habeis puesto en la ocasion, y yo
 „no me avergüenzo del evangelio,
 „como decia S. Pablo (44), ni haré
 „jamás traicion al ministerio.” Huesos
 áridos, oid la palabra de Dios (45):
 oid, repito, las causas porque nos
 castiga, y el modo de desenojarle.

“¿Qué ves tú, dice el Señor á Je-
 „remías (46)? Veo una olla encen-
 „dida, y su faz de cara al aquilon;
 „pues de aqui, dice Dios, se exten-
 „derá el mal sobre todos los morado-

res de la tierra. Yo convocaré todos
 los pueblos del norte, y vendrán,
 y pondrán cada uno su trono á las
 puertas de Jerusalem.... y sobre to-
 das las ciudades de Judá.” ¡Ah pue-
 blo de Granada, nueva Corozaim, que
 imploras en este momento la miseri-
 cordia del Altísimo! ¿Qué espíritu os
 conduce á este religioso acto? ¿Con
 qué disposiciones llegais á los pies de
 los altares? Diré, aunque con dolor,
 lo que perciben mis sentidos. Veo á
 esta capital como una olla encendida
 en el espíritu de lascivia, de ira, de
 gula, de avaricia, de envidia y de
 soberbia, cuyo fuego se derrama por
 todas las calles, por las plazas y ha-
 bitaciones. Veo pleytos injustos soste-
 nidos por la cabala, por fraudes, y
 por toda suerte de trampas criminales,
 para ofuscar el derecho, y obscurecer la
 justicia, dexando por este medio arrui-
 nados al pobre, al huérfano, á la viuda.
 Veo monopolios y usuras sin número pa-
 ra saciar la codicia á costa de los indi-

gentes. Veo la caridad desterrada, y
 desatadas las lenguas maldicientes, que
 ni perdonan la casada ni la doncella,
 ni al magistrado ni al sacerdote. Veo
 dibujado al natural el retrato que del
 luxo ruinoso y lascivo de las mugeres
 hizo en otro tiempo Isaías, y temo en
 ellas el castigo con que las amenaza (47)
 el profeta. “Por cuanto se alzaron, di-
 ce, las hijas de Sion, y anduvieron er-
 guidas de cuello, haciendo gestos con
 los ojos, y aplaudiendo y midiendo
 sus marchas con pasos estudiados,
 traerá el Señor la cabeza de las hijas
 de Sion, y las despojará de su cabe-
 llo. En aquel dia quitará el Señor el
 atavío de los zapatos.... los collares,
 brazaletes y cofias, las redecillas, li-
 gas y cadenillas, los frascos de olor
 y los zarcillos, los anillos y las pie-
 dras preciosas, con todos los demás
 muebles de su vanidad; y en lugar
 de perfumes habrá hediondez, cuer-
 das en lugar de cintas, y por cabe-
 llos rizados y encrepados sufriréis

„calvéz, y cilicios en vez de faxas.“
No parece ciertamente sino que el profeta formaba el diseño de una petimetra de nuestros días, y de su tocador.

Veó ¡con qué dolor! los días mas solemnes y consagrados puramente á Dios, profanados con teatros, con bayles y espectáculos comparados con los Florales, Bacanales y Lupercales del gentilismo.

La obligacion de mi ministerio, y el celo que Dios me inspira no me permiten dexé de hacer aqui una seria reflexion sobre esta materia, que os servirá de fiscal cuando esteis en el tremendo juicio á los pies de Jesu-
cristo. Si los estrechos límites de una oracion lo permitieran, os haria ver que los bayles y comedias, hablando en general, están substancialmente reprobados por las santas escrituras (48), por los sagrados cánones (49), y padres de la iglesia (50): pero limitome por esta vez á deshacer los dos principales fundamentos de sus

patronos. Las escrituras, dicen, los concilios y padres, condenan las comedias y antiguos espectáculos por obscenos, lo que no se verifica en los nuestros; y si algun peligro hay en su asistencia, igual se experimenta hasta en el templo, sin que por esto nos debamos privar de su frecuencia; porque la concupiscencia nos acompaña en todas partes, como efecto de la primera culpa.

¿Qué os parece, señores, de este especioso lenguaje? ¿No son, os ruego, obscenos los lances amatorios, los bayles entrelazados, los movimientos lascivos, las gesticulaciones mímicas, que aún explican mas que las palabras? ¿No enseñan allí por principios el modo de eludir la vigilancia de un marido, de un padre y de una madre, por medio de ardidés estudiados, por sorpresas y cabalas refinadas, en deshonor de la ley, del pundonor y del estado? ¿Qué es lo que se aplaude en semejantes juntas? ¿Es por ventura alguna

sentencia moral de Caton, de Séneca, ó de otro estóico rígido, ó el equívoco ingenioso, el movimiento alusivo, y la indirecta llena de un énfasis lascivo? Vosotros sabeis muy bien la respuesta. ¿Y creéis despues de todo esto, que no son nuestras comedias obscenas, ni hay peligro culpable en asistir á ellas? "¿Ay de vosotros los que llamas mais bien al mal y mal al bien (51)!" Si confesais no estar libres de la concupiscencia, y que os persigue hasta en el templo, por razon de no haber lugar seguro á la corrupcion del corazon humano, ¿os juzgais inocentes á presencia de saltatrices adornadas con todo el luxo del siglo, y amaestradas á captar con sus movimientos y sus ojos la benevolencia y aficion de los circunstantes? Si hay peligro en el templo, donde Dios nos preside: con particular asistencia como en lugar y casa de oracion, y adonde debemos concurrir por un decreto de la ley á lavar nuestros delitos; ¿no habrá pe-

ligro culpable y próximo en la concurrencia de ambos sexos á un teatro donde preside la sensualidad con las demás pasiones, y el deseo de hacerse amables carnalmente? ¿No perecerá en este peligro el que le ama (52)? ¿ó será menester decir, que porque hay ya bastantes escándalos fuera del teatro, es lícito acudir á él para aumentarlos?

Mas las permite el magistrado, reponen los patronos, lo que no sucedería si no fuesen lícitas. Paréceme puntualmente este capcioso argumento y excusa la misma con que tentaban los fariseos á Jesucristo: "¿Es lícito al hombre, le dicen (53), repudiar su muger por cualquiera causa? ¿No habeis leído, responde el Salvador, que el que hizo al hombre desde el principio, los crió varon y hembra, y dixo: por ésta dexará el hombre al padre y á la madre, y se juntará á su muger, y serán dos en una carne? pues ya no son dos, sino una

»carne: lo que Dios pues juntó no lo
 »separe el hombre." Mas los fariseos
 hacen la instancia que los aprobantes
 y defensores de las comedias. ¿Pues
 por qué, dicen, mandó Moysés dar car-
 ta ó libelo de repudio, y dexarla?
 "Porque Moyses, responde Jesucris-
 »to, por la dureza de vuestros cora-
 »zones, os permitió dexar vuestras
 »mugeres: mas al principio no fué
 »asi." Es decir: Moysés vuestro ma-
 gistrado, elegido de Dios, no lo man-
 dó, sino lo permitió únicamente en
 fuerza de vuestra dureza y obstina-
 cion, y por temor de mayores males.
 Por esta causa se han permitido y
 permiten en varios reynos católicos
 las casas públicas ó de *mancebía*, y
 sin salir de esta ciudad, ni de esta
 calle misma, poco mas hace de un si-
 glo se permitia el lupanar ó casa pú-
 blica. ¿Inferirémos de aqui que fué
 alguna vez lícita la violacion del sex-
 to precepto, é inocente ó indiferente
 la entrada en el lupanar, sitio des-

tinado á la torpeza?

Tolera el magistrado las comedias
 como otros muchos males en la repú-
 blica, ó porque no puede remediar-
 los, ó por evitar otros mayores, ó
 porque no claman por su abolicion
 aquellos á quienes corresponde. ¿Qué
 se sigue de aqui? "Tolera Aaron, di-
 »ce S. Agustin (54), que la multitud
 »fabrique y adore el becerro: tole-
 »ra Moyses que la multitud murmure
 »y ofenda á Dios: tolera David á Saul
 »su perseguidor: tolera Samuel á los
 »hijos nefandos de Heli: tolera el
 »pueblo soberbio y menospreciador de
 »Dios; lo toleran Isaías y Jeremías:
 »tolera Zacarías á los fariseos y es-
 »cribas: tolera Jesucristo á Judas,
 »ladron y traidor, que le vende."
 ¿Influyen, os ruego, estas tolerancias
 en la lícitud de estos hechos?

Pero seamos mas indulgentes con
 los patronos de los teatros y espectá-
 culos. Concedámosles por un momen-
 to que son lícitos ó indiferentes. ¿Lo

serán en el domingo y dias solemnnes? Es menester ser peregrinos en el idioma de la moral cristiana y de las decisiones mas sagradas (55) para admitir un semejante absurdo. "Acuérdate, dice Dios á Israel (56), de santificar el sábadó;" cuyo precepto se observaba con tanto rigor, que mandó el Señor cubrir de piedras á un judío porque recogió en este dia (57) alguna leña en el campo, estando consagrado á Dios enteramente. Entre los cristianos se subrogó la consagracion del sábadó en el domingo, así en honor de la resurreccion del Salvador, y venida del Espíritu Santo, como por otros altísimos fines que la iglesia tuvo. En él se nos manda cesar en el trabajo para santificar á Dios, y santificarnos á nosotros mismos. Por esta razon dexamos á un lado todos los negocios del mundo, nos apartamos de sus fruslerías y de su tumulto, y cerramos los ojos á sus vanidades, no para lisonjear la in-

accion y la pereza, como los judíos carnales, sino para fijar en el descanso y en el silencio nuestra atencion en Dios, y entregarle enteramente nuestro corazon. El descanso del Señor, dice S. Agustin (58), es todo accion; el del cristiano en el domingo y fiestas solemnnes debe ser tambien una constante aplicacion á la santificacion de su alma, principalmente en los exercicios interiores de religion, como dice el Crisóstomo (59). Los actos públicos de religion con que deben santificarse estos dias, son la oracion pública y privada, la instruccion en los misterios de la fe y de la moral, la educacion religiosa de los hijos, las obras de misericordia, el uso frecuente de los sacramentos, y la asistencia devota al santo sacrificio de la Misa. Esta ha sido la práctica inconcusa de los verdaderos fieles desde la iglesia primitiva. Consultad las actas de los apóstoles (60), á S. Justino mártir (61), á

Tertuliano (62) y demás padres antiguos, y hallaréis el modo de santificar las fiestas. Tan lejos estaban de permitir en ellas teatros, bayles, espectáculos y diversiones públicas, que dice S. Agustín (63): "guardad el día festivo, no carnalmente y en delicias, como los judíos, que abusaban de este descanso para pecar. Mejor hubiera sido que hubieran estado cavando todo el día, que parte del día baylando, y que oiria de mejor gana, que trabajaban todo el día, que no que todo el día saltaban." Como si dixera: menor pecado seria trabajar en un día festivo, que no saltar, baylar y estar en diversiones. Añadid á esto los muchos cánones y constituciones imperiales, que expresamente las condenan (64).

Mas aun quando con agravio de la verdad mas auténtica quisiésemos permitir á los aprobantes de las comedias, que eran indiferentes en los días festivos, ¿lo serán en las actuales

circunstancias? Renovad aqui vuestra atención por un momento. Todo cuerpo, ya sea cristiano, ya civil ó político, está ordenado por Dios con respecto y analogía al natural. Asi pues como en éste, segun la observacion del apóstol, y la experiencia misma (65), es imposible padezca un miembro sin condolerse los demás, del mismo modo no son perfectos miembros de la sociedad cristiana, ni de la política, los indolentes con sus hermanos ó patricios. Por consiguiente como la caridad que debe enlazarnos y unirnos con Jesucristo, que es nuestra cabeza, y de quien somos miembros, nos obliga en calidad de cristianos á llorar con los que lloran, y á regocijarnos con los que se alegran (66), por la estrecha union y participacion mútua que debe haber entre nosotros, tanto en la prosperidad como en la adversidad; asi tambien proporcionalmente hablando, deben ser sensibles entre sí los

miembros de un cuerpo político, que unidos con su gefe, forman el vasto cuerpo de una sociedad, cuyos mútuos intereses los obligan á la unidad de accion,

Segun estos principios innegables del derecho divino, natural, y de gentes, ¿quién osará afirmar son lícitos los teatros en las presentes circunstancias? No estan, os ruego, á la sazón nuestros hermanos en Jesucristo, y miembros de nuestro cuerpo político á la frente del enemigo común, en defensa de la religion y de la patria? ¿No exponen á este fin su pecho á las balas, y su cuello á la cuchilla? ¿No hacen muralla con su cuerpo mismo para defender nuestra libertad y reposo? ¿No han perdido muchos la vida? ¿no están otros heridos ó prisioneros, y todos en peligro? ¿Dónde está pues la caridad cristiana, y mútua beneficencia de patricios? ¿Cuáles son los socorros con que los auxiliamos? ¿Son por ventura las in-

dulgencias que ganais en el teatro? ¿Son estos los auxilios de piedad ó de conmiseracion social que ellos esperan de nosotros? ¿Ignorais cuán importuna seria la música en un duelo, segun el eclesiástico (67)? ¿No nos enseñan á prestarse auxilio aun los irracionales mismos? Solo pues un espíritu de indolencia y de aturdimiento os puede hacer estar festivos y regocijados en bayles y espectáculos á presencia de los males que experimentan ya nuestros hermanos.

Volved de este letargo, señores, exáminad vuestro interior sin indulgencia, y conoceréis el peso de estas verdades. Abandonad el luxo, la vanidad y máximas del siglo: desterrad de entre vosotros los vicios capitales, ídolos á que sacrificais diariamente, para que llegue vuestro clamor al cielo. «La mano de Dios no está abreviada, os diré con un profeta (68), ni agravados sus oídos; pero vuestras iniquidades han formado un mu-

»ro de division entre vosotros y vuestro Dios... vuestras manos están teñidas con la sangre de los pobres, vuestras labios no profieren mas que mentiras, y habeis abandonado la justicia. Pues sabed, dice el Señor por Isaias (69), que por mas que le invoqueis, no os oirá, sino cuando ceñais de murmurar, cuando rompáis la cadena de vuestros vicios, cuando exerciteis la caridad con los pobres, cuando hicieréis la voluntad de Dios, santificando los días que le son consagrados, cuando le glorifiqueis en fin y le adoreis de corazón." Entonces combatirá el Señor por vosotros, como aseguró Moyses (70) á los israelitas cuando huían de Faraon. Entonces presidirá Dios vuestras juntas y oraciones: donde estuviereis dos ó tres congregados en su nombre, estará Jesucristo en medio de vosotros (71); porque un corazón contrito y humillado hace dulce violencia á su justicia (72). Pedid pues

baxo estas reglas, y todo os será concedido. Faltará el cielo y la tierra antes que ninguna de las palabras reveladas por Dios (73).

Y por quanto tenemos vivamente ofendido al Sol de Justicia Cristo, para que no nos abrase con sus rayos, acojámonos baxo la benéfica nube de nuestra Patrona; por su mano irán bien dirigidas nuestras súplicas, y tendrán favorable acogida delante del Altísimo. No sabe este divino Salomon rehusar las peticiones de esta augusta Bersabé su Madre. Este es el canal por donde descenden á nosotros todos sus beneficios: esta es la que puede desarmar su justa cólera, y quitar de sobre nosotros el azote que nos amenaza, si debidamente la invocamos: con este escudo y asilo poderoso podemos triunfar de nuestros enemigos y los de Dios. Por su alta proteccion consiguieron los Justinianos, los Valesios, los Comnenos, los Estanislao la seguridad de sus rei-

nos: por la misma triunfaron de los árabes los Pelayos, los Alfonsos, los Fernandos, los Jacobos, y los reyes católicos. Nada desea mas que protegernos: pedidle pues contritos y humillados, y obtendreis el perdon de vuestras culpas, y la victoria de vuestros enemigos.

Augusta y soberana Madre, consuelo nuestro, Patrona nuestra y de los reales exércitos, dulce esperanza nuestra, á vuestros pies, Señora, tenéis postrados á los hijos de vuestras angustias. ¿Nos desecharéis con confusion? Os pedimos nos alcanceis perdon de nuestras culpas, que detestamos desde esta hora para siempre: bien conocemos que ellas nos hacen indignos de vuestra presencia y del dulce título de Madre nuestra; mas estamos arrepentidos, é imploramos vuestra clemencia. Conocemos nuestros yerros, y renunciamos abiertamente del cuerpo del pecado: detestamos las máximas del siglo, sus

pompas, sus vanidades, sus diversiones mundanas. Prometemos enmendarnos, y llorar nuestros delitos, expiándolos por la penitencia. Baxo esta resolucion generosa esperamos de vuestro patrocinio, y llenos de la mas alta confianza os pedimos por la felicidad de nuestras armas en defensa de nuestra religion, de nuestros soberanos, y de nuestra patria amada. Conozcan, ó Madre mia, nuestros enemigos, que aún hay Dios en Israel, que vela sobre su casa é iglesia fiel de España. Confundidlos, ó mi Dios, abatidlos, humilladlos, para que volviendo en sí, os conozcan, y confiesen que solo á Vos se debe el honor, la gloria, la virtud, la fortaleza y la alabanza por los siglos de los siglos. Amen. DIXE.

(1) Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi. *Ps.* 20.

(2) Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam. *Ps.* 126.

(3) Sapientibus et insipientibus debitor sum. *I. Rom.* 14.

(4) Obsecro igitur primum omnium fieri obsecrationes, orationes . . . pro omnibus hominibus, pro regibus, et omnibus qui in sublimitate sunt. *I. ad Timoth.* 2.

(5) *Genes.* 17. et alibi sæpè.

(6) Sed illorum (Judæorum) delicto salus est hominibus . . . Nolo enim vos ignorare fratres misterium hoc . . . quia cœcitas ex parte contigit in Israel, donec plenitudo gentium intraret. *Ad Rom.* 11.

(7) Omnia in figura contingebant illis. *I. Cor.* 10.

(8) Sicut gentes quas delevit Dominus in introitu tuo, ita et vos peribitis, si inobedientes fueritis voci Domini Dei vestri. *Deuteron.* 8.

(9) Audite populi omnes, et attendat terra, et plenitudo ejus; et sit Dominus Deus vobis in testem, Dominus de Templo sancto suo. Quia ecce Dominus eggre dietur de loco suo, et descendet, et calcabit super excelsa terræ. Et consumentur montes subtus eum, et valles scindentur sicut cera à facie ignis, et sicut aquæ quæ decurrunt in præceps. In scelere Jacob omne istud, et in peccatis domus Israel. *Mich.* 1.

(10) Si autem dereliquerint filii ejus legem meam, et in judiciis meis non ambulaverint, si justitias profanaverint, et mandata mea non custodierint, visitabo in virga iniquitates eorum, et in verberibus peccata eorum. *Ps.* 88.

(11) Tu autem cum oleaster esses, insertus es in illis . . . Noli gloriari adversus ramos . . . Si enim Deus naturalibus ramis non pepercit, ne fortè nec tibi parcat. *Ad Rom.* 11.

(12) Convertam festivitates vestras in luctum, et omnia cantica vestra in planctum . . . Ecce dies veniunt, dicit

Dominus, et mittam famem in terram: non famem panis, neque sitim aquæ, sed audiendi verbum Domini, et commovebuntur à mari usque ad mare, et ab aquilone usque ad orientem: circuibunt quærentes verbum Domini, et non invenient. *Amos 8.*

(13) Quod si putas in robore exercitus bella consistere, superari te faciet Deus ab hostibus: Dei quippe est adjuvare, et in fugam convertere. *II. Paralipom. 25.*

(14) Et ait Judas: facile est concludi multos in manus paucorum: et non est differentia in conspectu Dei cæli liberare in multis et in paucis: quoniam non in multitudine exercitus victoria belli, sed de cælo fortitudo est. Ipsi veniunt ad nos in multitudine contumaci, et superbia, ut disperdant nos, et uxores nostras, et filios nostros, et ut spolient nos: nos verò pugnabimus pro animabus nostris, et legibus nostris: et ipse Dominus conteret eos ante faciem nostram. *I. Mac. 3.*

- (15) Gen. c. 14. (16) Josue c. 11.
 (17) Exod. c. 17. (18) Judic. c. 7.
 (19) I. Reg. c. 14. (20) Judic. c. 15.
 (21) II. Paralip. 14. (22) Exod. 17.
 (23) Proverb. 8. (24) Ad Hebr. 13.
 (25) Ad Rom. 13. (26) Sap. 6.
 (27) Rom. 13. 6.
 (28) Subditi estote in omni timore Domini, non tantum bonis, et modestis, sed etiam discolis. *I. Pet. 2.*
 (29) Ideo necessitate subditi estote non solum propter iram, sed etiam propter conscientiam. *Ad Rom. 13. 5.*
 (30) Qui resistit Potestati, Dei ordinationi resistit. Qui autem resistunt, ipsi damnationem adquirunt. *Ib. v. 2.*
 (31) I. Cor. 15. (32) Ad Rom. 13. 7.
 (33) Matth. 22. (34) I. Mach. 2.
 (35) Matth. 7. (36) *Ibid. v. 8.*
 (37) Joann. 14.
 (38) Petitis, et non accipitis, eò quòd malè petatis. *Jacob. 4.*
 (39) Si manseritis in me, et verba mea in vobis manserint, quocumque volueritis petetis, et fiet vobis. *Joann. 15. 7.*

(40) Kalendas vestras, et solemnitates vestras odivit anima mea. . . .
Isai. 1. 14.

(41) Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te seducunt, et viam gressuum tuorum dissipant. *Isai. 3. 12.*

(42) c. 3. 18. (43) *Isai. c. 6.*

(44) *Ad Rom. 1. 16.* (45) *Ezech. 37.*

(46) c. 1. 13. y sigg.

(47) Pro eò quòd elevatae sunt filiae Sion, et ambulaverunt extento collo, et nutibus oculorum ibant et plaudabant, ambulabant pedibus suis, et composito gradu incedebant: decalcauit Dominus verticem filiarum Sion, et Dominus crinem earum nudabit. In die illa auferet Dominus ornamentum calceamentorum.... et torques, et monilia, et armillas, et mitras, et discriminalia, et periscelidas, et murenulas: et olfatoriola, et in aures, et annulos, et gemmas.... pendentes.... Et erit pro suavi odore foetor, et pro zona funiculus, et pro crispanti crine calvitium, et pro fascia pectorali ci-

licium. *Isai. c. 3.*

(48) Cum saltatrice ne assiduus sis, nec audias illam, ne forte pereas in efficacia illius.... Averte faciem tuam à muliere compta. . . propter speciem mulieris multi perierunt. Speciem mulieris multi admirati, reprobati facti sunt. Et ex hoc concupiscentia quasi exardescit. *Eccles. 9.* = Sandalia ejus rapuerunt oculos ejus: pulchritudo ejus captivam fecit animam ejus. *Judic. 16.* = Saltavit filia Herodiadis in medio, et placuit Herodi &c. *Matth. 14.* = Qui amat periculum, in illo peribit. *Eccles. 3.* = Egrediuntur quasi greges parvuli eorum, et infantes eorum exultant lusibus, tenent tympanum et citharam, gaudent ad sonitum organi, ducunt in bonis dies suos, et in puncto ad infernum descendunt. *Job 21.* = ¿Cuántos argumentos irrefragables no podían deducirse de todas estas autoridades contra los teatros de nuestros días?

(49) *Can. pro dilect. de Consecrat.*

dist. de histrione quodam.: An talis debeat communicare nobiscum. Quod ego puto, nec Majestati Divinæ, nec Evangelicæ disciplinæ congruere, ut pudor, et honor Ecclesiæ tam turpi, et infami contagione fœdetur, ex *D. Ciprian. ad Eucrat. l. 1.* = *Ex lib. 2. Can. Instit. de Euchar. §.* Item quamvis regulariter nullus, etiam si quem sacerdoti peccatorem, et impœnitentem esse liqueat, ab altari sic arcendus, scenicis tamen, atque histrionibus, ceterisque personis hujusmodi quamdiu tam detestandas artes exercuerit, sacra Communio deneganda erit, nec enim evangelicæ disciplinæ congruit, ut pudor et honor Ecclesiæ tam turpi et infami contagione fœdetur: = *Conc. Cartag. III. c. 35.* scenicis, atque histrionibus, ceterisque hujusmodi personis, vel apostatis, conversis, vel reversis ad Dominum, gratia vel reconciliatio non negetur. *Can. donare d. 86.* Donare res suas histrionibus vitium est immane. *Glosa ibi ex D. Hieron. Dona-*

re histrionibus est dæmonibus immolare. *Idem habet D. August.* = *In Cap. Nullus. dist. 44.* Clerici ante se larvas fieri non permittant; hoc enim diabolicum est. = *L. Consensu, C. de Repud.* Vir dimittere uxorem potest, si præter voluntatem suam circenses et teatricas voluptates captet, ubi scenici ludi sunt, aut ubi feræ cum hominibus pugnant. *Donde, como se ve, habla igualmente la ley de las comedias que de los toros.* = *L. 2. §. Ait Prætor. ff. de his qui notantur infamia.* Ait Prætor, qui scenam prodierit infamis est. *Apoyado sobre esta ley, dice el Crisóstomo hom. 12. in 1. Corinth.* De histrionibus, si sunt infames, oportuit eos Urbe ejici, non de publico ali. = *Authent. ut cum de appell. cognoscitur. §. Causa, vers. Si præter voluntatem parentum, Collat. 8.* Causa justa exhæreditationis, si præter voluntatem parentum in arenarios, vel mimos sese filius sociaverit, et in hac professione permanserit: = *Conc. Aquisgr. c. 38.*

Non oportet Sacerdotes aut Clericos quibuscumque spectaculis in scenis, aut in nuptiis interesse, sed antequam Thymelici ingrediantur, exurgere eos convenit, aut inde discedere. = *Conc. Agath. c. 89. in cap. Presbyteri, d. 34.* Presbyteri, Diaconi, Subdiaconi, vel deinceps, quibus ducendæ uxoris licentia non est, etiam alienarum nuptiarum vitent convivium, neciis cœtibus misceantur, ubi amatoria cantantur et turpia, aut obsceni motus choreis et saltationibus offeruntur, ne auditus, aut obtutus sacris misteriis deputati, turpium spectaculorum, atque verborum contagione polluantur. *Oigan con estremecimiento estas palabras los señores Sacerdotes que asisten á los teatros, y los defienden.* = *Conc. Illiberit. c. 62.* Si Pantomimi reddere voluerint, placuit prius artibus suis renuntiant, et tunc demum suscipiantur, ita ut ulterius ad ea nos revertantur; quod si facere contra interdictum tentaverit, rejiciantur ab Ecclesia. =

Conc. Arelat. c. 5. de Theatricis: Et ipsos placuit, quamdiu agunt à communibus separari. Qui in theatris conveniunt excommunicentur. = *Conc. Carthag. III. can. 2.* Ab spectaculo et omnes laici (N. B.) prohibeantur semper enim christianis omnibus hoc interdictum est, ut ubi blasphemii sunt, non accedant.

(50) El que quiera instruirse á fondo sobre el modo de pensar de los Padres acerca de los teatros, lea á Tertuliano en su libro *de Spectaculis*, á san Cipriano, *lib. 2. Epist. 2.* = Lactancio *Divin. Institut. lib. 6. c. 20.* á san Basilio *hom. 64. in Examer.* á san Gerónimo *in cap. 20. Ezech.* á S. Juan Crisóstomo *Hom. de David et Saul*, y en varias homilias al pueblo antioqueno, al Nacianceno *de histrionibus*, á Minucio Felix *in Octavio*, á S. Cirilo *Catech. 1.*, á Salviano *lib. 6.* á Beda citado por S. Antonino *2. part. tit. 3. §. 5.* S. Bernardo citado por el Belovacense, *lib. 3. d. 6.* dice estas nota-

bles palabras hablando de las comedias: Ut quid, christiane, habes resumere quod renuntiasti? Aut quid claudicas ambobus genibus? Quid tibi cum pompis diaboli, quibus resignasti? Amator Christi nolle falli: Odit enim Deus tales, nec inter suos cognoscit professores, quos viae suae conspicit desertores. = S. Lorenzo Justiniano *de casto connubio*, c. 4. S. Agustin *lib. de Catech. rud. c. 25. lib. de Past. c. 3. Serm. 14. ad frat. in Eremo, tract. 40. in Joann.*, y en otros muchos lugares donde frecuentemente reprehende á los eclesiásticos que asisten á las comedias, convidando y pervirtiendo con su mal exemplo á los demas. = S. Carlos Borromeo declama continuamente contra las comedias y espectáculos: *Act. Eccles. Mediolan. 1. part. ubi de histrionibus et comicis*. Omíto otras autoridades de los padres así antiguos como modernos, por ser notorias á todo el mundo literato, y hallarse tratadas segun su dignidad

en Pignateli *tomo 8. consult. 153.* = en Cóncina, *de Spectac. theatralib.* y en los demas autores de la sana moral.

(51) Isai. 5. 50. (52) Eccli. 2. 27.

(53) Matth. 19. (54) Ep. 43. olim 161. Sobre lo cual debe tenerse presente el rescripto de Benedicto XIV

que dice así: Satis nobis sit dicere permitti dumtaxat et tolerari, tametsi ægrè, et ad majora vitanda, mala ab Ecclesia Baccanaliorem relaxationes: quemadmodum justo, validoque ratiocinio concludit celebris, priusque theologus Thomas Stapletonius in sua VIII oratione contra Baccanalia tom. 2. Operum pag. 556. Discrimen prætereá magnum esse inter ea quæ præcipiuntur, et quæ tolerantur: *Aliud est quod docemus, aliud quod sustinemus, aliud quod emendare, præcipimur, et donec emendemus, tolerare compellimur*: verba sunt S. Augustini contra Faustum lib. 20. cap. 21. Unde consequitur in rebus dumtaxat toleratis, locum non esse extensioni, et ut eis-

dem uti pro arbitrio valeamus &c. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Majorem die 1. Januar. MDCCXLVIII Pontificatus nostri anno octavo.

(55) Qui die solemnî prætermissò solemnî Ecclesiæ Conventu, ad spectacula vadit, excommunicetur. *Conc. Carthag.* 4. c. 88. Et habetur de consecr. dist 1. in cap. *Qui die*. L. Dominico de Spectaculis in C. Theod. Dominico, qui septimanæ primus est dies, et Natale, et Epiphaniarum Christi, Paschæ etiam Quinquagesimæ diebus, et commemoratio Apostolicæ passionis totius christianitatis magistræ à cunctis jure celebratur; omni theatrorum voluptate per universas urbes earumdem populis denegata, totæ christianorum ac fidelium mentes Dei cultibus occupentur &c. En el imperio del oriente permanecieron las comedias hasta su ruina; pero jamas se permitieron en los domingos ni dias de fiesta. A principios del siglo ix Nicéforo, patriarca de Constantinopla, y

el papa Nicolas I. en su respuesta á los bulgaros año 866 mandaron que no se tolerasen de modo alguno semejantes diversiones en domingos y fiestas de guardar, ni en cuaresma. Focio en el siglo ix, Balsamon, Zonaras, Aristides, hábiles canonistas del siglo xii, repiten esta máxima inviolable como ley eclesiástica y civil. Esta ha sido práctica universal de los cristianos, como se puede ver en Balucio tom. 1. Labé tom. 5, y en Butler tratando del domingo. "Estaba reservada á la ilustracion de este siglo la profanacion de los dias mas sagrados con teatros, comedias, bayles y juntas mundanas."

(56) Exod. 20. (57) Num. 15.

(58) Lib. 1. Confes. c. 4. (59) Hom. 1. in Luc. (60) c. 13. y c. 20 (61) Apolog. num. 87 (62) Apolog. c. 3. lib. de unit. Eccl. (63) *Enarrat.* 2. in Ps. 32. 4. 6. (64) *Conc.* 1. y 3. de Milan. El de Colonia mandó que en estos dias se cerrasen las tabernas,

fondas ú hosterías, y todas las casas públicas en que se comiese, bebiese ó danzase, por ser recreaciones profanas. Lo mismo decretó el de París de 1557. = Teodosio el mayor en 386 prohibió aun á los paganos los ejercicios gimnásticos en días festivos, las carreras de caballos, la caza y la pesca de peces mayores. Teodosio su nieto extendió esta prohibicion á las demás grandes festividades aun á los judíos y gentiles. Igual constitucion expidieron Leon y Antemio. Vid. Butler cit.

(65) 1. Cor. 12. (66) Ad Rom. 12.

(67) Eccli. 22. (68) Isai. 59. (69) cap. 58. (70) Exod. 14. (71) Matth.

18. (72) Ps. 50. (73) Matth. 24.



SERMON

DEL ALUMBRADO Y VELA

DEL SS.^{MO} SACRAMENTO,

hecho para predicarlo á la Real Congregacion de este nombre en el primer dia de su establecimiento en Granada. 1794.

*Et ascendebat ille vir de civitate sua
statutis diebus, ut adoraret.....
in Silo. 1. Reg. 1. 3.*

EXCMO. SEÑOR:

Nunca con mas anhelo desearia estar dotado de la elocuencia y luces del Crisóstomo, que cuando me veo

fondas ú hosterías, y todas las casas públicas en que se comiese, bebiese ó danzase, por ser recreaciones profanas. Lo mismo decretó el de París de 1557. = Teodosio el mayor en 386 prohibió aun á los paganos los ejercicios gimnásticos en días festivos, las carreras de caballos, la caza y la pesca de peces mayores. Teodosio su nieto extendió esta prohibicion á las demás grandes festividades aun á los judíos y gentiles. Igual constitucion expidieron Leon y Antemio. Vid. Butler cit.

(65) 1. Cor. 12. (66) Ad Rom. 12.

(67) Eccli. 22. (68) Isai. 59. (69) cap. 58. (70) Exod. 14. (71) Matth.

18. (72) Ps. 50. (73) Matth. 24.



SERMON

DEL ALUMBRADO Y VELA

DEL SS.^{MO} SACRAMENTO,

hecho para predicarlo á la Real Congregacion de este nombre en el primer dia de su establecimiento en Granada. 1794.

*Et ascendebat ille vir de civitate sua
statutis diebus, ut adoraret.....
in Silo. 1. Reg. 1. 3.*

EXCMO. SEÑOR:

Nunca con mas anhelo desearia estar dotado de la elocuencia y luces del Crisóstomo, que cuando me veo

en la ocasion de persuadir y reconvenir á este numeroso pueblo con una de sus mas estrechas obligaciones, y que mas les interesa. Hablo del alistamiento y puntual observancia de las constituciones de la Real Congregacion del Alumbrado y Vela del Santísimo Sacramento, establecida en esta capital de orden del Soberano (Dios le guarde), y baxo la direccion de V. E. Este establecimiento religioso que debe su origen al espíritu del cristianismo, se ha manifestado en todo su esplendor en nuestros días, renaciendo, para decirlo así, en el agosto seno del monarca. Como el exemplo de los padres es tan poderoso, é influye tanto en los hijos, ha dispuesto la sabia providencia que los augustos soberanos, nuestros padres comunes y señores naturales, imitando á Elcana, este piadoso israelita, que subia en los días señalados por la ley á dar culto á Dios en Silo, hayan erigido esta Real Congregacion, cuyo ins-

tituto es orar continuamente á presencia del Santísimo Sacramento en las iglesias donde circula la indulgencia plenaria de las cuarenta Horas, desde que se descubra su Magestad, hasta que se reserve, velando de dos en dos los congregantes con cirios y por espacio de media hora del dia que elijan en la semana, pidiendo al Señor por la exáltacion de la santa fe católica, por la salud y prosperidad de nuestros amables soberanos y real familia, y por el bien universal de la monarquía. A este fin el mismo soberano ha obtenido de su Santidad muchas indulgencias plenarias, muchas cuarentenas y años de perdon á favor de los congregantes de ambos sexos, que pueden verse en el trasunto de las bulas, que se entregará á cada uno.

Pensamiento saludable y santo concebido y puesto en execucion al tiempo mismo en que muchos pecadores injurian con menosprecio y de propósito

al Santo de los santos. Establecimiento no solo oportuno, sino tambien necesario, para desagruar á Jesucristo Sacramentado de las atroces injurias y calumnias con que le han ultrajado y ultrajan diariamente los impíos. Designio loable, y que en las miras de Dios sirve de explorar en su pueblo cuáles son los que le aman, y cuáles son los marcados con el sello, á lo menos exterior, de la indiferencia por su gloria. Congregacion ventajosa, que dignamente desempeñada, nos pone á cubierto de la ira de Dios que nos amenaza, alistándonos en el número de sus hijos fieles y amigos. Asamblea honorífica y régia, que tiene por objeto emular en esta vida mortal la de los bienaventurados que cantan sin cesar las alabanzas del Cordero de Dios, sacrificado por nuestro amor. Pueblo de adquisicion, gente santa, sacerdocio real, segun la expresion de san Pedro, ocupados continuamente en manifestar las virtudes del que nos sa-

có de las tinieblas á su luz admirable. Congregacion en fin cuyo empleo y exercicio no tanto debeis mirar como una obra de supererogacion ó voluntaria, quanto por una estrecha obligacion del cristianismo; en una palabra: la adoracion que hoy se os recomienda es un homenaje debido de justicia á Jesucristo, é interesante á vosotros: dos reflexiones breves dignas de esta cátedra, de mi objeto y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa mediacion de María santísima. *AVE MARIA.*

Et ascendebat &c.

Cuando hayamos formado una idea competente del Dios que adora nuestra fe en el Sacramento de nuestros altares, conocerémos claramente los vínculos estrechos que nos ligan indis-

liblemente á su culto y adoracion diaria. Abrid esos libros santos, depósito de las verdades del Eterno, y hallaréis los títulos de magestad que nos presenta para exígirnos el continuo homenaje de nuestras adoraciones. ¿A quién venera la fe de la iglesia en este augusto Sacramento, misterio por excelencia, y el mayor de los milagros del Todopoderoso? ¿No es el Soberano de la naturaleza, cuyo trono es mas brillante que el ástro de la mañana, á quien los profetas vieron sostener con tres dedos toda la masa de la tierra, pesar los montes, poner límite á las aguas, extender como un hermoso pabellon los cielos, y poner en equilibrio las montañas? ¿No es aquel Dios grande á quien vió el real profeta alzado monarca sobre la montaña santa de Sion, exerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, del aquilon al mediodía, recibiendo homenages de todos los soberanos, naciones y pue-

blos? ¿No es aquel Dios inmortal que vió el profeta Daniel acercarse al mas anciano de los dias, y recibir de su mano una potencia eterna, y un reyno inmutable compuesto de todas las naciones del mundo? ¿No es aquel que vió S. Juan representado con el título de Rey de reyes, y Señor de los que dominan? ¿No es aquel de quien S. Pablo dice, que Dios ha puesto baxo sus pies todas las cosas, dándole un nombre superior á todo nombre, á quien se deben las adoraciones del cielo y de la tierra, y á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos? ¿No es el Dios fuerte, cuya voz formidable destronca poderosamente los cedros del Líbano, conmueve los desiertos de Cadés, y destruye los robustos de Moab? El Dios triunfador del Faraon de los egipcios, del Baal y Astarot de los samaritanos, de la Astarte de los sidonios, y del Moloch de los ammonitas, de la Diana de los efesios, del

Dagon de los filisteos, del Júpiter de los griegos y de los romanos, del Confucio de los chinos, del Endovelico y Salomona de nuestros antiguos españoles? De una vez, ¿no es el Criador del universo, que sacó de la nada todos los seres visibles é invisibles, y que con su omnipotencia los sostiene? ¿No son estos, os ruego, otros tantos títulos que de justicia exigen nuestras adoraciones?

Así lo concibieron S. Lucas y san Pablo, cuando dirigidos por el Espíritu Santo, nos mandan orar sin intermision ante este Dios celoso de su honra, que se ha reservado todos nuestros homenages, mirando como criminal todo obsequio, toda veneracion, todo amor ácia sus criaturas que no se refiera inmediatamente á él mismo como á centro. Así lo exige de justicia su dominio supremo, en fuerza del cual, aunque superior á nuestras adoraciones, y mas elevado que los cielos, quiere ser adorado de

todas las criaturas en señal de subordinacion y dependencia de su excelencia suprema. Por esto, aunque no necesita de nuestros cultos y homenages, nos intima expresamente: *Amarás á Dios tu Señor, y solo á él adorarás*, que es el primero y máximo precepto de la ley.

A estos títulos de supremo dominio agregad los de su beneficencia ácia nosotros en este augusto Sacramento. ¿Qué es lo que en él veneramos? Al Verbo Eterno humanado, á Jesucristo, único Hijo de Dios, no por adopcion, sino por naturaleza; no por la dignidad de su ministerio, sino por la de su persona; no por una simple semejanza, sino por una verdadera igualdad; no por una simple igualdad de afectos, sino por una verdadera igualdad de esencia; Dios verdadero de verdadero Dios, luz de luz, una sola persona, y sin confusion dos naturalezas; consubstancial al Padre, según la divina; inferior

á los ángeles, segun la humana; nacido segun ésta en tiempo de una Madre virgen; engendrado segun aquella por su Padre celestial desde la eternidad en el esplendor de los santos: Jesucristo, digo, nuestro divino Salvador, que no contento con habernos redimido de la cautividad de la culpa á costa de su preciosa sangre, se dignó á esfuerzos de su amor quedarse sacramentado entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. ¡Qué dignacion! ¡qué abatimiento! ¡qué beneficencia, señores!

En su encarnacion le vimos humillado, ocultando su divinidad baxo la forma de un esclavo; pero aquí se abate, ocultando no solamente su divinidad, sino tambien su humanidad, baxo las especies usuales de pan y vino. En su nacimiento, aunque se humilló á nacer en un pesebre el que hizo de la nada los cielos y la tierra, los ángeles y una estrella milagrosa condujeron á los pastores y á los ma-

gos á rendirle adoraciones en su cueva. Aunque en su muerte no tiene donde reclinarse la cabeza, concurre á manifestar su divinidad la naturaleza toda; pero aquí no se descubre vestigio alguno de divinidad ni de humanidad. Está vivo, pero sin movimiento como un muerto. Aquí, ¡ó Señor! sois el Dios verdaderamente escondido que anunció á los mortales Isaías; nada manifestais de lo que sois en medio de tanta humillacion. Vuestra sacratísima humanidad, que reyna á la diestra del Padre, se reproduce en el altar, pero en un estado celestial é impassible, que la hace existir real y verdaderamente de un modo espiritual, sin la externa extension, toda entera en cada hostia, y hecha la division, toda entera asimismo en cada parte sensible de ella.

¿Y á qué fin tan repetidas maravillas? Para acercarse mas á nosotros, dándonos por alimento su precioso Cuerpo y Sangre por un efecto de su

amor benéfico. Avivad aquí vuestra fe. Dándonos este Cuerpo, esta Sangre adorable, nos comunica al mismo tiempo su alma, su persona, su divinidad, sus perfecciones y atributos; pues siendo estas cosas entre sí inseparables, no puede darnos una sin darnos las demás. ¡Qué bondad de un Dios para con sus criaturas! ¡Qué union tan estrecha entre nosotros y Jesucristo! Si este Señor de magestad hubiera dado permiso al hombre para que le pidiera todo cuanto quisiese, ¿hubiera éste osado jamás llevar tan lejos sus pretensiones y esperanzas? Ni aun Dios mismo pudo hallar en sus tesoros, siendo inestimables é inmensos, cosa mejor que darnos. Siendo tan rico, no tuvo que darnos mas: siendo la sabiduría por esencia, no supo darnos mas; ni pudo darnos mas, siendo omnipotente. ¿Pero qué mas que dársenos á sí mismo por vianda? Avergonzaos aquí, Asueros, Baltasares, Cleopatras y

Calígulas, á presencia de la liberalidad de Jesucristo. Vosotros bien pudisteis hacer una vana ostentacion de vuestros tesoros en suntuosos y espléndidos banquetes, ofreciendo estímulos á la gula y á la sensualidad; mas no daros en alimento á vosotros mismos, como lo executa con nosotros en este augusto Sacramento nuestro adorable Salvador.

Reflexad, os ruego, sobre este gran beneficio, ilustre titulo de la justicia con que exíge nuestras adoraciones. Jesucristo es nuestro alimento, y por este medio venimos á ser una misma cosa con Jesucristo, nos incorporamos con Jesucristo, y en cierto modo quedamos deificados. Jesucristo es nuestro alimento, y por este medio habita en nosotros mismos. ¿Qué nacion hay tan privilegiada, ni á quien tanto se haya acercado Dios, como la nuestra? Jesucristo vino á ser en su nacimiento nuestro hermano, en su vida nuestro maestro y nuestro

médico, en su muerte nuestra redención, en su ascension nuestro abogado, en la venida de su divino Espíritu nuestra fortaleza, en su gloria nuestra recompensa; mas en la Eucaristía es nuestro alimento. Vinculo tan estrecho, que con él muda Jesucristo en sí mismo al que le recibe en gracia, como S. Agustin se explica; comida sacratísima por medio de la cual, segun la expresion de S. Gerónimo, se hace Dios en cierto modo el que le recibe con pureza. ¿No será justo pues corresponder con grafitud á tan extremadas finezas? ¿Podrá un cristiano mirar con indiferencia la satisfaccion de esta deuda en la parte que pueda? ¿Podrá rehusar impunemente dar á Dios lo que es de Dios? ¿Podrá negarle el sacrificio de alabanza, de honor y de accion de gracias por tan inmensos beneficios, principalmente en estos dias lúgubres, en que sus enemigos le cercan por todas partes para agraviarle? ¿Qué hombre de honor

mira con indolencia las injurias de su padre? Si somos obligados en calidad de cristianos á confesar á Jesucristo en presencia de los tiranos á costa de nuestra sangre, ¿no deberémos adorarle siquiera por media hora en un dia de la semana, quando vemos que sus enemigos le cubren de ignominia cada instante? ¿Le desconocerémos como Pedro en el tiempo de la tribulacion y del oprobrio? ¿Ignorais que si no le reconocemos delante de los hombres por el debido homenaje de adoracion y de alabanza, nos negará él mismo delante de su Padre celestial, como lo tiene revelado? ¿Qué nos avergonzamos del evangelio? ¿Rehusarémos alistarnos en la real congregacion de fieles adoradores del Santísimo Sacramento, por miedo de que nos tengan por devotos? respeto abominable de mundanos. ¿No será acreedor á una limosna consagrada al culto aquel Dios de Magestad de quien todo lo hemos recibido? ¿Será justo

que los hijos inviertan todos sus bienes en el lujo de las mesas y del juego, en carrozas, teatros y diversiones públicas, sin cuidar de la decencia, honra y esplendor de su Padre, á cuya liberalidad deben no solamente los bienes mismos de que abusan, sino tambien la vida, la salud y el título inefable de herederos de su reino, y coherederos de Jesucristo? Reflexionad pues, os ruego, sobre el espíritu de la religion que profesais; y conoceréis á primera vista que el instituto de esta congregacion que tiene por objeto adorar al Señor continuamente es un homenaje que se le debe de justicia, y que nos es asimismo sumamente ventajoso.

II. Dos cosas, Excmo. Señor, estimulan principalmente al hombre en esta vida. El honor y el interés; y estos mismos son los dos poderosos motivos que empeñan á todo fiel cristiano á ser congregante del alumbrado y vela del Santísimo Sacramen-

III omoT

to. Oidme sin desmayar. Formados á imagen de Dios, y para gozar de Dios, como herederos de su reino, y hermanos de Jesucristo, somos elevados en las miras del Señor al mas alto grado de honor y de grandeza. Cuando le veamos como es en sí mismo, seremos grandes en su corte, le mereceremos toda su confianza, y unidos íntimamente con Jesucristo, cantaremos eternamente sus alabanzas en transportes de gozo y de alegría. Mas no podemos recibir este honor en la patria celestial, sin haber sido antes grandes y confidentes suyos sobre la tierra. No hablo de la grandeza y honores mundanos que tanto aprecia el siglo, y que delante de Dios son como si no fuesen, y todo vanidad: hablo del honor y grandeza de los hijos de Dios, y fieles siervos suyos, que los hace acreedores á su amor y benevolencia, á su estimacion y confianza. Estos son principalmente aquel pueblo de adquisicion y dis-

tinguido, aquella generacion santa y real sacerdocio, ocupado siempre en las alabanzas de su Criador, segun la sentencia de S. Pedro. Para anticiparles Dios en esta vida el honor y grandeza que les destina en la eterna, se dignó con admirable sabiduría instituir este adorable Sacramento, para hacer de este modo cielo de la misma tierra, como el Crisóstomo se explica, estableciendo en ella por medio de este misterio la corte de sus grandes, de sus verdaderos y mas distinguidos ministros.

A este fin, y queriéndonos infundir mas confianza, se humilla tanto y se anonada en este Sacramento, para que libres ya de los rayos del Sina, de las llamas del monte Oreb, y de la espada del querubin custodio del paraíso, pudiesemos acercarnos á su trono, y dirigirle á boca nuestras súplicas. Su alcázar no está rodeado de guardias como el de los reyes y poderosos de la tierra. A todos es fa-

cil el acceso; y aun este Dios de bondad nos llama frecuentemente, y nos convida. Oid sus dulces y amorosas palabras: venid á mí todos los que estais afligidos, que yo os consolaré: acercaos á mí, y yo os engrandeceré: venid, aunque esteis enfermos, venid á mí, yo os curaré; pues los sanos no necesitan de médico, sino los dlientes; ni yo vine á llamar justos, sino pecadores: y es tanto el gozo de mi corte celestial cuando uno de estos recibe la estola de la gracia, insignia de mi grandeza, que excede al de noventa y nueve justos que no han menester penitencia. Venid, llegad con entera confianza, que sereis oidos: pedid cuanto querais, y se os concederá: si vuestros pecados excedieren á las arenas del mar, en cualquier momento que clameis por el perdón en mi presencia, os oiré, os echaré los brazos al cuello, os recibiré á mi gracia, os haré grandes de mi corte... ¿Qué mas? Olvidado casi de mi

soberanía por el amor que os profesó desde el momento de la institución del misterio inefable de mi Cuerpo y Sangre, no os llamaré ya siervos ni vasallos, sino amigos íntimos y confidentes, á quienes nada de mis secretos reservo.

¡Qué honor, qué dignidad, cristianos! ¡Qué grande de la tierra oyó jamas semejantes expresiones de confianza, de distincion y de amor de boca de su soberano! ¡O Señor y Dios mio! ¿quién es el hombre, ó qué has visto en él que tanto le engrandeces? Porque tengo, dice, mis delicias en estar con los hijos de los hombres; por eso me quedé con ellos sacramentado hasta la consumacion de los siglos, para honrarlos en vida con mi presencia y amistad, y coronar despues de gloria á los que me adoran hasta el fin.

Hé aqui, Excmo. Señor, el mayor interes á que podemos aspirar en esta vida, y el fin para que fuimos cria-

dos. La bienaventuranza, este dón perfecto de todos los bienes, este torrente de alegría y regocijo espiritual, que será eterno como Dios, y que consiste en gozarle, viéndole clara y distintamente como es en sí por toda la eternidad, este es el galardón, el premio y la corona que nos espera por retribucion de nuestras adoraciones al Santísimo. ¡O cuán á poca costa podemos ser felices!

El hombre de negocios que pretende enriquecerse sonda los mares, atraviesa los valles y los montes, mina las entrañas de la tierra, fatiga su imaginacion formando cálculos, sacrifica el sueño y el reposo, y expone no rara vez su propia vida con el fin de adquirir ó aumentar unas riquezas que propiamente son espinas que punzan, inquietan y desvelan, y que además de ser perecederas y caducas, ni le pueden relevar de su miseria, ni servirle de otra cosa que de lazo y de tormento en la hora de la muerte; por-

que los que pretenden ser ricos, como dice S. Pablo, caen en la tentacion, en el lazo del diablo, en muchos deseos vanos y nocivos, que los conducen á la perdicion y al abismo.

Mas, ¡ó alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios! Si deseais, hermanos míos, ser verdaderamente ricos, dice S. Gregorio, amad las verdaderas riquezas. ¿Y cuáles son estas? Oid á S. Pablo: "A mi, dice, que soy
 »el menor de todos los siervos de Dios,
 »se me ha concedido la gracia de evangelizar las riquezas investigables de
 »Cristo, y la de enseñar á todos la
 »dispensacion del Sacramento escondido en todos los siglos." Y hablando á los colosenses, dice: "Quiero
 »instruirs en la caridad y en todas
 »las riquezas de la plenitud del entendimiento, para que conozcais el misterio de Dios, Padre de Jesucristo,
 »en quien estan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia." Si este Señor pues es nuestro

tesoro, y donde está este está nuestro corazon, segun el evangelio, dexad ya de atesorar el oro y la plata corruptibles, y atesorad en el cielo sin peligro de polillas ni de ladrones; vedad continuamente sobre la conservacion de este tesoro indefectible, que encierra todas las delicias, y cuyo depósito se nos ha entregado como prenda inestimable de la bienaventuranza: riquezas verdaderas, que son las que únicamente pueden hacernos felices en vida y muerte, y que podemos adquirir con mucha facilidad. Esta es, señores, nuestra profesion; este nuestro verdadero interes; este es el fin para que Dios nos crió; esta la eterna ocupacion de los bienaventurados; este finalmente el precepto que impuso Dios á todos los ángeles cuando envió á su Unigénito al mundo. ¿Mas qué digo? ¿No adoran en el modo posible todos los entes irracionales á este Cordero inmaculado como á su Criador? ¿Será únicamente el hombre en-

tre todas las criaturas del universo el que no reconozca su dominio supremo, sus inmensos beneficios, la grandeza á que ha sido elevado por medio de este augusto Sacramento, ni los verdaderos intereses que han de resultarle si le adora en espíritu y verdad? Nada menos.

Confesemos pues de buena fe que por todos estos títulos debemos de justicia á Jesucristo Sacramentado el continuo homenaje de nuestras adoraciones y culto; principalmente en este tiempo de prueba, en que todos sus enemigos han levantado la cabeza para injuriarle abiertamente en su persona, en sus misterios, en su iglesia, en sus ministros, en su gerarquía, y en sus legítimas potestades. Es necesario pues alistarnos baxo sus banderas, para militar en defensa de su honor. Es necesario desarmar con nuestras oraciones públicas y continuas la justa cólera con que quiere castigar al mundo por sus pecados

públicos. Es indispensable declararnos ya, si somos partidarios de Dios Sacramentado ó del siglo corrompido. Si Baal es vuestro Dios, os diré con el profeta Elías, seguidle, y si no es Dios, seguido al verdadero Dios.

Por lo que á nosotros hace, ó Señor de toda bondad, llegó la hora, y es esta misma, en que nos declaramos por verdaderos adoradores de vuestra soberanía en espíritu y verdad; porque tales son los que buscáis. Desde este momento renunciamos del cuerpo del pecado, y cargamos de anatemas á los que declinaren de vuestras sendas. Vos solo sois nuestro Dios, nuestro auxilio y nuestro Padre. Si todas las furias del abismo conspirasen contra vuestro pueblo, Vos sois nuestro escudo fuerte, nuestro seguro asilo, y toda nuestra confianza; y usando de la que debemos á vuestra dignacion, nos atrevemos á pedir consoleis la dura afliccion que padece nuestra Ma-

dre y esposa vuestra immaculada la
 iglesia universal. Oid cómo se lamen-
 ta con el profeta Habacuc: "¿Hasta
 "cuándo, Señor, gemiré sin que me
 "oigas? ¿Hasta cuándo dirigiré á
 "Vos mis lamentos en el exceso de
 "los males que padezco, sin que me
 "libreis? ¿Por qué me habeis reducido
 "á no ver mas que iniquidades, la-
 "mentos é injusticias? Todas vues-
 "tras leyes han sido trastornadas, el
 "malo oprime al justo, y todos sus
 "juicios son siempre contrarios á la
 "verdad. ¡O Dios! ¿por qué habeis
 "arrojado la casa de Israel? ¿Por qué
 "se ha encendido vuestro furor con-
 "tra las ovejas de vuestro rebaño?...
 "Acordaos, os rogamos con David,
 "acordaos de vuestra iglesia, que ha-
 "beis poseido desde el principio. Vos
 "mismo redimisteis vuestra herencia,
 "la montaña santa de Sion, donde os
 "dignasteis habitar. Levantad el bra-
 "zo para abatir el orgullo de vues-
 "tros enemigos. ¡Ah! ¿cuántos crí-

"menes han cometido en vuestro san-
 "tuario? Ellos han fixado su estan-
 "darte sobre el templo, sin conocer
 "la impiedad que cometian: ya no
 "vemos los milagros de proteccion que
 "haciais aparecer otras veces. ¿Hasta
 "cuándo, Dios mio, nos insultará el
 "enemigo? ¿Hasta cuándo irritará
 "vuestro santo Nombre? Como un ja-
 "valí del desierto ha destruido nuestra
 "heredad. Dios de los exércitos, con-
 "vertíos ácia nosotros, miradnos des-
 "de lo alto del cielo, y visitad vues-
 "tra viña. . . . ¿Dónde estan, Señor,
 "vuestras antiguas misericordias?...
 "Levantaos, juzgad ya vuestra cau-
 "sa: contened el furor de vuestros
 "enemigos: conmoved el desierto de
 "sus corazones con vuestra voz om-
 "nipotente; atraedlos á vuestro re-
 "baño, para que os conozcan, os
 "amen, y confiesen con nosotros que
 "sois el Cordero immaculado, el Rey
 "inmortal, á quien se debe el ho-
 "nor, la fortaleza, la adoracion y

„perpetua accion de gracias por to-
dos los siglos de los siglos.” Amen.

DIXE.



ELOGIO
ACADEMICO

Á LA BUENA MEMORIA

DEL SR. D. FERNANDO MAGALLÓN,
Caballero de Malta &c.

*Omnia sunt hominum tenui pendentia
filo, et subito casu, quæ valere ruunt.*
Ovid. lib. IV. de Pont.

Si la vida de un hombre benemé-
rito del estado y de la sociedad debe
ser para nosotros honorífica y apre-
ciable en todo tiempo, no puede de-
jar de sernos muy sensible su pér-
dida, ni este real cuerpo podía sin

„perpetua accion de gracias por to-
dos los siglos de los siglos.” Amen.

DIXE.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ELOGIO
ACADEMICO

Á LA BUENA MEMORIA

DEL SR. D. FERNANDO MAGALLÓN,
Caballero de Malta &c.

*Omnia sunt hominum tenui pendentia
filo, et subito casu, quæ valere ruunt.*
Ovid. lib. IV. de Pont.

Si la vida de un hombre benemé-
rito del estado y de la sociedad debe
ser para nosotros honorífica y apre-
ciable en todo tiempo, no puede de-
jar de sernos muy sensible su pér-
dida, ni este real cuerpo podía sin

una especie de ingratitud reprehensible pasar en silencio la buena memoria de uno de sus mas illustres amigos. No es pues de extrañar haya resuelto celebrar con elogio la memoria del señor D. Fernando Magallón, tan recomendable por sus grandes servicios á la monarquía y á la sociedad; digno ciertamente de que cantase un Homero sus alabanzas. Si en efecto nuestro socio hubiera sido tan amante de gloria como Mario Rusticano, Pompeyo Magno, ó Decio Bruto, no hubieran faltado Flocios, Theofanes y Accios que quisieran immortalizarse en sus escritos. Pero su moderacion le puso siempre lejos de desear elogios, y libre totalmente de espíritu de philautia: persuadido altamente que en lugar de mendigar alabanzas de almas serviles y venales, debía incesantemente trabajar en acumular méritos que le hiciesen digno de la religion y de la sociedad. Este modo de pensar que se dexaba ver en sus obras

con frecuencia me ofrecia un vasto campo para formar el panegírico de sus honras, si fuera éste mi ánimo, ó de mi instituto. Mas como éste se limita á un elogio académico en obsequio de sus cenizas, para que jamas falte en este real cuerpo la buena memoria de individuo tan recomendable, me contento con tirar algunos rasgos sobre su amor á la patria y servicios á la sociedad.

Nació pues nuestro socio en Tazona, ciudad del reino de Aragon, de una familia nobilísima desde la mas remota antigüedad, y que parece haber vinculado los talentos y la fidelidad á sus soberanos. La benignidad del clima, la fertilidad del terreno, la vigilancia de sus padres sobre su educacion, junto con la bella índole de su naturaleza y con su gran docilidad, todo parece haber contribuido á la formacion de este héroe de la patria y de la sociedad, en cuya infancia se dexaron ver luego

rasgos de maduréz, y aun de prudencia consumada. Sus padres, admirando en este jóven señales nada equívocas de un fino discernimiento, de un ingenio vivo y perspicáz, de una rectitud de ideas, y de una aplicación sin límites, animados de un celo patriótico, le enviaron á seguir la carrera de sus estudios á la universidad de Huesca, célebre desde los tiempos de Sertorio. Aquí echó nuestro D. Fernando los profundos cimientos de su patriotismo. Baxo la disciplina de grandes maestros le vimos poseer en breve el derecho civil y canónico, estas dos basas del santuario y de la monarquía. En estas nobles facultades vió el maravilloso enlace que entre sí tienen en su origen las leyes del reino con las de la iglesia, y cómo se dirigen de común acuerdo á promover la felicidad del estado, y el aumento de la religion. Aquí aprendió los medios de hacerse útil al santuario y á la monarquía,

ocupación la mas digna, ó por mejor decir, la única que debe llenar la atención de un ciudadano honrado.

Con este fin se aplicó despues al estudio de las lenguas francesa, inglesa é italia, que llegó á poseer con tanta perfeccion como la castellana y la latina. Con tan bello subsidio y con la griega, esta madre fecunda de las artes y de las ciencias, adelantó mucho sus conocimientos. Por medio de estos idiomas cultos, en que han escrito tantos sabios en los últimos siglos, logró hacerse familiares sus adelantamientos en las ciencias, y penetrar hasta el fondo de su política, facultad que le robaba siempre la atención por su amor á la patria; y queriendo serla útil se aplicó con indecible teson al derecho público, haciendo un gran capital y un fondo inagotable de los tratados, alianzas é intereses de los soberanos. Ademas de los de Westfalia, Munster, Osnabruch, Utrech, con otros menos célebres en Europa, meditaba la

policía de los antiguos y el origen de las monarquías, imperios y repúblicas, sus progresos, su emulacion, sus guerras, sus negociaciones, su decadencia, su restablecimiento, su industria, su comercio, su ruina. ¿Qué de profundas reflexiones sobre la oposicion entre Atenas y Lacedemonia, entre los romanos y los griegos, entre aquellos y los albanos? ¿Qué medidas, qué de arbitrios no le sugeria su prudencia y su política en orden á la navegacion y comercio, estos dos poderosos resortes de la prosperidad de un estado? ¿Qué interes no tomaba en promover los de su soberano, y con ellos los de la monarquía? Digalo el celo que mostró en la expedicion de los negocios desde que por real decreto de 15 de abril de 1758 se le confirió la plaza séptima de oficial de la primera secretaria de estado y del despacho. La corte de Londres hubiera sido testigo fidedigno de su talento político, si hubiese tenido efecto el nombramiento de secretario de

embaxada cerca de aquel soberano, que le fue conferido á principios del año 1763. Mas no pasó á aquella capital por haberse quedado en París sirviendo el mismo empleo de secretario de embaxada. ¿Con qué fidelidad y destreza no manejó los negocios de nuestro monarca en la corte de París, de que fue encargado por tres veces; una desde que vino el señor Grimaldi en 1763 á servir el ministerio de estado hasta que fue de embaxador el Excmo. Señor conde de Fuentes; otra en los años 1765 y 66 mientras vino á España con licencia dicho Señor conde; otra finalmente desde que éste dexó aquella embaxada, hasta que fue á servirla el Excmo. Señor conde de Aranda en octubre de 1773; y siempre con igual integridad.

Este celo por la patria, esta fidelidad á su soberano, le hacian sin duda acreedor á las mayores recompensas, principalmente baxo el reinado de un monarca tan liberal, tan justo apre-

ciador del mérito, tan amante de los literatos y de los que trabajan por la patria. En consecuencia le vimos bien presto remunerado con la gracia de ministro de la real junta de comercio y moneda, empleo que obtuvo por real decreto de 7 de julio de 1766; y por otro de 24 de junio de 1773 fue nombrado ministro del supremo consejo de Indias.

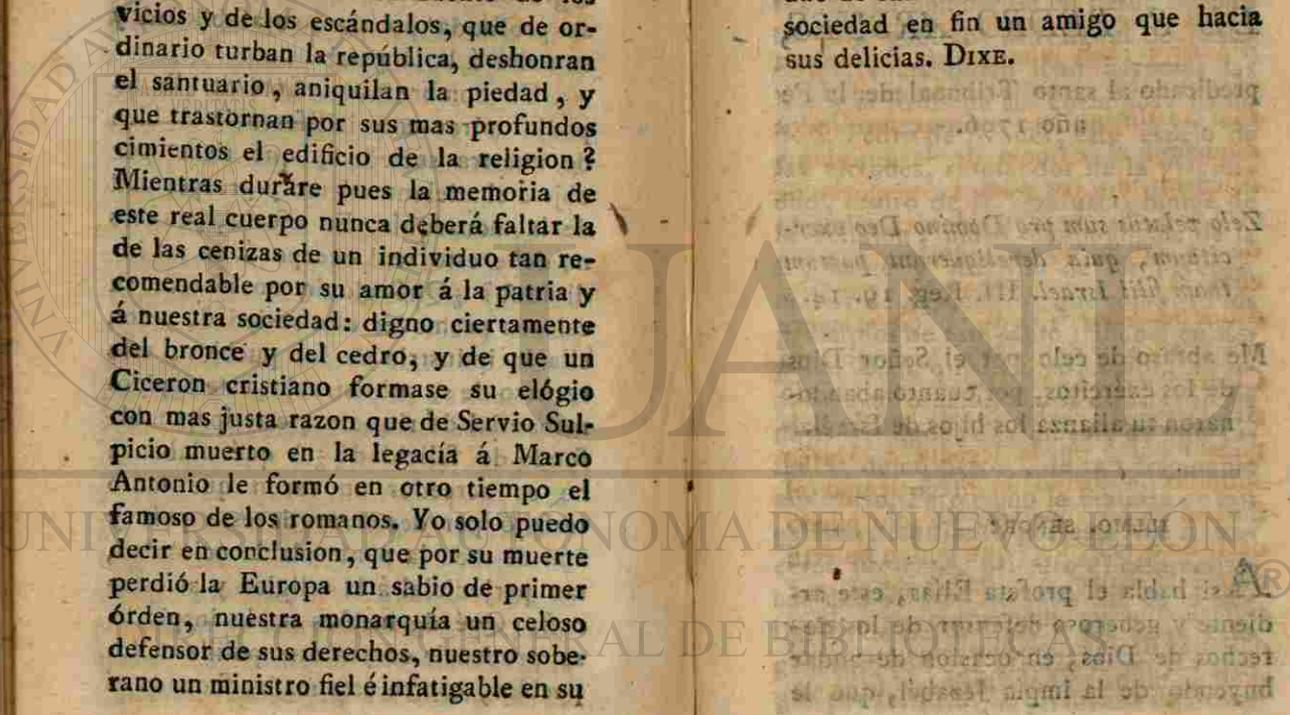
No satisfecho aún el ánimo generoso de nuestro soberano (Dios le guarde), por su real decreto de abril de 1780, con retención de dicha plaza, se dignó nombrarle su ministro plenipotenciario en la corte de Parma. Pero Dios, en cuya mano está el número de nuestros días, dispuso con adorable providencia que falleciese á poco tiempo. Su contextura delicada, su constitución endeble y enfermiza, debilitada con sus graves y continuas tareas, le atraxeron un flujo de sangre, que burlando todas las medidas del arte, le quitó la vida en 14 de diciembre de

1781 en la edad temprana de 56 años, con sentimiento universal de aquella corte, de la de España y de cuantos lograron conocer su vasta erudición, su profunda política, su afabilidad y su amor á la patria.

Un hombre tan amante de ella no podía mirar con indiferencia el bien de nuestra sociedad, que tiene por objeto el adelantamiento y prosperidad de la monarquía. En efecto, ¿cuánto no debe este real cuerpo á un tal individuo? ¿Qué elogio no merece su celo en promover esta sociedad, y con ella la industria de los pueblos; este recurso de su subsistencia, este copioso manantial de riquezas, este inagotable fondo de felicidad? ¿A qué alabanza no es acreedor un varón que tanto trabajó por desterrar de este país y aún de toda la península la ociosidad, tan perjudicial á la religión y al estado? ¿Qué de medios no le inspiraba su prudencia contra esta polilla de los pueblos, contra esta madre fecunda é

infame de la miseria y la indigencia, contra este monstruo de la república, contra este origen de su decadencia y su ruina, contra esta fuente de los vicios y de los escándalos, que de ordinario turban la república, deshonoran el santuario, aniquilan la piedad, y que trastornan por sus mas profundos cimientos el edificio de la religion? Mientras durare pues la memoria de este real cuerpo nunca deberá faltar la de las cenizas de un individuo tan recomendable por su amor á la patria y á nuestra sociedad: digno ciertamente del bronce y del cedro, y de que un Ciceron cristiano formase su elógió con mas justa razon que de Servio Sulpicio muerto en la legacia á Marco Antonio le formó en otro tiempo el famoso de los romanos. Yo solo puedo decir en conclusion, que por su muerte perdió la Europa un sabio de primer orden, nuestra monarquía un celoso defensor de sus derechos, nuestro soberano un ministro fiel é infatigable en su

servicio; la patria un promotor incansable de su felicidad, los literatos un Mecenas, las academias de esta corte uno de sus mas ilustres miembros, la sociedad en fin un amigo que hacia sus delicias. DIXE.





SERMON
DE S. PEDRO ARBUÉS,

predicado al santo Tribunal de la Fe
año 1796.

Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum, quia dereliquerunt pactum tuum filii Israel. III. Reg. 19. 14.

Me abraso de celo por el Señor Dios de los exércitos, por cuanto abandonaron tu alianza los hijos de Israél.

ILLMO. SEÑOR:

Asi habla el profeta Elías, este ardiente y generoso defensor de los derechos de Dios, en ocasión de andar huyendo de la impía Jezabél, que le

perseguia de muerte por haber quitado él la vida á los falsos profetas de Baal; y las mismas palabras no dudo repetir en nombre de un héroe promotor infatigable de la religion de Jesucristo, sobre quien iban á recaer las iras y el furor de sus enemigos; hablo de S. Pedro de Arbués, este espejo de las virtudes, resplandor de la virginidad, tesoro de la sabiduría, honor de la religion, muro inexpugnable de la fe, azote y martillo de los hereges, mártir de Jesucristo, que consagró los principios de este santo tribunal en España. Bien quisiera yo, señor, abrazar en mi oracion todos estos grandes objetos, dignos ciertamente de esta cátedra, de mi héroe, y de tan respetable auditorio. Pero como la materia es tan extensa, me limito por esta vez á hacer presente, primero el celo activo con que sostuvo los intereses de la religion de Jesucristo; segundo el celo generoso con que ofreció su propia sangre por testificar la divinidad de Jesu-

cristo. Dos breves reflexiones que forman su mayor elógio, y van á ser el objeto de vuestras atenciones y de mis endeables conatos. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. *Ave Maria.*

Zelo zelatus sum &c.

Por poco que reflexemos sobre la preciosa vida y muerte de S. Pedro de Arbués, le admiraremos ciertamente como un héroe célebre del cielo de la religion. Dios, que con infalible providencia se propuso desde luego dirigir y conservar su iglesia desde Abél justo por todas las edades hasta la consumacion de los siglos, á pesar del poder de las tinieblas, ha producido de tiempo en tiempo aquellos personajes ó instrumentos que, aunque débiles en sí mismos, han sido executores

invencibles de su eleccion divina y sus designios.

Abrid esos libros santos, depósito de las voluntades del Eterno, y hallaréis ilustres testimonios de esta verdad: veréis, digo, á un Moisés, á un Josué y á los Davides formados á la medida del corazon de Dios, triunfar gloriosamente de sus enemigos, postrado por tierra al egipcio, al geteo, al amorréo, al fereceo, al jebuséo, al filistéo; veréis, repito, á los Elías, Eliséos y Bautistas que, aunque vestidos de pieles, hacen temblar á los monarcas sobre el trono, y sostienen con celo la causa de su Dios: veréis, para abreviar, á doce hombres que, aunque pobres, groseros, ignorantes, bárbaros, como los nombra el Crisóstomo, sin armas, sin equipage, sin pactos, sin alianzas, fiados solamente en Jesucristo, cuyo adorable Nombre predicaban, destruyen los templos de las insulsas divinidades del gentilismo, postran los ídolos, der-

riban las aras, hacen enmudecer los oráculos, y enarbolando el estandarte de la Cruz, objeto hasta allí de escándalo para los judíos y de necedad para los gentiles, aunque á costa de su propia sangre, sujetan en breve tiempo á la fe del Crucificado al egipcio misterioso, al cínico arrogante, al griego supersticioso, al indio feroz, al romano altivo, al scita bárbaro, al persa voluptuoso; de una vez, al universo, que sumergido en los mas horrendos crímenes y en las mas espesas tinieblas de idolatría y de ignorancia, fué por su ministerio conducido á la admirable luz de Jesucristo. Así ha velado siempre este Custodio de Israel sobre el honor de su Padre Celestial, y los intereses de su augusta casa, esta montaña de Sion, montaña de Dios, montaña santa, donde habita el Señor con complacencia, y donde ha fixado sus delicias.

Baxo este mismo plan de economía

se dignó Dios suscitar en el siglo xv á S. Pedro de Arbués, este nuevo Elias de los últimos siglos, que supo sostener con vigor la causa del Señor contra los potentados de la tierra; este nuevo Gedeon, que supo erigirle altares sobre las ruinas de Baal; este nuevo Esdras en fin, que contribuyó con piadoso celo á que la pureza interior del santuario correspondiese á su exterior magnificencia. Como Dios le destinaba para muro inexpugnable de su religion, le dotó desde luego de aquellos dones que con arreglo á su eleccion divina debian hacerle digno de tan alto ministerio, conforme al pensamienso de S. Bernardo. Profundidad de talento, dulzura de trato, gracia y circunspeccion en las palabras, integridad de costumbres, modesto, casto, religioso, enemigo declarado de la simulacion y la mentira, todo concurría en Arbués para ser agradable á Dios y á los hombres. Sus padres que concibieron desde lue-

go bien fundadas esperanzas de la docilidad de sus inclinaciones y despejo de sus luces, le aplicaron á los estudios, donde brevemente hizo los mas rápidos progresos. La santa teología fue el blanco de sus desvelos literarios. Las sagradas escrituras, los concilios, los padres vinieron bien presto á serle familiares, y adquirió conocimientos tan profundos, que todos los contemporáneos le consultaban como á oráculo sobre los puntos mas árdulos de la religion y de la moral cristiana.

Con el deseo de que fuese útil á la iglesia le alistaron sus padres en el colegio mayor de Bolonia, este gran teatro de ciencia y de virtud en todos tiempos, que tantos héroes ha dado al santuario y tantos varones ilustres al estado. Aquí difundía este hermoso lumínar sus rayos, aquí comunicaba sus brillantes luces, aquí edificaba con sus operaciones, aquí instruía con sus raros exemplos de modestia, de retiro, de oracion, de

silencio, de austeridad, de penitencia: aquí ensayaba su celo por los intereses de Jesucristo. Dolíale mucho ver á este divino Salvador desconocido de unos y despreciado de los mas: ni podia mirar con indiferencia que los enemigos de la religion atraxesen los verdaderos israelitas con engaños á los campos de Moab. Levantaos, Señor, decia con David, levantaos, y juzgad vuestra causa.

Asi pensaba nuestro Arbués mientras la divina Providencia le proporcionaba por instrumento digno de su gloria. Sus méritos sobresalientes y no el espíritu de partido le elevaron á la magistral de Zaragoza. Colocado asi en el santuario, lejos de mirar esta dignidad como escala para otras de mayor gerarquía, la consideró desde luego como un vínculo estrecho, que indisolublemente le ligaba á los intereses de su Dios. ¡Qué asistencia tan puntual á las funciones de su empleo! ¡qué aplicacion tan constante á la re-

gencia de su cátedra! ; qué generoso desinterés en la percepción de sus gruesas rentas! ; qué singular distribución de ellas en el culto de Dios y alivio de sus pobres! ; qué afán por la conversión de los pecadores á verdadera penitencia, y por la reducción de los infieles y hereges al gremio de la santa iglesia! ; qué de oraciones, qué de sacrificios, qué de limosnas, qué de austeridades no consagró Pedro á este propósito! Mas estos son solo ensayos de su ardiente celo por la religion. Todos sabeis, señores, que á fines del siglo xv, época memorable para España, establecieron los reyes católicos, no menos herederos de la sangre y cetro que del celo de Recaredo, este santo tribunal de la Fe, para que inquiriese y concluyese las causas de la religion, sin permitir que en estos vastos dominios se creyera ni enseñara otra fe que la de Jesucristo que nos intima la iglesia romana, centro de la unidad. Pensamiento santo,

decreto saludable, que al paso que promueve la honra de Dios, nos atrae su alta proteccion, y nos hace dignos de la mas sobresaliente gloria en los anales de la prosperidad. En este establecimiento, que tanto han blasfemado los enemigos de Jesucristo y los políticos artificiosos, que solo se conducen por las miras humanas, fue señalado nuestro Arbués como uno de los primeros inquisidores del reino de Aragon. Hé aqui á nuestro héroe puesto por Dios, que manda el corazon de los reyes, en la ocasion de satisfacer su ardiente celo por los intereses de su casa.

¿Que no tenga yo la elocuencia de un Crisóstomo para representar al vivo el corazon de este nuevo apóstol y los esfuerzos de su celo? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre que pasaba el día en el trabajo y la noche sin reposo, que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al

socorro de los pobres, al alivio de los enfermos, á disputar con los hereges, y á confundir á los judíos? Esta generacion pérfida, manchada con un horrendo deicidio, se habia multiplicado tanto en estos dias, que cundiendo á manera de cáncer infestaba ya una gran parte de la península; pues en solo el arzobispado de Sevilla, por donde se empezó la Inquisicion de estos reinos, se condenaron, segun algunos, mas de cien mil personas por hereges judaizantes, contándose á proporcion en los demas reinos y provincias; objeto lúgubre para Pedro de Arbués, que devoraba en sus deseos la conversion de todos ellos. ;Qué de ardidés por ganarlos! ;qué de disputas secretas, qué de conferencias públicas, qué de amonestaciones paternales, qué de reprehensiones severas no empleaba antes que el rigor de las leyes! La gracia de Jesucristo, que animaba su celo, le instruía en la fortaleza y suavidad de que deben estar dotados los

jueces, para asemejarse á Dios, en cuyo nombre exercen la autoridad.

;Mas quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su celo y su constancia? ;Cuántas veces no pusieron los judíos asechanzas á su preciosa vida? ;Qué de obstáculos no se presentaban diariamente á su celo, ya de parte de los enemigos de la religion, ya de algunos políticos, grandes y publicistas, que adoptando incautamente las máximas de aquellos baxo pretextos capciosos y razones especiosas de estado, pretendian impedir por todos medios el exercicio de este santo tribunal, dexando la puerta abierta baxo el velo de la libertad de la patria y bien de la monarchía, al judaismo, al error, al libertinage, á la mentira, como si hubiera algun bien comparable al honor de Dios, á la pureza de su culto, á la integridad de su fe, á la observancia de su ley santa; ó como si todos los bienes y tesoros del mundo no debieran sacrificarse á la gloria de Je-

sucristo y bien de nuestros hermanos?

Pero nada fue capaz de impedir su vigilancia y celo por la religion. Ni la hambre, ni la sed, ni la tribulacion, ni los oprobrios, ni las persecuciones, ni la ingratitude, ni las asechanzas de sus enemigos, ni los esfuerzos de los poderosos pudieron apagar, ni aun disminuir ó resfriar la ardiente caridad que inflamaba su celo. ¡Qué hermosos, ¡ó Dios mio! fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes celestiales! ¡Qué de preciosos frutos no produjo en el ameno campo de vuestra iglesia! No digas ya, esposa del Cordero, no digas ya que estas desierta: dexa esos vestidos de viudez y de luto: adórnate con los de gala y alegría á vista de este hijo que añade tantas conquistas á tu gloria, tantos trofeos al honor de tu Esposo. Pedro habla, y todo parece mudar de semblante en el reino de Aragon. La injusticia, la impureza, la irre-

ligion, la usura, la mala fe, la heregia, todo enmudece á presencia de Arbués.

II. Asi trabajaba nuestro héroe mientras el Señor le proporcionaba para manifestar al mundo cristiano que no era su celo menos constante en muerte que habia sido officioso en vida. Renovad aqui vuestra atencion: Dios quiere ser glorificado en sus obras. Atendido el plan de economía que Dios se ha dignado revelar á su iglesia, parece que S. Pedro de Arbués debia ser víctima de su celo para solidéz de este santo tribunal de España. En efecto, si Jesucristo nuestro adorable Salvador es la piedra angular de la iglesia, este primer edificio de su honor, ¿no fue conveniente la regase con su preciosa sangre para que las puertas del infierno no puedan prevalecer contra ella? ¿No fue necesario, segun la sentencia de S. Pablo, sellar este divino testamento con la muerte del Testador? ¿No fue asi-

mismo conveniente que los apóstoles y discípulos testificasen con su sangre la divinidad del Crucificado, en calidad de piedras subalternas del santuario, para que apoyadas y sostenidas sobre la piedra fundamental, que es Jesucristo, hiciesen eterno el edificio? ¿Por qué, os ruego, no nos será permitido trasladar con las debidas proporciones estas mismas ideas á S. Pedro de Arbués en orden á la Inquisicion de España? Convenia en efecto que uno de sus primeros y mas distinguidos miembros fuese víctima de su ministerio para exemplo, consuelo, defensa, escudo y muro inexpugnable de los demas. Asi lo acreditó el efecto.

A pesar de la dulzura de Arbués y de sus entrañas de amor para con todos, los judíos siempre tenaces y protervos contra el Salvador, cuya gloria y divinidad él sostenia, hicieron para perderle diferentes conciliábulos. ¿Qué hacemos, decían, á imi-

tacion de sus padres, hablando de Jesucristo, qué hacemos con este hombre maravilloso? Todo el mundo le aplaude, todos le siguen con descrédito de la sinagoga. El judaismo va á caer por tierra, y vamos á ser arrojados de un reino que siempre hemos mirado como fondo principal de nuestro comercio y manantial de nuestras riquezas. Conviene ante todas cosas quitar la vida á Pedro de Arbués, y que trabajemos por envolver en su ruina á los demas ministros de este tribunal que nos persigue, solicitando su extincion por medio de los poderosos, de los intereses y razones de estado. Tal era el espíritu y el errado escrutinio de estos conciliábulos de malignidad. No ignoraba Pedro que los enemigos de Jesucristo conspiraban contra su vida; ni se le ocultaba el permiso que tenia del mismo Salvador para huir á otro lugar donde no le persiguiesen. Mas considera que su Maestro y Redentor, lejos de huir,

en semejantes circunstancias salió al encuentro á los que le buscaban. Nada mas dulce para este corazon inflamado de celo, que la idea de morir por Jesucristo. Devora en sus deseos la corona del martirio, y nada apetece con mas ánsia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Frecuenta el santuario, la oracion, las penitencias, los trabajos de su apostólico ministerio; pues nada es capaz de satisfacer el ardor de su celo.

Los judíos por su parte solo buscaban ocasion de executar sus malvados designios; y una noche cuando el clero de la santa iglesia cantaba los maytines entró el Santo en el templo á orar segun su costumbre; y al decir aquellas palabras: *Quadráginta annis proximus fui generationi huic...* por espacio de cuarenta años estuve cerca de esta generacion pérfida, que siempre yerra de corazon; le rodearon los conjurados y le dieron muchos golpes

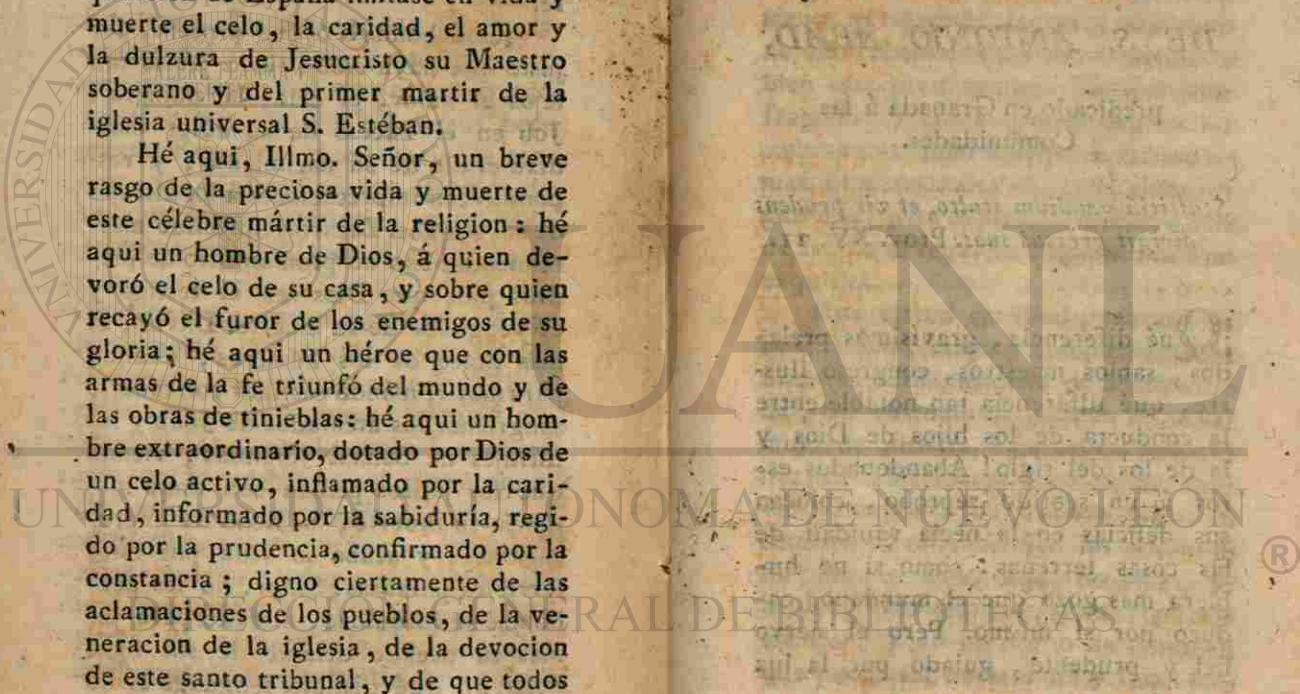
mortales, sin que se oyese otra expresion en sus labios, que loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe.

¿Qué hombre ó qué profeta, por justo que haya sido, llevó jamas tan lejos el amor, el celo, la dulzura? Job en el exceso de su dolor maldixo el dia de su nacimiento, y respondió con imprecaciones á los ultrajes de sus amigos. Zacarías oprimido mortalmente baxo un promontorio de piedras pide que Dios sea el testigo y el vengador de su muerte. David, el mas dulce de los hombres, estando para morir, mandó castigar con muerte sangrienta los atentados de Joab y los ultrajes de Semei. Jeremías, viendo que los judíos pedian con tanta instancia su muerte, los llenó de imprecaciones, y acabó su vida por estas terribles palabras: Señor, no les perdoneis su iniquidad, ni falte para jamas su pecado delante de sus ojos. Pero, ¡ó qué distinto language el de

Pedro de Arbués! Loado sea Jesucristo, perdonadlos, Señor. Convenia; ó mi Dios! que el proto martir de la Inquisicion de España imitase en vida y muerte el celo, la caridad, el amor y la dulzura de Jesucristo su Maestro soberano y del primer martir de la iglesia universal S. Estéban.

Hé aqui, Illmo. Señor, un breve rasgo de la preciosa vida y muerte de este célebre mártir de la religion: hé aqui un hombre de Dios, á quien devoró el celo de su casa, y sobre quien recayó el furor de los enemigos de su gloria; hé aqui un héroe que con las armas de la fe triunfó del mundo y de las obras de tinieblas: hé aqui un hombre extraordinario, dotado por Dios de un celo activo, inflamado por la caridad, informado por la sabiduría, regido por la prudencia, confirmado por la constancia; digno ciertamente de las aclamaciones de los pueblos, de la veneracion de la iglesia, de la devocion de este santo tribunal, y de que todos

le imitemos en celar con fortaleza y suavidad la causa de Dios, cuyo adorable Nombre sea ensalzado en los cielos y en la tierra. Amen. DIXE.



SERMON

DE S. ANTONIO ABAD,

predicado en Granada á las
Comunidades.*Stultitiâ gaudium stulto, et vir prudens
dirigit gressus suos. Prov. XV. 21.*

¡Qué diferencia, gravísimos prela-
dos, sabios maestros, congreso ilus-
tre, qué diferencia tan notable entre
la conducta de los hijos de Dios y
la de los del siglo! Abandonados es-
tos á un sentido réprobo, colocan
sus delicias en la necia vanidad de
las cosas terrenas, como si no hu-
biera mas gozo que el mundano, ca-
duco por sí mismo. Pero el siervo
fiel y prudente, guiado por la luz

del cielo, dirige sus pasos muy de
distinto modo. El negocio de su sa-
lud eterna, como el mas importante,
ocupa toda su atencion. Vive alta-
mente persuadido á que la sabiduría
de un cristiano consiste en conducir
bien este gran negocio. Verdad irrefra-
gable, y que no puede negarse sin
contravenir abiertamente á las máxi-
mas fundamentales de la religion. Se-
gun ella, para el manejo de este gran-
de asunto se requiere la prudencia mas
exquisita.

Esta virtud cardinal, armonía de
la sociedad, sazón y complemento de
nuestras obras, maestra de nuestra vi-
da, fiel custodio de nuestra fe, estí-
mulo de nuestra esperanza, asilo en
nuestras aflicciones, alma en fin, ner-
vio y depósito de nuestra creencia,
consiste en ordenar bien los medios al
fin; unos medios, digo, no solo pro-
bables, sino seguros, y aun los mas
eficaces, y un fin digno de nosotros,
que pueda ser nuestro fin y deba ser-

lo. Tal es Dios, principio y fin de todas las cosas, primer móvil de nuestras acciones, objeto de nuestros desvelos, en quien nos movemos, vivimos y somos, y á quien debemos el sacrificio de nuestras obras, segun el idioma de san Pablo. Sobre esta basa sólida estriba el suntuoso edificio de nuestra religion, en ella se apoyan nuestras esperanzas, y por semejantes principios se han conducido en todo tiempo los héroes verdaderamente cristianos.

Entre otros que por su admirable prudencia ilustraron el mundo en el III y IV siglo de la iglesia merece singular atencion el grande Antonio, padre de la vida eremítica, conductor de los hijos de Dios por el desierto; terror de las potestades aéreas é infernales, acérrimo defensor de la divinidad de Jesucristo contra Arrio, espejo de la sana moral del evangelio, y espectáculo digno de Dios, de los ángeles y de los hombres. San Atanasio, este ilustre panegirista de

su vida, le llama *prudentísimo*, comparándole á la abeja por su gran solitud en orden á su salud eterna. Baxo la misma idea nos le ofrece el evangelio, atento y vigilante en las largas estaciones de su vida, por la venida de su señor y juez. No será pues fuera de propósito discurrir yo sobre la misma materia, manifestándoos su admirable prudencia, que al paso que agradable á Dios y á los hombres, le hizo terrible fiscal de los mundanos. Hé aqui en dos palabras el asunto, digno verdaderamente de esta cátedra, de mi héroe, y de tan respetable auditorio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de María santísima. *Ave Maria.*

Stultitiâ gaudium &c.

Para hacer mi proposicion sensible bastaria trasladar aqui algunas líneas
Tomo III. R

de la admirable vida de S. Antonio, que consagró san Atanasio con su pluma. Allí desde luego veriamos que Dios se dignó revelarle las sendas de la prudencia, para que conduxese con acierto y seguridad el negocio únicamente importante de su salud eterna. Lejos de Antonio esta prudencia carnal y mortífera, en que abundan los hijos del siglo, y en que se aventajan á los de la luz, segun el evangelio: lejos de Antonio, repito, esta abominable astucia que estudian los mundanos por principios para satisfacer su ambicion, saciar su avaricia, violar impunemente las leyes de la caridad cristiana, y los mas sagrados vinculos de la religion y de la sociedad.

Por muy diferentes sendas conduce á nuestro Antonio su prudencia. El honor de Dios, el bien de su alma y la de sus hermanos son el objeto de su solicitud. A este único fin dirige su celo, sus vigilias y conatos. Su

prudencia le dicta, que para conseguirlo debe antes triunfar del mundo, de sí mismo y del demonio. Para ponerse en estado de rebatir tan fuertes enemigos, concibe la generosa resolucion de huir al desierto para entregarse á Dios mas libremente. Bien presto vendió su rico patrimonio, y lo repartió entre los pobres, para colocar su tesoro en el cielo, donde libre de polillas, estuviese asimismo á cubierto de ladrones. Bien presto se desprende de los vinculos de la amistad, de la carne y de la sangre, como de estorbos y tropiezos peligrosos en la senda de la salud. Su prudencia le representa las dignidades, empleos y magistraturas del mundo como lazos en que perécen muchos incautamente aprisionados. Huye pues á la soledad á vivir en compañía de las fieras, y sepultándose vivo en las entrañas de la tierra, juzga por mas seguro el comercio con los irracionales, que el trato del

mundo y de sus habitantes.

Oculto en el desierto este nuevo morador del cielo, de quien el mundo no era digno, encerrado en aquellas grutas como inocente paloma en las cavidades de las peñas, para triunfar de sí mismo se entrega á un género de vida austera y mortificada. Víctima voluntaria de la penitencia, en un cuerpo extenuado, ofrecia á la vista un esqueleto vivo; y sabiendo (uso de las expresiones de un célebre orador de nuestro siglo), sabiendo que Paulo había volado primero al desierto, haciendo de él escuela de caridad, templo de oracion, y teatro de penitencia, se dirige á él, poniendo todo su estudio en imitarle. Si yo tuviera la elocuencia del Nacianceno os representaria bien al grande Antonio buscando á Paulo con ansia por caminos difíciles hasta encontrarle. Las montañas mas ásperas y escarpadas se le representan como llanuras espaciosas, y hermosas campi-

ñas sembradas de flores. El amor de Dios, que no conoce obstáculos, que desprecia los peligros, que todo lo sufre con placer, el amor le conduxo á esta gruta venerable, depósito del precioso tesoro que buscaba.

Halla á Paulo. ¡Quién pudiera explicar los sentimientos de su alma! Mira esta luz del desierto próxima ya á extinguirse. Las fuerzas fugitivas de Paulo anuncian su último suspiro; y postrado Antonio humildemente á los pies de este prodigio, le escucha y se confunde: se le rinde como discípulo que viene á consultar á su maestro, ó como hijo que desea recibir documentos de su padre. Mas apenas posee tanto bien cuando le pierde. Muere Paulo; mas Antonio queda como otro Eliseo, enriquecido con el doble espíritu que le comunica este segundo Elias. Cubierto en fin, despues de haberle dado sepultura, de los vestidos de Paulo, vuelve Antonio á su amada soledad á dar

nuevos aumentos á su amor, y esfuerzos á su celo.

En este gran teatro toleró crueles guerras y sangrientos combates, consiguiendo gloriosos triunfos y maravillosos despojos. La humildad, la oración, las penitencias, las vigillas fueron las armas victoriosas que le suministró su prudencia para triunfar de sus enemigos y conseguir su salvacion. Medios árduos, penosos y terribles, armas molestas y pesadas, que como opuestas á la comodidad pagana, desecha la prudencia del siglo.

¿Mas qué digo? gracias á la del nuestro no menos ilustrado que el de oro fingido por los poetas; pues á beneficios de sus grandes conocimientos, y á la luz de su escrupulosa crítica, con exquisita alquimia han logrado últimamente descubrir un nuevo mundo, una nueva religion, un evangelio nuevo de no se qué profeta, segun el cual nos es lícito hincar una rodilla á Dios, y otra á Baal, incen-

sar con una mano al Señor, y con otra á Leviatan, roto ya el muro de incompatibilidad entre Jesucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas. Obscuro siglo el del santo Abad, en el cual con equivocada prudencia se creia que la renuncia del mundo, la mortificacion de la carne, y las penitencias eran precepto riguroso de la ley evangélica, y no obra voluntaria, propia de las almas endebles y de genios visionarios. Si Antonio y los demas padres del yermo hubiesen vivido en nuestro siglo instruidos por los apóstoles de la sensualidad, hubieran conocido que las sentencias mas terminantes de los profetas contra los que retardan la penitencia, los oráculos de Jesucristo, que expresamente condenan las delicias mundanas, y prescriben la mortificacion, las palabras mas enérgicas de los evangelistas sobre negarse á sí mismos para abrazar la cruz del Salvador, la tradicion en fin y disciplina antigua de

la iglesia contra el luxo y vanidades del siglo, son amenazas puramente hijas de una política capciosa, extravagancias de una imaginacion recalentada, sueños pueriles ó terrores pánicos, segun el language de nuestros ilustrados.

Por mas fuerte que os parezca esta irónica invectiva, juzgo no podreis negarme son estas las máximas del siglo, si no admitidas por creencia y persuasión interior, recibidas á lo menos por práctica y por costumbre. Como es una prudencia ó probidad mundana lo que de ordinario anima y da giro al gran cuerpo de la sociedad: como regularmente la verdadera prudencia, que es la de la salud, ni se consulta ni se escucha, ni tiene parte en los negocios mas árdnos y peligrosos de los mundanos, conciben estos en orden á su salvacion ideas muy extrañas.

Si á imitacion de Antonio consultáramos la verdadera prudencia, ella

nos diria que entre nosotros mismos hay un mundo, del cual hemos solemnemente renunciado en el sacro bautismo, mundo réprobo, mundo por el cual no oró Jesucristo á su Eterno Padre, mundo en fin que hace profesion de resistir siempre al Espiritu Santo; ella nos diria que la renuncia de este mundo, la sujecion de las pasiones, la penitencia, la mortificacion de los sentidos, la negacion de sí mismos, son obras infaliblemente necesarias á todo el que desea salvarse y seguir á Jesucristo: ella nos diria que lo que los mundanos llaman pensar con elevacion y crítica, es las mas veces, propiamente hablando, discurrir con impiedad y con error; y que por el contrario lo que el mundo gradúa de poquedad y abatimiento suele ser de ordinario grandeza verdadera y esplendor; ella nos diria que no es lo mismo ser del mundo, y vivir en él, habitar en el mundo, y ser mundanos. Ella nos di-

ria que no es absolutamente necesaria huir de la sociedad, penetrar los desiertos de la Asia ó de la Tebaida, y encerrarse en la estrechez de un claustro, para avanzar el negocio de la salud. Estos son privilegios singulares concedidos por Dios á cierto número de almas generosas. Ella nos diria en fin, que aunque no todos pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni todos eremitas, pueden todos no obstante santificarse en el mundo, refiriendo á Dios como deben sus obras.

En el gran mundo, y en el manejo de los negocios, ilustraron la iglesia con excelentes virtudes los Gregorios, Ambrosios, Fernandos, Luises, Borromeos; pues al paso que los mundanos sepultados y como abismados en las cosas temporales, se emplean en ellas con abandono de los tesoros de las gracias y méritos con que podian ser enriquecidos, éstos y otros muchos héroes verdaderamente cristianos, do-

tados de prudencia evangélica, tomaron ideas superiores, y elevándose sobre la naturaleza misma, sin perder á Dios de vista entre los negocios y bullicio del siglo, dirigieron sus miras á la eternidad. Cuando el ambicioso emplea su política en adelantarse en las magistraturas del mundo, ó dignidades de la iglesia; y cuando el avariento se desvela por aumentar sus riquezas, el cristiano prudente, aunque solicite el establecimiento de su familia y el honor de su casa, aspira sin embargo á una gloria inmortal, encaminando á Dios sus pasos baxo la direccion de la ciencia de la salud. Pero como esta es casi desconocida en los grandes teatros, en las situaciones elevadas, en los templos honoríficos, donde todos solicitan sus propios intereses y no los de Jesucristo; de aqui proviene que los mas grandes maestros en la ciencia del mundo son de ordinario los menos hábiles en la prudencia de la salud.

Poderosos del siglo, sabios según la carne, aprended, os diré con Baruch, dónde está la verdadera prudencia, dónde el consejo, dónde la fuerza del entendimiento, antes que Dios confunda vuestra sabiduría, y repruebe vuestra prudencia, como lo tiene revelado. Entrad con la consideración en el desierto, donde el gran de Antonio tiene establecida cátedra de la ciencia de la salud. Allí vereis un hombre afable con todos, y para con todos circunspecto, sin el fugimiento de una virtud estóica, ó de una hipocresía refinada; sin la dureza de un retiro silvestre, sin la extravagancia de captar aires populares, sin la de mantener reputación á expensas de un vulgo ignorante, sin el despotismo de una autoridad fantástica, sin la presunción de una elevación imaginaria, siendo superior á todos, viene á ser mas admirable por su moderación que por su grado. Aunque le visitan los obispos, y obispos col-

mo el grande Atanasio, aunque le escribían los emperadores, y emperadores como el gran Constantino; aunque todo el mundo le seguía, le aplaudía, pendia de su boca, veneraba sus consejos, los abrazaba como oráculos; aunque los mismos demonios, sus implacables enemigos, daban testimonio de su heroica virtud; aunque el mismo Dios le engrandecía con singulares favores é insignes milagros; aunque muchas gentes de todos estados, de todas condiciones y edades concurrían á él, diciéndole como á otro Macabeo, tú serás nuestro gefe, y nosotros haremos lo que tú nos mandes; Antonio sin embargo en medio de tanta gloria conservó su ánimo sereno, sin que jamás le abatiesen las persecuciones, ni le hinchase la prosperidad.

Mas aunque el retiro hacia sus delicias, luego que le sugirió su prudencia debía sacrificar su reposo á beneficio de sus hermanos, animado del interés de la justicia, de la verdad y

de la causa de Dios, se presenta con rara humanidad á los tribunales á implorar la clemencia de los jueces á favor de los sentenciados al suplicio. La prudencia de la salud que le habia conducido al desierto para su propia santificacion, le hace salir de la soledad para edificacion del mundo. Desde el desierto marcha á Alexandria; y si hasta allí habia triunfado del demonio, de los filósofos y de la idolatría, aquí convence á los sabios, confunde á los hereges y tiranos. En el desierto instruye á sus discípulos por su exemplo, les enseña los caminos de la salud, arregla su fervor, y anima su celo; y en Alexandria combate el arrianismo, esta heregía famosa por sus impiedades. Triunfa de estos enemigos de la divinidad de Jesucristo, y quebranta la cabeza de esta hidra infernal.

Los maniquéos y los melecianos fueron asimismo despojos de su prudencia y de su sabiduría. San Atanasio

le propone como socorro de la iglesia en estas circunstancias dificiles, pues hecho todo para todos como otro Pablo, y deseado ser anatematizado por Cristo, empleó su larga vida á beneficio de la salud de las almas. Su renuncia del mundo, la eleccion de su estado, las pruebas de su fidelidad, la integridad de sus costumbres, la humildad de su corazon, la vigorosa defensa de su fe, las máximas de sana moral que estableció, la idea de Dios que hizo sensible á los impíos, la ciencia de la salud que enseñó á los pecadores, las luces que comunicó á los sabios, los oráculos que proveyó á los concilios, los golpes mortales que dió á las heregias, la pureza en fin y la ciencia evangélica con que ilustró á la iglesia, son otros tantos atributos de su piedad cristiana, que le adquirieron el epiteto de grande, y los mas sublimes elógios de los mayores oradores de todos los siglos.

“A imitacion de Atanasio y de Au-

»gustino, dice un sabio, todos los
 »santos doctores derramaron sobre el
 »túmulo de Antonio las flores mas
 »brillantes de su elocuencia. San Juan
 »Crisóstomo afirma, que las obras
 »de Antonio son contra los hereges
 »un argumento victorioso á favor de
 »la religion católica, porque secta
 »ninguna ha producido jamás hom-
 »bre con quien pueda compararse. Su
 »mérito, añade, es comparable al de
 »los apóstoles. San Gerónimo le llama
 »padre y gloria de la vida eremitica.
 »El Nacienceno compara la voz de
 »Antonio á un trueno, y su vida á un
 »relámpago, que ilustró y penetró
 »hasta la India, como testifica el
 »Damasceno. Antonio antes de morir,
 »dice el Crisólogo, parece estaba ya
 »libre del cuerpo corruptible, y que
 »habitaba en el cielo. S. Efrén le ve-
 »nera como uno de los principales de-
 »fensores de la fe de Nicea." Paso en
 silencio los debidos elógios que le han
 consagrado en todos los siglos los pri-

meros sabios de cada uno. Ni me de-
 tendré á manifestaros que Antonio fue
 el modelo que se propusieron S. Hila-
 rion, S. Benito, S. Basilio, S. Romual-
 do, con los demás héroes de peniten-
 cia que santificaron los desiertos. Bas-
 te decir, que su prudencia le elevó al
 mas alto grado de heroismo no solo en
 el mundo por su doctrina y por su
 exemplo, sino tambien en el cielo por
 su santidad y celo por la causa de
 Dios. Lo mas admirable es, que en
 medio de tanta reputacion ni fue en-
 vidioso ni envidiado. La generosidad
 de su espíritu, superior á toda baxe-
 za, no dió lugar á lo primero; ni
 fue envidiado, porque su gran mode-
 racion, junto con la excelencia de su
 mérito, no dió lugar á la envidia.
 Dios le concedió esta singularidad,
 para confusion de los héroes del si-
 glo, que con todas sus bellas calida-
 des jamás pudieron tocar tan alto
 grado de gloria.

Aqui es fuerza, señores, se confun-
 Tomo III. S

da toda la prudencia humana y sabiduría del siglo, venerando los impenetrables juicios de Dios, que no eleva á los filósofos y doctores de la ley, que miran como necedad y escándalo el estudio de la salud, ni á los nobles, que se creen emparentados con los cuerpos celestes, mirando á los demás como sublunares ó mixtos de otra naturaleza inferior á la suya; ni á los ricos, que esclavos é idólatras de sus tesoros, pretenden adoraciones de todos, siendo en realidad unas divinidades como las que David pinta, insensibles troncos, sin movimiento ni vida; ni á los políticos artificiosos, que con los resortes de sus ocultas máquinas se lisonjean poder mover el mundo civil, como respecto del natural se gloriaba Archemedes, ni á ninguna otra clase de poderosos, sino á un pobre humilde y retirado anacoreta, para confusion de los sabios y prudentes segun la carne, como pondera dignamente el apóstol

tol y su fiel discípulo Augustino.

Antonio en efecto sepultado en las entrañas de la tierra es elevado hasta los cielos; y poderosos exáltados sobre los cedros del Libano son deprimidos hasta el abismo. Antonio haciendo compañía á las fieras es útil á la iglesia y al estado; y los mundanos viviendo en grandes teatros y en el manejo de los negocios, son de ordinario la ruina de la república, y el escándalo del santuario. Antonio retirado al desierto, viene á ser célebre en Africa, en España, en Francia, en el Ilírico, y aun en la misma capital del mundo Roma, como afirma S. Atanasio; y los mundanos entregados al comercio del siglo, apenas son conocidos de todo un pueblo; y cuando á veces lo logran, mas es por lo notorio de sus vicios, que por el mérito de sus obras. Antonio recomendable á Dios y á los hombres, se humilla hasta el polvo de la tierra, al paso que los mundanos, desprecia-

bles al cielo y á la tierra, pretendien-
escalar las nubes. Antonio en fin lle-
va su moderacion hasta el sepulcro,
para confusion de los mundanos, que
pretenden que su ambicion y vanidad
pasen mas allá de la bóveda.

Son notables las palabras con que
el santo abad se despidió de sus mon-
ges estando para morir. "Atended,
"les dice, y meditad, y si algun cui-
"dado y atencion os merezco, si
"apreciais la memoria de vuestro pa-
"dre, si quereis pagarme el afecto
"que os profeso, ninguno lleve á
"Egipto mis reliquias, ni menos ose
"enterrar mi cuerpo con pompa y apa-
"rato; no sea que en mi funeral se
"observen aquellos ritos que tanto en
"vida he abominado. No por otra co-
"sa he venido á visitaros. Cubrid con
"la tierra el cuerpo de vuestro pa-
"dre, y observad este mandato de
"vuestro anciano; esto es, que na-
"die sino vosotros sepa donde está
"mi túmulo." ¿Qué otra cosa fue es-

to que reprobó con prudencia los so-
berbios mausoleos de Egipto, la pro-
fusion de Alexandro de Macedonia en
el funeral de su grande amigo Efes-
tion, lo que es mas, la extravagante
vanidad de algunos cristianos que
hacen consistir toda su piedad en ór-
den á los muertos en ciertas ceremo-
nias exteriores, este débil consuelo de
la humanidad, como S. Agustin se ex-
plica?

Hé aqui, señores, un breve rasgo
del mérito de Antonio delante de Dios
y de los hombres. Su prudencia le hi-
zo desprenderse del mundo y de sí
mismo, para estar siempre atento á
la venida de su Señor. En el desigño
que tenia de salvarse, la prudencia
encaminó sus pasos por las de la hu-
mildad, de la mortificación, del amor
de Dios y de sus próximos, de la vi-
gilancia y moderacion cristiana, que
son los caminos de la justificacion.
Nosotros no debemos mirar con indi-
ferencia tan raro exemplo de pruden-

cia y ciencia de la salud, único objeto de nuestra peregrinacion. Atendamos pues á la piedra de donde fuimos sacados; y si permanece aún en nosotros algun resto de fidelidad, como prudentes segun las máximas del evangelio, propongámonos á imitacion de Antonio, un fin digno de Dios, dirigiendo nuestros pasos á su mayor honra y gloria y aprovechamiento de las almas. Asi harémos cierta nuestra vocacion, y aunque despreciados del mundo, serémos amigos del Señor, y acreedores á sus dones. Trabajemos pues por adquirir esta prudencia, para recibir en esta vida como Antonio los frutos del Espíritu Santo, y poseer despues con él los bienes eternos. Amen. DIXE.

O. S. C. S. R. E.

*M. Fr. Sebastian Sanchez
Sobrino.*

TABLA

*de los sermones contenidos en
este tercer tomo.*

Oracion <i>ad Fratres</i> en el capítulo provincial celebrado en Xerez de la Frontera año 1775. pág. 5.	
Sermon de la Huida á Egipto, predicado en Granada en el Septenario de S. Josef que se celebra en su Parroquia.	23.
Sermon de nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, predicado en Viznar.	44.
Sermon de S. Eloy, predicado en las Descalzas de Granada á la Hermandad de los plateros.	69.
Sermon de Angustias gloriosas.	96.
Sermon de S. Miguel.	118.
Sermon de Rogativa por el feliz éxito de las armas católicas.	143.
Sermon del Alumbrado y Vela	

del Santísimo Sacramento.	195.
Elógió académico á la buena memoria del señor D. Fernando de Magallón.	223.
Sermon de S. Pedro de Arbués.	234.
Sermon de S. Antonio Abad.	254.

NOTA.

La idea del primer sermon, algunos periodos y materiales son tomados de un italiano anónimo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALFONSENA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

Rollb. 67 MICROFILMADO 18/5/83

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring swirling, organic shapes in shades of brown, tan, and green. The paper has a slightly textured appearance. In the lower right corner, there is a rectangular white paper label. The label is partially obscured by a clear adhesive strip. On the label, the text "E NUEV" is visible on the top line and "BLIOTEC" is visible on the bottom line, suggesting the book is part of a library collection. The edges of the book show some wear and discoloration, particularly along the spine and corners.

E NUEV
BLIOTEC